Federico Bianchini

ANTÁRTIDA

25 días encerrado en el hielo



Federico Bianchini viajó a una base en la Antártida para escribir un reportaje sobre las actividades de un grupo de científicos que investigan glaciares, líquenes y pingüinos. Un encargo profesional que, de paso, le permitía cumplir un sueño de la infancia. Sin embargo, uno sabe cuándo llega a la Antártida pero nunca cuándo se podrá marchar. El mal clima obligó a que, en vez de los diez días previstos, Federico Bianchini pasara allí veinticinco. Atrapado en un entorno tan grandioso como intimidante, aprovechó para aprender sobre las grandes exploraciones que forjaron la épica antártica y sobre cómo es la vida cotidiana cuando estás apartado del mundo. Antártida es un clásico del periodismo científico que se lee como un libro de aventuras.

Federico Bianchini

ANTÁRTIDA

25 días encerrado en el hielo

Título original: *Antártida*
Federico Bianchini, 2016

Revisión: 1.0

23/05/2026

Ahí estábamos, por irnos y no.

Zama, ANTONIO Di BENEDETTO

INTRODUCCIÓN

Antes de viajar a la Antártida, varias veces imaginé los mitos repetidos por hombres y mujeres que durante días y noches soportaban la soledad.

Leyendas sobre animales insospechados, ágiles y voraces, que, camuflados en la nieve, aparecían para atacar desde la nada.

Historias de marinos que, luego de muertos, seguían recorriendo esa vastedad pálida con los perros polares delante del trineo, azotándolos con furia.

Aves del tamaño de helicópteros, de garras filosas y plumas oscuras y brillantes.

Mujeres de cola de pez verde nácar que, al sentirse vistas, desaparecían en el agua cristalina, refugiándose en la profundidad.

Túneles que llevaban a ciudades ocultas hacía miles de años.

Apariciones traslúcidas, figuras escurridizas.

Hechizos, maleficios, promesas incumplidas: misterios que debían flotar sobre las bases antárticas como las estrellas en el negro.

Sin embargo, al llegar descubrí que en la Antártida no había leyendas ni historias mágicas. No había cuentos ni relatos fantásticos. La naturaleza es tan áspera que quienes viven allí solo se ocupan de sobrevivir.

Descubrí también que, aunque sin sirenas ni monstruos, las anécdotas que militares y científicos repetían en tardes de tormenta eran tan asombrosas que merecían ser narradas.

PRIMERA PARTE:
ENTRE IRSE Y QUEDARSE

Se disipa el instante. Sin moverme
yo me quedo y me voy: soy una pausa.

OCTAVIO PAZ

El lunes 2 de febrero de 2014, a ocho cuadras del Obelisco, un prefecto de civil fuma en la calle mientras espera. En Buenos Aires aún no amanece. La brasa del cigarrillo relumbra poderosa. Se va sumando más gente. No nos conocemos. El silencio entre nosotros aparece como algo natural. El micro se detiene a metros de donde estamos, la entrada de la Dirección Nacional Antártica, y el conductor baja. Vamos metiendo nuestros equipajes en la bodega. Yo tengo dos valijas: en una, solo entraron las botas y una campera. En la otra llevo el resto de la ropa. Subo al vehículo y espero. Poco después, el micro arranca y se dirige hacia la base de la Fuerza Aérea de Palomar. Al llegar, bajamos y dejamos los bolsos en una sala de espera. Una mujer vestida con uniforme militar nos dice que nos acomodemos, que en un rato vamos a salir.

—¿No nos dan un pasaje, un papelito? ¿Nada? —pregunta alguien acostumbrado a los vuelos comerciales.

Pero acá no hay fechas ni horarios de partida ni números de asiento ni servicios a bordo. Nos vamos a la base Doctor Alejandro Garlini, una de las siete bases permanentes que Argentina tiene en la Antártida; la que concentra el trabajo científico. En ella, biólogos, geólogos, glaciólogos e ingenieros desarrollan estudios relacionados con la flora, la fauna y el clima.

Hace unas semanas nos dijeron que saldríamos el 25 de enero; avisaron que prepararamos el bolso y estuviéramos atentos al celular. Pero el llamado no llegó y el vuelo se acabó postergando otra semana.

Y al fin estamos en el Hércules, un enorme avión de la Fuerza

Aérea en el que caben sesenta y cuatro paracaidistas con sus equipos. Nada recubre las paredes ni el techo: se ven los cables, las membranas: un avión impúdico de ventanas circulares, sin alfombras ni azafatas.

Lo pilotan dos hombres. En la cabina, junto a ellos, toma mate un mecánico. Hay, además, un segundo mecánico que controla el radar, y un quinto hombre cuya única función parece ser la de mirar al resto. En la parte trasera, dos militares revisan la carga.

No vamos directos a la Antártida, sino que haremos una escala previa en Río Gallegos. Ni siquiera vamos directos a Río Gallegos: también habrá una escala a medio camino para cargar nafta. Llegar a la Antártida no es tan sencillo.

Los cuarenta pasajeros nos sentamos enfrentados, sobre unas redes rojas. Unos junto a otros, brazo contra brazo, pierna contra pierna. Entre los pies, los bolsos. La mayoría dormita o simula dormir. El ruido es infernal. Algunos llevan auriculares industriales; otros, tapones para los oídos; los menos experimentados comparten pedazos de algodón. El Hércules tiene cuatro turbinas con hélices de paso variable. Es decir, que pueden desplazar el aire hacia atrás o hacia delante, lo que permite el aterrizaje en pistas cortas.

Para decirle algo al compañero que uno tiene al lado hay que gritar. La poca luz que se filtra por las ventanas reduce las posibilidades de lectura.

Cuando ya estamos en vuelo, me entran ganas de hacer pis. He visto a varios militares caminar hacia la parte de atrás del avión. Imagino que allí está el baño.

—¡¿El baño?! —grito.

Uno me señala una cortinita bordó, al fondo. Se acerca y hablando en voz muy alta, junto a mi oído, dice:

—¡Andá ahí y envolvete con la cortina!

El proceso de orinar a siete mil pies de altura requiere de una destreza y una disciplina mental asombrosas. Uno debe pararse sobre una tarima y apuntar a una semiesfera metálica que tiene el tamaño de un pomelo. No sé si es por el ruido ensordecedor, por la

falta de práctica o por la sensación (falsa) de que varias personas me están mirando. Pero a pesar de tener la vejiga hinchada, a punto de explotar, no sale ni una gota. Luego de un tiempo (excesivo) envuelto en la cortina, decido rendirme y volver a mi asiento, pensando en qué técnicas usarán los militares para resolver el asunto.

En la escala para cargar nafta, constato con una mezcla de alivio y orgullo (por lo concurrido del baño) que mi falta de destreza es común entre los civiles. Unas horas más tarde, ya estamos en Río Gallegos.

El aeropuerto militar de Río Gallegos cuenta con habitaciones. Allí los pasajeros pueden pasar dos, tres o veinte días ilusionados y a la espera de que llegue el clima propicio para despegar hacia la Antártida. Para poder hacerlo tiene que abrirse una «ventana climática»: un agujero entre las nubes, una nada despejada de niebla, de vientos, de huracanes y de tormentas furiosas. Nosotros tenemos suerte: dos días después, nos avisan de que ya podemos partir.

—Pónganse la ropa de abrigo.

—Pero si hace veinticinco grados.

—Pónganse la ropa de abrigo.

Todos tenemos la misma ropa (igual color, distinto talle) prestada por la Dirección Nacional Antártica. La indumentaria la componen un pantalón térmico, unas medias, un pantalón de Gore-Tex, unas botas, una remera térmica, otra más gruesa, un buzo, una campera de polar, una campera rompevientos, unos guantes y un gorro. Unas horas después, transpirados por la calefacción del Hércules y la abundancia de ropa, aterrizamos en la Antártida.

Dos veces, el planeta se cubrió casi completamente de hielo, incluyendo los océanos. La Tierra, como una canica congelada. El fenómeno, que la geología glacial llama «efecto pelota de nieve», ocurrió primero hace 720 millones de años. Y, por segunda vez, hace 650 millones de años.

Por aquella época no existían los continentes que ahora memorizamos en la escuela: todos permanecían agrupados en una especie de supercontinente al que se llamó Pangea. Del griego, «toda la tierra». Pero hace unos doscientos millones de años ese continente mayúsculo empezó a desgajarse en dos: Gondwana y Laurasia. El mundo empezaba a tomar su forma actual, aunque sin prisas, con esa concepción del tiempo tan particular de la geología.

Cambiaba la forma del planeta y, también, el clima. Hace unos 150 millones de años, llegaron épocas cálidas. Los Diplodocus estiraban los cuellos y comían hojas de coníferas y palmeras enanas, y los Ceratosaurus perseguían a otros dinosaurios.

Pasaron más siglos. Y, con una parsimonia tectónica, de Gondwana empezó a despegarse la Antártida. Sin prisa pero implacable. De Australia por un lado, de América por el otro. Entre unos 41 y 34 millones de años atrás, entre América y la Antártida comenzó a abrirse el pasaje de Drake.

Uno de esos movimientos provocó que una placa oceánica (la de Phoenix) se deslizara debajo de la placa antártica: las rocas de la que quedaba sumergida fueron sometidas a altas temperaturas y presiones. Esto generó volcanes y magma que dieron su forma al sexto continente.

El clima siguió siendo templado durante una buena temporada, pero, al separarse los continentes y conectarse los océanos, apareció la corriente circumpolar antártica, que funciona como un aislante térmico. Hace 34 millones de años, la Antártida empezó a acumular hielo de forma permanente y, con los ciclos fríos posteriores, el casquete fue creciendo hasta alcanzar las dimensiones que conocemos: mayores que Europa y que Oceanía.

Hace unos cuatro millones de años —antes de ayer, si nos ponemos el reloj de la geología— unos procesos de fracturación provocaron que algunas islas se separasen del margen norte de la península antártica, formando el archipiélago de las islas Shetland del Sur, donde ahora aterrizamos.

Concretamente, en una isla que los argentinos llamamos 25 de Mayo, que los rusos conocen como ВАТЕРЈИÓО (Waterloo), los chilenos como Rey Jorge y el resto del mundo como King George.

La isla está a 120 kilómetros de la península antártica, esa lengua de hielo blanco que se ve en los mapas. En los meses más fríos, la temperatura es algo más llevadera que en la Antártida continental. Sin embargo, el viento y las lluvias hacen que el clima sea más húmedo.

En esta isla hay bases de varios países. Además de la base argentina (2602 metros cuadrados), hay una base chilena (la más grande de esta isla), una china (con cancha de bádminton, estaciones de satélite y dormitorios para 150 personas), una surcoreana, una polaca, una peruana, una uruguaya, una brasilera y una estadounidense (en la que solo entran cinco personas). Pero, más allá de los 34.5 kilómetros cuadrados que ocupan las bases y algunas pingüineras, el 80 % de esta isla está cubierta de hielo.

Hielo es todo lo que vemos cuando nuestro Hércules aterriza en la pista de 1300 metros de la base chilena Frei. Apenas llegar, algunos filman la nada que nos rodea; otros tratan de ponerse las camperas y los gorros.

A lo lejos, se ve una construcción que, en este entorno, aparece surrealista. Mide quince metros de altura, está construida con

madera y coronada con cúpulas y cruces: es una iglesia ortodoxa rusa. Pero no hay demasiado tiempo para apreciarla porque un militar con anteojos espejados hace gestos ampulosos con las manos y nos grita que lo sigamos.

Desde la base chilena, nos llevan en dos botes Zodiac MK 4 hasta el barco Suboficial Castillo. Subimos al barco. Dejamos los bolsos a la intemperie. Y, temblando en la cubierta, sin escuchar más que sonidos de agua y hielo, quedamos encandilados por el paisaje.

La luminosidad del cielo se difumina en nubes grises superpuestas. No termina uno de saber si son varias, una junto a la otra, o la misma, enorme y suspendida sobre el frío. El mar es casi negro. Mi primera impresión es que la nieve, el agua, el cielo, las rocas, el pingüino que se desliza por el hielo, la gaviota que nos sobrevuela, todo está en la gama de los grises. Salvo en la ropa que llevamos puesta, no distingo colores que escapen a esa paleta.

Minutos más tarde, en otro Zodiac, llega el prefecto que, a ocho cuadras del Obelisco, esperaba fumando. En la cubierta, los bolsos están cubiertos de nieve. A pesar del viento y las gotas heladas, el prefecto fumara tres cigarrillos mirando el horizonte. Se llama Diosnel Villalba, tiene la cara regordeta, los ojos bien oscuros y un trato cálido y amable. Va a quedarse un año en la base.

—Lo mejor para la Antártida es tener paciencia y estar tranquilo —dice cuando le pregunto si no le inquieta pasar tanto tiempo aislado, lejos de su familia.

El barco, aún en marcha, parece detenido: en este contexto blanco las referencias desaparecen.

Cuando llegamos a la base Doctor Alejandro Carlini, situada en otro sector de la isla 25 de Mayo, exactamente a los 62º 14’ latitud sur, a los 58º 40’ longitud oeste, a metros del cerro Tres Hermanos y en la orilla de la Caleta Potter, ya es de noche. Los buzos arrojan por la borda escaleras y sogas. Nosotros bajamos hacia los botes despacio, con temor y respeto. En la orilla, las botas nos protegen del agua helada. A unos metros, en tierra, varios militares y científicos nos esperan.

—Hay un problema —dice el jefe militar, después de darnos la mano, a tres mil kilómetros de Buenos Aires. Lleva un gran camperón verde y el pelo hacia atrás, como engominado—. En la lista que tengo no aparecen todos sus nombres.

En el silencio de la isla digo tímido:

—Puede que yo no esté anotado.

—¿Cómo te llamás?

Y verifica.

—No. Tu nombre no figura.

—Pero tengo un papel…

—Luego lo vemos —le dice a su segundo—. Ponelo en la segunda habitación del alojamiento nuevo.

Escurridiza, la burocracia alcanza lugares insospechados.

La base argentina cuenta con once construcciones que, con su color naranja, fulguran sobre el blanco. Están separadas por entre cien y doscientos metros. Dos de ellas tienen el techo a dos aguas y parecen casas alpinas, pero la mayoría tienen el techo plano y forma de container. Otra excepción son las llamadas «tomates», tres construcciones pequeñas, aisladas y esféricas: cuartos especiales sin baño que son usados por alguna pareja o por alguien con ganas de estar solo. De lejos, parece un pueblo incipiente: un lugar de recién llegados que están instalándose y viven sus vidas mientras se acostumbran al ambiente.

El alojamiento nuevo, adonde me llevan, es una especie de container hecho de policarbonato. Dieciocho habitaciones compartidas (de dos o cuatro camas), cuatro baños (dos de mujeres y dos de varones), dos sectores de duchas y cuatro puertas metálicas que se cierran con una palanca y conectan con el exterior: a cada una le corresponde una antesala para los abrigos y las botas, manchadas por la nieve y el guano.

Apenas entrar, nos quitamos las botas y usamos el interior a modo de pantufla. Sin importar su cargo, los antárticos caminan por la base descalzos. Aparentemente, que un coronel o un sargento estén en medias no disminuye su autoridad.

En este alojamiento, contaré después, hay diecinueve extintores, más de uno por habitación. Parecen demasiados. Uno de los médicos me explicará que uno de los peligros más grandes de vivir en este desierto helado y ventoso es que la base se prenda fuego. Sin posibilidad de ayuda externa y sin alternativas habitacionales,

solo unos minutos bastarían para convertir todo en cenizas. Más allá de su función principal, los extintores se colocan con fines psicológicos.

Al entrar en mi habitación, enciendo la luz: es un ambiente mínimo. Dos camas, un armario y un escritorio. Hay, también, una ventana. Debajo, una estufa.

En la cama de la izquierda, acostado boca arriba, un hombre se tapa los ojos con el brazo. Tiene un pantalón deportivo Adidas y algunos sectores de las manos y la cara más blancos: manchas de vitiligo.

—Discúlpame. Pensé que estaba solo —digo.

—Tranquilo —bosteza—. No podía dormir.

Mientras me saco la campera, veo las paredes de plástico, sujetas con tornillos.

—Acomódate —dice—. ¿Llegaste recién?

—Sí.

—Viniste al peor lugar de la tierra, amigo.

En los días siguientes, entenderé que la amargura de mi compañero de cuarto responde a su mala relación con algunos militares de la base: la convivencia no es fácil en un lugar tan apartado.

—Bienvenido —dice, antes de volver a cerrar los ojos.

Llevo años intentando venir aquí.

En 2010, pasé cinco días en el Cerro Tronador, a dos mil metros de altura, en la provincia de Río Negro, entrenando con unos militares que viajarían a la Antártida. Me dijeron que algún día podrían llevarme con ellos. La crónica sobre la experiencia se publicó en la revista dominical de un diario, pero la invitación se fue postergando hasta diluirse.

Años más tarde supe que la Universidad Nacional de San Martín, de quien depende la revista donde trabajo, iba a acoger al Instituto Antártico Argentino. Era la oportunidad que esperaba. Se me ocurrió proponer una crónica sobre el trabajo de los científicos y los militares en la Antártida.

Empecé a hacer gestiones y averigüé que en una base científica como esta hay dos etapas muy diferentes. En verano, con un clima más benévolo, los barcos pueden acercarse a la costa y los aviones encuentran el cielo más despejado. En ese momento, unos cincuenta científicos (unos treinta hombres y veinte mujeres) desembarcan y realizan investigaciones en torno a la base. En invierno es otra cosa. Los científicos se marchan y aquí solo queda una dotación de diecisiete militares y un civil, que se encarga de la supervisión de los experimentos, del mantenimiento de los laboratorios y de la recolección de algunas muestras; todo lo necesario para que el trabajo pueda seguir hasta que vuelvan los responsables de cada área.

Así que, me dijeron, para viajar debía esperar al verano. Después de varios meses, llegó mi oportunidad: acordé con mi jefe que

pasaría diez días. Muchas veces, el periodismo no es más que una excusa para hacer lo que uno quiere.

El desayuno se sirve a las siete y media en el alojamiento principal, a 150 metros del alojamiento nuevo. Es mi primera mañana y está nevando, así que me visto en consecuencia: guantes, capucha, cuello de polar y gafas de nieve.

Llego puntual al comedor, hay olor a pan recién hecho. En una mesa larga hay tostadas, pastel de membrillo, quesos, bollos, tortas fritas y tortas de manzana, chocolate y dulce de leche. En cada una de las siete mesas hay seis sillas y, ya dispuestos, jugos y mermeladas.

El clima es festivo, la gente tiene ganas de charlar o de compartir algún sueño extraño.

La mayoría de los que hacen la fila para servirse son militares. No todos los científicos se levantan a desayunar. Algunos prefieren dormir un rato más o ir a la cocina de los alojamientos donde pueden tomar un té, mate o prepararse un café instantáneo con galletitas.

Sin embargo, además de ser un punto de encuentro para socializar, en el desayuno en la casa principal se recibe información. Mientras todos comen, alguien toca la campana que está a la entrada de la cocina e, inmediatamente, se hace silencio. El encargado de la base, junto al jefe militar, da el parte climático.

Muy serio y en tono monocorde, el encargado lee un papel breve: «hay vientos del oeste de unos 50 kilómetros por hora, incrementando a 75/80. Precipitaciones, nieblas y neblinas. Visibilidad mala. Temperatura: 1.8°C. Sensación térmica: —7°C. Humedad: 91 %. Presión: 984.3 hectopascales. Visibilidad: 4

kilómetros».

—Como entenderán, debido a las condiciones, hoy será imposible trabajar —dice el jefe militar, que mantiene el estricto peinado con gomina.

No hay quejas, angustia ni preocupación. No hay reclamos ni gestos de fastidio. El clima es una imposición incuestionable. Si no es adecuado, se espera. Puede uno jugar a las cartas, ver una película, escribir o leer. Es sabido, la ansiedad no aleja a las tormentas.

Sin embargo, los dos geólogos cordobeses que acaban de llegar conmigo están inquietos. Pablo Heredia Barón, muy flaco, más de un metro noventa, casi pelado, y Matías Barrionuevo, más bien bajo, de barba oscura y un histrionismo casi permanente, dicen que dentro de poco llegará su jefe y que tienen que adelantar el trabajo.

Vinieron a estudiar los cambios que se produjeron en este sector de la Antártida durante el Holoceno (desde hace 11 200 años hasta las últimas décadas): quieren saber cómo era este lugar, qué plantas y qué animales había, si siempre hizo el mismo frío. Dicen que un día sin hacer nada es una gran pérdida de tiempo. Hablan con el jefe militar, pero el hombre les reitera que no depende de él. Salir sería un peligro.

—¿Y si nos quedamos cerca?

Después de un rato de insistencia consiguen autorización para ir a hacer su trabajo en el perímetro de la base.

—Perfecto. No necesitamos más.

Hablo con ellos y me permiten unirme a sus trabajos. Me abrigo como nunca me abrigué y los sigo. Apenas destrabo la manija de la puerta, recibo en la cara el salvajismo del viento. Al ver el blanco que nos rodea, al caminar sobre la nieve, siento una intensa sensación de felicidad. Uno de ellos grita algo que se mantiene en el aire por poco tiempo. Caminamos unos treinta pasos y nos detenemos frente a una loma. No siento mucho frío. Estoy abrigado y contento de estar aquí, donde muy pocos han podido llegar.

—Vamos a hacer la calicata acá —dice Heredia Barón, y clava la

pala en la nieve.

Barrionuevo me explica que una calicata es un procedimiento que se hace para saber cómo se componía ese terreno miles de años atrás. Primero, se limpia el terreno con una pala y, después, se hacen escalones. Se extraen muestras para datarlas mediante técnicas de radiocarbono y saber su antigüedad. Con un GPS diferencial (muy exacto), se mide la altura sobre la altitud exacta a la que se encuentran los niveles que contienen los restos orgánicos.

Durante dos horas y media, con una temperatura menor a cinco grados bajo cero, con viento y nevada intensa, permanezco mirando un pedazo de tierra de unos dos metros de altura. Cuando me ven temblar, me pasan la pala. Cavo y me concentro en los huesos de pingüino, las algas y la arcilla que aparecen a medida que sacamos la nieve.

Después, el frío se hace insoportable. Para mí. Porque Heredia Barón y Barrionuevo no parecen sentirlo. Les pregunto si tienen pensado quedarse mucho más. Me dicen que prefieren terminar el trabajo. Les digo que los espero adentro y me voy a la base. Un rato después de bañarme, me asomo por una de las ventanas del alojamiento nuevo y, a lo lejos, los veo. Siguen impávidos dando paladas.

* * *

Días más tarde, en su pieza, atravesada de punta a punta por una soga de la que cuelgan toallas puestas a secar, Heredia Barón me lee los resultados de su informe. «En la calicata realizada a 413 158 metros del meridiano de Greenwich y a 3098070 metros del ecuador (aproximados), se identificaron unas geoformas de unos siete mil años, influenciadas por la actividad glacial pasada».

Barrionuevo, acostado en una de las camas, apunta que hay evidencia para suponer que la geoforma de arriba es de origen

glacial y que la de abajo representa un ambiente de playa proximal (más cerca de tierra firme que del mar). De cualquier modo, me aclara, para poder hablar con certeza deberían analizar las muestras.

Tal vez, en el laboratorio, descubran algo fascinante que ocurrió aquí hace miles de años. Sin embargo, para saberlo, habrá que esperar.

Mientras los escucho conversar sobre hipótesis y posibles conclusiones de la calicata pienso en lo arduo, en lo difícil, que es explicar una pasión.

La cena, luego de un día de poca actividad, es multitudinaria. A medida que llegan al restaurante, científicos y militares hacen fila con un plato en la mano. Uno le pregunta a otro si sabe en qué anda su mujer y varios se ríen. Al otro lado de la barra, el cocinero, su segundo y los ayudantes sirven los platos. Hay fideos con boloñesa. Un comensal pide que le den más salsa. Un segundo se queja de que no le tocó ninguna albóndiga. El cocinero le dice que si vuelve a protestar la próxima vez le toca sin fideos. Una bióloga, vegetariana, dice que los prefiere con manteca y queso. De pie, uno de los informáticos de la base pide atención.

—¡Acuérdense de que hoy hay cine!

Varios aplauden.

—¿Qué película? —grita uno, pero la pregunta se pierde en la superposición de sonidos: ruido de cubiertos contra platos, el relato de un partido que están pasando en la televisión, las voces y las risas.

El 11 de abril de 2005 se inauguró en Carlini la Sala del Bicentenario. Con cincuenta y tres butacas, es la primera sala cinematográfica del continente antártico. Está situada detrás del alojamiento nuevo, en la misma construcción donde funciona el gimnasio. Podría ser una sala de cine como cualquier otra, aunque con los estrenos llegando siempre a deshora.

Al entrar, todos dejan los abrigos y las botas. Luego de pasar la puerta, en una especie de barra, un buzo arma conos de papel; otro los llena de palomitas y los reparte. A veces, el azúcar se enquista y las palomitas alcanzan el tamaño de la mano de un bebé. O quedan

maíces sin explotar, durísimos.

Pero no hay quejas porque allí, durante dos horas, nadie se acuerda del frío, de la nieve ni del viento: por un rato, uno se olvida de que está lejos de todo, de que no puede volver o de que extraña.

Es tarde cuando la película termina. Alguien enciende las luces, uno se despereza, otro se refriega los ojos: demasiada luz de golpe. Una voz pregunta cuál era el título de la película, pero ninguno se acuerda. ¿Alguien se fijó? ¿Importa? En un silencio respetuoso, vamos a buscar los abrigos y las botas, que quedaron en la antecámara.

—¿Todos listos? —grita un biólogo.

Alguien dice que sí, el primero mueve la manija, la puerta se abre y el viento irrumpe. La puerta golpea. Durante unos segundos, nadie sale. Lo haremos después de las risas, del comentario de alguien que dice:

Me había olvidado de que estábamos en el infierno.

A las ocho y diez de la noche, el biólogo se prepara para salir del alojamiento nuevo. Se pone las botas, la campera y el gorro. Mueve la palanca que traba la puerta. Sale. Tiene que dirigirse hacia la derecha, donde queda el comedor. Son solo 150 metros, pero el hielo resbaladizo y la fuerza lateral del viento lo desplazan hacia la izquierda. No puede avanzar hacia donde quiere, así que cambia de estrategia: a ver si por la puerta que da al este hay menos viento o consigue que alguien lo acompañe.

Aquí, en las Shetland del Sur, el viento puede ser tan violento que si uno abre los brazos e inclina el cuerpo hacia atrás, no cae; apoyado sobre los talones, queda suspendido. Por esa fuerza animal, durante unos segundos, siente que está flotando.

Los vientos que giran y que aúllan cerca del paralelo 60 son temibles. Culpables de olas de más de diez metros en el estrecho de Drake, tienen fama de ser más poderosos que los que soplan alrededor del paralelo 40 y del paralelo 50.

Cuentan que marinos de todos los continentes repiten una misma frase: «Debajo de los cuarenta grados, no hay ley. Debajo de los cincuenta, no hay Dios. Debajo de los sesenta, al agua la agita el diablo».

Incansables, estos vientos que pueden llegar a los 320 kilómetros por hora funcionan como una barrera que aísla el continente antártico y que encierra el frío.

Aquí hay vientos que soplan del oeste y traen masas de aire húmedas y relativamente cálidas.

Hay vientos que soplan del este, que vienen del mar de Weddell,

más secos, más fríos.

Hay vientos blancos.

Hay vientos que no tienen color.

También hay otros, llamados catabáticos: se producen cuando el aire cercano a la superficie se enfría y, como si resbalara, desciende siguiendo las pendientes. A medida que circulan, se hacen más gélidos, más densos, más veloces.

Cuando el viento supera los veinte nudos (unos treinta y seis kilómetros por hora), en la caleta se ven las olas con bordes blancos a las que llaman «corderitos».

Cuando no encuentran obstáculos a su paso, los vientos se mantienen en silencio. Pero al rozar con la aspereza de las rocas húmedas, la suavidad del liquen, un laboratorio, la nieve, el cerro Tres Hermanos, las plumas de un skúa o el lomo de un elefante marino, surge un silbido constante: el viento ulula incansable.

* * *

En la base Doctor Alejandro Carlini, dos hombres miden el viento. Uno es alto y tiene barba; el otro es más bajo y con la cabeza rapada. Hablan poco. Quizás acostumbrados por un trabajo que requiere paciencia y temple. O quizás los eligieron para hacerlo por su condición apacible. O quizás prefieren que hable el viento.

Trabajan en turnos. Durante todo el año, sin importar la cantidad de luz que envuelva la base, uno cubre las primeras doce horas del día, el otro las siguientes. Si trabajan de noche, los hombres que miden el viento se levantan alrededor del mediodía y no almuerzan.

Cada tres horas, aunque llueva o haya un viento que lastima, se ponen el buzo, la campera, las botas, los guantes y el gorro, salen de la habitación y caminan unos treinta metros hacia donde está la zona de medición, una especie de casita de pájaros con la bandera argentina. Entre salida y salida, descansan, pero tampoco tienen

mucho tiempo. Hay que bajar los datos, organizar las planillas.

La caseta de medición está llena de instrumentos singulares. Anemómetros que miden el viento, termómetros que miden la temperatura, pluviómetros que mide el agua que cae, barómetros que registran la presión y un barógrafo que asienta la variación en una hoja cuadriculada (una especie de electrocardiograma de la presión antártica, que suele ser baja y muy cambiante: en la base Carlini, la normal es de 994 hectopascales). A fin de mes, esas hojas cuadriculadas se ponen en un sobre y, cuando se puede, se mandan a Buenos Aires.

El heliógrafo, que mide las horas de sol, es un instrumento hermoso, que luciría bien como adorno en una biblioteca. Tiene una esfera de cristal que funciona como lupa, sostenida por una estructura metálica. Debajo de ella, una faja de papel con forma de medialuna y distintas medidas. Una más larga para el verano. Otra, mediana, para cuando los días se abrevian. Sobre el papel están marcadas las horas. Cuando no hay nubes y el sol brilla sobre el hielo, el papel se quema.

Cada vez que el Hércules va a venir a la Antártida, el hombre de barba o el de cabeza rapada recibe un mensaje de la base Marambio: «Empiecen a hacer horario». Entonces se necesitan datos mucho más precisos. Y el tiempo entre una emisión y la siguiente se reduce: cada sesenta minutos, uno u otro debe abrigarse, salir y revisar los termómetros, el pluviómetro y el heliógrafo. Después vuelven y pasan esos datos a un código numérico, complejo y de lectura internacional, que se manda a la base Marambio. Desde allí, la información se transmite a Buenos Aires, donde se programan las salidas y las entradas del Hércules a la Antártida. En la computadora, el hombre de barba o el de la cabeza rapada tipea:

SMYJ91 SAYJ 241800
AAXX24184
24184 89053 32362 82727 10022 20006 30021 40035
57021 8667/333 56609 83708 85615 85556 92447 94079

94476 98562 555 10034 52735.

Traducido: que en una hora principal (SM), desde la base que hasta hace unos años se llamaba Jubany y hoy es Doctor Alejandro Carlini (YJ: el cambio de nombre todavía no ha sido registrado por los sistemas internacionales de codificación), por el canal de comunicación 91 se emitirá un mensaje que va a dar cuenta de la cantidad de nubes, del tipo y de su altura; de la velocidad y la dirección del viento; de si hay ráfagas; del punto de rocío; de la presión; de la tensión de vapor y de la humedad; del estado del mar en la caleta y de la visibilidad.

Por ejemplo: 92447 indica que el pedacito de mar que ocupa la caleta (24) tiene el agua agitada (4), y una visibilidad de doce kilómetros (7).

94079, que la nube más baja que hay es una *stratus* pero que va cambiando muy rápido.

94476 se refiere a la misma nube.

Agrega un dato: está viniendo del oeste.

Hace más de treinta horas que estoy en la Antártida y, por el clima, no conozco más que el interior de la base y unos metros de los alrededores.

Recorrí sus dependencias: la estación de meteorología, la sala de buceo, la radio, el incinerador (donde se separa la basura: una parte se quema y la otra se guarda para devolver a Buenos Aires), la carpintería y la enfermería.

En las paredes del gimnasio, ubicado en la misma construcción que el cine, hay fotos de mujeres con músculos rígidos y venas marcadas, y otras de mujeres con cuerpos menos tensos y miradas más sugerentes.

En las paredes del comedor hay fotos de las dotaciones que invernaron aquí en los últimos veinticinco años. También hay placas conmemorativas de otras bases con dibujos de barcos e inscripciones del tipo «Como testimonio de la primera campaña científica» o «Con ocasión de una visita». Algunas son sobrias y otras de un *kitsch* que asombra. Como la que contiene al planeta Tierra, unas sogas marinas y un hipocampo naranja estridente.

En la base también hay dos laboratorios. Uno al que llaman argentino y otro al que llaman alemán (existe un convenio por el cual científicos de ambos países trabajan juntos aquí). En el argentino, me mostraron microscopios de última tecnología que pueden proyectar en la pared bacterias ínfimas, haciéndolas parecer esferas enormes.

También me hablaron del refugio Elefante, ubicado junto a una pingüinera a cuatro o seis kilómetros de la base (según si uno

camina por la costa o atraviesa los cerros). Es una cabaña a la que no se puede ir los días de mal clima, en donde hay una cocina, varias camas y comida. Está cerca de las áreas de reproducción de los pingüinos, skúas y petreles, focas, lobos y elefantes marinos: un lugar aislado y virgen, en el que durante el verano los científicos se quedan por uno o varios días, cuando necesitan terminar un trabajo o cuando quieren aislarse un poco del ruido y la cantidad de gente que hay en la base. En cuanto mejore el tiempo, dicen que podré visitarlo.

Ahora, me presentan al cocinero y sargento Víctor Sosa, encargado de la cocina: un hombre bajito y morrudo (más bien gordo), que al igual que el jefe de la base siempre está peinado con gomina. Hay quienes dicen que administrar la comida le da gran poder.

Los alimentos llegan una vez al año, justo antes de que el agua de la caleta se congele en invierno y no puedan entrar ni salir embarcaciones. Así, a medida que pasan los meses, en los platos cada vez hay menos vegetales, salvo los que vienen en lata y los más duraderos, como la cebolla o el repollo morado.

Salimos de la casa principal y, bajo la nieve, caminamos hacia el galpón de víveres.

Sosa me enseña los depósitos de comida. Hay una despensa gigantesca con la comida almacenada en estantes, como en un gran supermercado sin precios. Paquetes de fideos y de sal, azúcar, yerba, café, condimentos, pan rallado, jugos en tetrabrik y en sobre, latas de maíz, de acelga, de duraznos en almíbar, de ensalada de frutas, de palmitos. Además de todo lo necesario para un año, se acumula un 30 % de reserva por si el mal clima retrasa al buque que trae el cargamento.

—Y ahora vamos a la cámara frigorífica —dice Sosa, que habla mientras camina.

Lo sigo con la grabadora a modo de micrófono. La enorme puerta de metal está cerrada con candado. Me dice que generalmente está abierta, pero que como estamos en la época del año en que quedan

menos provisiones, mejor prevenir. Sosa abre el candado, acciona la palanca y entramos.

El frío que hacía afuera era agradable comparado con esto. Se guardan entre una y dos toneladas de carne: las medias reses, el pollo, las verduras congeladas (zanahoria, maíz y manzanas que luego sirven para comer en compota o al horno) y los quesos blandos.

Semana a semana, él y su ayudante deciden el almuerzo y la cena en función de los comensales y los víveres que van quedando.

En verano, cada uno de los miembros de la base debe consumir diariamente al menos 2200 calorías. En invierno, unas 4400. Un puchero puede tener unas 2000 calorías, mientras que un plato de carne al horno con ensalada de repollo puede tener unas 1100 calorías.

¿Se notan los veinte grados bajo cero? —dice, sonriendo, al ver que tiemblo y no puedo mantener quieta la grabadora.

—¿Seguimos afuera? —le pregunto.

Salimos. Sosa cierra la puerta y luego el candado. Dice que puede hacer de veinte a cincuenta platos diferentes. Para preparar el puchero que dentro de dos días comerán científicos y militares, los cocineros usarán seis kilos de zanahoria, veintidós de papa, veintidós de calabaza y veinticinco de carne.

Afuera la nieve sigue cayendo. Sosa me señala una construcción naranja y me dice que allí hay algunos dormitorios y también, la biblioteca. Me cuenta que cerca del alojamiento principal hay dos lagunas. Una grande, a ochocientos metros, que se utiliza de agosto a enero: antes de eso está congelada y después seca. Y otra chica, a trescientos metros, para el verano. Junto a ellas, dos casillas con bombas a explosión chupan el agua y la hacen circular a lo largo de un kilómetro y medio de cañerías. Las cañerías tienen un aislante térmico alrededor, una cinta calefactora debajo y, dentro, una espiral que evita que el agua se detenga y se vuelva hielo. Cada diez o quince metros, dependiendo de la elevación del terreno, hay «venteos», llaves de paso que ayudan a desagotar la cañería para

que en invierno el líquido no se congele y tapone el circuito. Un caño llega a las cuatro cisternas de la casa nueva (con capacidad para ocho mil litros de agua), conectadas con los baños y la cocina. Me explica Sosa que un cabo primero, mecánico de instalaciones, revisa que los tanques estén llenos y que el sistema funcione sin problemas. Dice: es el encargado de «hacer agua».

Ahora, Sosa debe volver a la cocina: en menos de una hora y media almorzaremos. Me despide y se va con paso cansino. Sigo solo.

Encuentro una cabañita mínima: la capilla católica Nuestra Señora del Valle. Tiene las paredes recubiertas de madera, un altar donde hay una Virgen y varios santos, y dos reclinatorios con un almohadón cuadrillé blanco y marrón. A unos metros, fuera, un monolito con una plaqueta de bronce:

> Si escalo el cielo, allí estás tú,
> si me acuesto, allí te encuentro.
> Si vuelo hasta el confín de la aurora.
> Si voy al extremo del mar, aun allí,
> me alcanza tu presencia
> (Salmo 138)

Sigo hasta una de las construcciones naranja. Después de saludar a dos hombres que todavía nadie me presentó, encuentro la biblioteca. Es un lugar pequeño pero acogedor. Reviso los títulos: algunos *bestsellers*, novelas románticas, revistas de estrategia militar, una enciclopedia de varios tomos, otros de historia sobre la lucha por la llegada al polo y diarios de los pioneros en la aventura antártica.

Al salir, lucho contra el viento. Intento grabar un video pero el teléfono se me escapa de las manos. Voy al alojamiento principal. Por la ventana se ve el barco que nos trajo, el Suboficial Castillo, gris y detenido sobre la caleta. Ahora llueve. Una mujer de la Dirección Nacional Antártica se acerca y me dice que, debido al clima, es

probable que tengamos que adelantar mi regreso. Cuando vine, supuse que pasaría diez días en la Antártida.

¡No me puedo ir en dos días! ¡No tendré tiempo de entrevistar a casi nadie!

—Podría no haber otro vuelo hasta dentro de dos meses.

—Dos días me parecen bien.

Acabo de llegar y me quedan menos de cuarenta y ocho horas en el lugar al que quise venir durante toda mi vida.

La mañana del 20 de enero de 2014, solo unas semanas antes de mi llegada y como todas las jornadas de buen tiempo, el sargento primero Fernando «Chato» Cumil, a cargo del equipo de buceo de la base Carlini, se juntó con el técnico Oscar «Nono» González para decidir qué tareas iban a llevarse a cabo en la bahía.

El «Nono» González, encargado de organizar los buceos según la demanda de los científicos, le comentó que ese día trabajarían con una bióloga que estudiaba la fotosíntesis de las macroalgas: cómo crecen, cómo reaccionan a diferentes profundidades y cómo aprovechan los rayos solares que penetran en el agua.

El sargento primero Fernando Cumil —cabeza rapada, cuerpo atlético y mirada enérgica— tenía que sumergirse en tres puntos distintos para unirlos con una boya. Alrededor de las diez de la mañana, cuando había bajado en el primero, sintió varios tirones en la soga que lo unía al bote. Una señal de emergencia. No podía ser el viento porque el día estaba calmo. Cumil subió y, apenas sacó la cabeza fuera del agua, uno de sus compañeros le preguntó si la había visto.

—Te vamos a sacar: anda la Leo.

El sargento primero Cumil se extrañó: en la caleta solía haber una foca leopardo, la Leo, pero su área no era esa, sino la que estaba pegada al glaciar.

Un miércoles de julio de 2003, a unos 280 kilómetros de allí, cerca de la base inglesa Rothera, la bióloga británica Kirsty Brown, de veintiocho años, había muerto mientras buceaba. Los diarios explicaron que «la experimentada buceadora falleció a causa del

violento ataque de una poderosa criatura». Según explicaba la noticia, se trataba de un leopardo marino, «la más peligrosa y agresiva de las focas».

El procedimiento clásico para subir a un buzo del agua es quitarle el cinturón, el visor y el chaleco, en ese orden. Ya en el bote, el mismo buzo se quita las aletas y los guantes. El procedimiento de emergencia es menos prolijo, y esa mañana los tres buzos que estaban sobre el bote agarraron a Cumil como pudieron, a los tirones, sin importar los catorce kilos de lastre que llevaba ese hombre de 1.69 de altura y 72 kilos. Una vez que Cumil estuvo sobre el bote, esperaron. Las reglas dicen que hay que esperar quince minutos y, si el animal no se ha ido, se suspende la actividad. A los diez minutos no había noticias de la Leo. Esperaron cinco más. Y nada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cumil.

Ramón Alfredo Torres, buzo de la Dirección Nacional Antártica que ese día estaba encargado de la seguridad en el bote, dijo:

—Sigamos.

Bajaron dos buzos: César Rivero y, nuevamente, Cumil. Pero a Rivero se le congeló el regulador de oxígeno: en menos de un minuto se le acabaría el tanque. Hizo señas a Cumil, avisándole que subiría. Cumil terminó solo, se aseguró de que la tarea estuviese hecha, y después emergió a unos veinte metros del bote. Al salir, vio al encargado de seguridad Torres que señalaba algo en la superficie. Luego de darse vuelta, Cumil se encontró de frente con los casi cuatro metros de la foca leopardo, un animal de quinientos kilos que en el agua se mueve como si no pesara.

* * *

Fernando «Chato» Cumil nació el 7 de junio de 1975 en un paraje perdido de Chubut: su abuelo, peón de ese campo, fue el partero.

Como un presagio blanco, ese día hubo más de dos metros de nieve. El registro civil quedaba lejos, así que un mes y once días después lo anotaron como Benito Fernando.

Su madre, Luciana García, cocinera de escuela rural, y su padre, Policarpo Cumil, campesino, le enseñaron que en la vida nada era fácil ni imposible. A los seis años, Benito Fernando (sexto de ocho hermanos), cursaba como interno en la escuela 69 de Gaiman y solo veía a sus padres cada cuatro o seis meses.

Después de terminar la secundaria en una escuela agrotécnica de Gaiman, quiso seguir Educación Física o Veterinaria. Pero su padre había muerto y su madre no podía pagarle una carrera.

Un año antes, se había reemplazado el servicio militar obligatorio por un sistema voluntario y rentado. Después de enterarse al leer un folleto del entrenamiento físico y el pago que recibiría, Cumil se anotó en el Regimiento de Infantería Mecanizada 25, en la ciudad de Sarmiento. Se acostaba a las doce de la noche, se levantaba a las cinco y media de la mañana. Se entrenaba duro. Luego pasó por la escuela de suboficiales Sargento Cabral, en Campo de Mayo, y por el Regimiento de Infantería de Montaña 26, en Junín de los Andes. Hizo el curso de rescate de montaña, el curso de instructor de esquí y el de instructor de andinismo. Después hizo el de paracaidista en Córdoba, y el de comandos, el más riguroso del ejército, en Bahía Blanca.

Allí le sometieron a una de las pruebas más duras que recuerda. En una playa a las tres de la madrugada, vestido solo con calzoncillos, sufría los cinco grados bajo cero. La consigna era simple: superar con un bote la rompiente, con olas de más de dos metros de altura. Había una campana. El que se rendía, podía tocarla y quedar afuera. «¿Quién va a ser el próximo en tocar la campana?», preguntaban los instructores. Después de dos meses de curso y de haber perdido trece kilos, Cumil se sentía débil. Pero cada vez que estaba a punto de abandonar, recordaba las palabras de un instructor en Junín de los Andes: «El día que te estés por entregar, acordate de los que no confiaron en vos. Pensá si querés darles el

gusto de que te vean fracasar». Cumil resistía. Al cabo de un rato, los instructores detuvieron la prueba y ordenaron que todos salieran del agua. De los 180 inscritos en el curso de comandos, solo terminaron veintiocho, Cumil entre ellos.

Dos años después, en el Batallón de Ingenieros Anfibios 121, en la localidad de Santo Tomé, hizo el curso de buceo. Y luego viajó a Bolivia, a hacer el curso de comando Cóndor: más riguroso que el argentino. Intentó entrar en la Escuela Antártida en 2009 y 2010, pero recién lo consiguió en 2011. Allí, en el curso de buzo antártico, le enseñaron cómo recolectar algas, lapas, cómo sacar fotos, cómo no levantar sedimentos, cómo moverse entre los hielos.

Llegó a la base Carlini en diciembre de 2012 y siguió entrenándose. Por eso, salvo los domingos, Cumil no cena. Desayuna fuerte y, si el día está lindo, se sumerge a las nueve y media, se sumerge a las doce, y antes de la comida vuelve a sumergirse. Entre una cosa y otra, come galletitas, toma mate cocido y agua. Almuerza a las cuatro: dos platos de pasta, cinco milanesas. Esa es su única comida del día. A la noche va al gimnasio. Corre entre diez y veinte kilómetros, hace entre 800 y 1200 abdominales en series de veinte. Los domingos descansa hasta la tarde. Si hay torneo, mira fútbol. Si se puede, saca los esquíes de fondo y se va a esquiar por tres o cuatro horas. Los lunes, de vuelta al trabajo.

Como aquel 20 de enero de 2014 cuando se encontró, frente a frente, con la foca leopardo.

* * *

Cumil sabía que quienes escribían las noticias en los periódicos de Londres o Buenos Aires veían la Antártida desde lejos. Y, desde lejos, los detalles no se observan. Cumil sabía que la bióloga inglesa Kirsty Brown había estado haciendo snorkel en la base, sin tanque,

solo con una máscara. Que se había sentado en un trozo de glaciar, las aletas en el agua. Que la foca leopardo no había atacado a la bióloga: la había aferrado por una de las aletas y la había arrastrado hasta el fondo. Quizás confundiéndola con un pingüino, porque luego volvió a subirla a la superficie. La científica no murió por una mordida ni se ahogó. La mató la presión. Al sacarla vieron que tenía las orejas llenas de sangre: se le habían reventado los tímpanos.

Aquel día, frente al animal de quinientos kilos, Cumil se puso el respirador, infló el chaleco y, como si pudiera servirle para algo, sacó el cuchillo de seguridad. Sumergido en el agua helada se movió lento, yendo despacio hacia atrás, intentando tenerla siempre de frente. No sabe cuánto tardó en recorrer los veinte metros que lo separaban del bote. Pero, cuando lo hizo, se giró, se aferró al gomón y, despacio, se sacó el respirador de la boca. Miró hacia arriba. La expresión de Torres le respondió a la pregunta que estaba por hacer.

—Sí. La tenés atrás.

Torres y Rivero vieron cómo la foca leopardo, a un metro de su espalda, observaba a Cumil como uno mira a una aceituna. Luego, Cumil la vio pasar por debajo de él: una sombra fugaz. Subió al bote y, mientras regresaban a la base, ella acompañó al barco a la par. En la boca llevaba un pingüino muerto.

* * *

En 2004, durante el curso de paracaidismo en Córdoba, un instructor le había dicho a Cumil que, si durante un salto tenía un accidente, debería volver a saltar pronto para que el miedo no le creciera dentro. Aquel día, después de llegar a la base y tomar un té caliente, Cumil le dijo a Rivero que en unas horas volverían a bajar. Lo hicieron. Sumergidos los dos, y a cien metros de la base, filmaron un hielo estancado. Más tarde, sin cenar, Cumil fue al gimnasio, se bañó y se acostó tratando de no pensar en lo que podría haber pasado,

seguro de que alguna vez volvería a encontrársela y que en ese momento repetiría, uno a uno, los movimientos que había hecho. Esperaría a que el animal se acercara lento y sumiso. Esperaría a que, otra vez, lo mirara con sorpresa y curiosidad. Y que unos minutos después se fuera nadando suave y brutal.

Mientras espero a que mejore el tiempo, me acerco a la biblioteca para sumergirme en las historias sobre cómo el hombre acabó llegando a la Antártida. Leo nombres, nacionalidades, cargos militares: posibilidades, hipótesis que se suceden y se contradicen.

Este continente nació primero en la imaginación de los humanos. Basándose en los principios de simetría geométrica, filósofos griegos como Aristóteles y Eratóstenes sostuvieron que si en el norte había tanta masa, en el sur, para hacer contrapeso, debía existir algo similar.

En 1513, el almirante turco Piri Reis dibujó en cuero de gacela un mapa en el que aparecía parte del continente antártico. Sin embargo, hay quienes creen que en realidad el espacio en el cuero se le estaba acabando y Reis simplemente hizo un semicírculo para darle un cierre al dibujo.

Unas décadas después, en 1570, el geógrafo y cartógrafo flamenco Abraham Ortelius dibujó otro mapa. En la parte de abajo incluyó unos misteriosos y fascinantes monstruos marinos y una gran extensión de tierra (casi tan grande como el resto de los continentes juntos) que llamó *Terra Australis Nondum Cognita* (en latín: «Tierra del sur aún no conocida»).

Con el tiempo y las expediciones, el continente fue achicándose y volviéndose mucho menos fantástico.

En 1599, después de atravesar el estrecho de Magallanes, el marino neerlandés Dirck Gerritsz Pomp se desvió hacia el sur y observó algunas montañas. Una historia similar se cuenta del español Gabriel de Castilla en 1603. Es probable que alguno de ellos

protagonizase el primer avistamiento europeo de tierras antárticas. Pero no hay documentos que lo confirmen.

De 1772 a 1775, auspiciado por el gobierno británico y con el asesoramiento de la Royal Society, el capitán inglés James Cook navegó hacia el sur buscando aquella gran masa de tierra austral que tantos habían imaginado. Si bien no llegaron al continente, el 17 de enero de 1773, el marinero y su tripulación se convirtieron en los primeros en cruzar el círculo polar antártico (esta línea imaginaria ubicada a los 66º 33' 46" latitud sur).

Sin modestia, en sus diarios afirmó que la ambición lo había llevado más lejos de lo que cualquiera había podido llegar antes y tan lejos como creía posible que alguien lo hiciera. Y dio una sentencia que marcaría las exploraciones de las décadas siguientes a la Antártida: «Me atrevo a decir que el mundo no obtendrá ningún beneficio del continente austral». Su travesía destronó la idea de un lugar con clima templado, habitable y propicio para el comercio, y desanimó a muchos que buscaban embarcarse hacia la gloria.

A principios del siglo XIX, la caza de ballenas y de focas se intensificó en el océano que rodeaba la Antártida. Los foqueros buscaban el aceite —que conseguían después de apalear a los animales— para usarlo en iluminación. De ahí que, en 1818, el comerciante Juan Pedro Aguirre gestionase ante el Consulado de Buenos Aires un permiso formal que le fue concedido: «Se le permita el establecimiento de la pesca de lobos marinos en alguna de las islas que en la altura del polo sur de este continente se hallan inhabitadas…». No hay constancia de que llegase, pero se referían a las Shetland del Sur. Hubo más permisos y seguramente otros cazadores se arriesgaron a lo desconocido sin pedir autorizaciones. Pero los resultados de sus expediciones quedaron ocultos por el secreto que existía entre las compañías de la época.

Finalmente, en septiembre de 1819, enviado por la Marina Real británica, el inglés William Smith avistó esas islas y le puso nombre al archipiélago: Shetland del Sur. En un segundo viaje en octubre de ese año, desembarcó en la mayor isla del archipiélago y, en honor al

rey Jorge III de Inglaterra, le puso el nombre con que se las conoce en casi todo el mundo.

A continuación se produjo una especie de competencia por quién divisó la parte continental de la Antártida. Y dado que la mirada no deja rastro, salvo en quien la recibe y en quien la proyecta, es muy difícil determinarlo. Según los libros de historia, el avistamiento del continente antártico no se puede atribuir con certeza a una sola persona. Hubo tres señores que habrían compartido el privilegio, ya que en noviembre de 1820, con días o meses de diferencia y sin conocerse ni hablar entre ellos, los tres vieron lo que nadie había visto antes: Fabian von Bellingshausen, de la Armada Imperial Rusa; Edward Bransfield, de la Marina Real Británica, y Nathaniel Palmer, un foquero estadounidense.

Poco más de un año después, otro foquero estadounidense se atribuyó haber pisado el continente. Pero no pudo demostrarlo, así que la historia quedó entre la duda y el mito.

La historia antártica no habría sido la misma sin el explorador, botánico y oficial de la Marina Real, James Clark Ross, que entre 1839 y 1843 abrió el camino hacia el sur. Con los barcos Erebus y Terror atravesó el mar de hielos que hoy lleva su nombre y que había detenido a todos los anteriores viajeros. A pesar de que no llegó a la costa porque una barrera de hielo se lo impidió, batió una marca de aproximación.

El primer desembarco documentado sucedió el 26 de enero de 1853. El foquero estadounidense Mercator Cooper imprimió su nombre en la historia del continente.

Sin embargo, en los siglos siguientes, su logro sería relegado. La épica de la primera pisada quedaría atrás disminuida por la pugna de exploradores y marineros para llegar a un punto invisible y austral, de longitud indefinida e irrelevante, donde los meridianos convergen y el eje de rotación de la Tierra se interseca con su superficie: el temible polo sur.

En el comedor, un militar me dice que debo saber dos cosas muy importantes. Si salgo de la base, debo hacerlo acompañado y no olvidarme de avisar por radio a dónde voy, aclarando qué camino elegiré y cuál será la hora aproximada de retorno. Asegura que vio cómo, frente a uno de los laboratorios, una científica pisó mal y se quebró el fémur: lloraba de dolor.

Me ordena que no vaya al glaciar sin la compañía de alguno de los científicos, y menciona al suboficial electricista de la Armada Teófilo González (dice: «Teófilo») y al biólogo del Instituto Antártico Argentino Augusto Thibaud («Augusto»), que murieron en septiembre de 2005 al caer en una grieta del glaciar Collins. Cuando lo dice se pone serio y baja la vista, en señal de respeto.

Me avisa, además, que los sábados (hoy es sábado) las butacas del cine se corren y allí funciona un boliche llamado Ataque. Los sábados son un día especial porque los cocineros tienen franco: se come *pizza* hecha por los científicos o los militares que tengan ganas de cocinar, y durante la cena se sirven vino y cerveza. Dice: hay que bañarse rápido, porque todos quieren bañarse y pueden llegar a gastarse unos seis mil litros de agua; bajo la ducha, uno debe pensar en el trabajo del cabo primero encargado de «hacer agua».

En otro tono, me advierte: bajo ningún concepto se pueden sacar fotos en el boliche. Hay mucha gente en pareja y hasta la foto más inocente puede prestarse a confusión.

Imagino una bacanal. Gente desnuda, el hielo de la Antártida derritiéndose. Una orgía escandalosa y secreta protegida por el silencio de todos los integrantes de la base.

Esa noche, después de las *pizzas*, luego de darme un baño, debajo del rompevientos, de la campera de polar y del buzo, me pongo la única camisa que llevé: blanca con arabescos celestes. Al entrar a Ataque lo primero que veo es la barra, donde un buzo abstemio reparte latas de cerveza. Es extraño estar en un boliche con la misma gente con la que uno desayunó, almorzó y cenó. Algunos hombres llevan camisa, algunas mujeres pollera, muchos usamos zapatillas en vez de botas. Se charla con una cerveza en la mano, pero el ambiente está lejos de ser el de una fiesta dionisíaca. Se trata más de un lugar de distensión en donde, quizás, uno se pasa de copas. Tomo algunas cervezas. Bailo un tema de cuarteto. Luego de un rato, vuelvo a mi cuarto. Antes de acostarme, cuelgo la camisa en la percha.

Me pregunto si la Antártida será el único lugar del mundo en donde la gente, en un boliche, no intenta seducir, acercarse a quien le gusta. Después averiguo y me dicen que muchos se cuidan. ¿Para qué exhibir en público un coqueteo que puede tener lugar en cualquier momento del día?

Me dicen que, en el verano y cuando la población de la base aumenta, los acercamientos son veloces pero discretos. El sexo se maneja con sigilo. Quizás porque muchos tienen pareja en el continente. Tal vez para no generar problemas con amantes anteriores.

Pero en un espacio tan reducido, ¿quién puede salir o entrar de un cuarto sin que nadie lo vea? Y si alguien entra, aunque haya sido para tomar mate: ¿cómo evitar el rumor?

Me cuenta una bióloga que hace poco su compañera de cuarto le pidió que le dejara la habitación: quería estar a solas con alguien. Ella le dijo que sí. Se fue a la pieza de otros tres compañeros de trabajo, vieron una película del director alemán Werner Herzog y cada uno se durmió en una cama. A la semana, la bióloga habló por teléfono con Buenos Aires. «¿Así que te enfiestaste con tres al mismo tiempo?», le preguntaron.

Cuando se asoma el invierno y la base queda bajo mínimos, la

situación cambia. Un militar que invernó tres veces y pide máxima discreción me dice que «lo peor» de la Antártida es no tener relaciones sexuales. «Con el sexo descargás un montón de cosas. La masturbación es un tema tabú, pero las poluciones nocturnas son algo común. No queda otra. Te la tenés que bancar».

Aquel día de julio de 2013, el termómetro marcaba quince grados bajo cero. Aunque por la solidez del viento (que llegaba a los setenta nudos y en aumento) se sentía como si fueran menos treinta.

La temperatura no había supuesto ningún impedimento para que el carpintero cabo primero Jorge «Yaca» Rebollo y el prefecto Roberto Da Silva se desplazaran al refugio Elefante para reparar unos muebles.

A su llegada, habían tenido que palear durante dos horas para abrir un túnel en la nieve. Del refugio, solo asomaba una antena en lo alto.

Durante las cuatro horas que llevaban en el refugio, el clima había empeorado y se avecinaba una buena tormenta. Por la radio les pidieron que volviesen. Guardaron las herramientas y emprendieron el regreso.

Rebollo iba adelante, con la radio y un trineo a cuestas. Atrás, Rebollo lo seguía lento. Avanzaban despacio: el sonido de los motores mezclado con la propia respiración, cubiertos por la furia del viento.

A medida que avanzaban, encontraron más nieve acumulada. Por el peso del trineo, la primera moto empezó a quedarse. Rebollo la empujó con la suya, pero también se empantanó.

En momentos como ese, hay cosas que se piensan pero no se dicen. Por las dudas. Para que no sucedan. Pero los dos sospecharon que ya no podrían avanzar.

Las motos arrancaron al fin y lograron cruzar una laguna congelada. Poco después, la moto de Da Silva se detuvo de nuevo.

—¡Mi moto anda mejor! —gritó Rebollo—. ¡Dejame llevar el trineo! Vos andá adelante, guíame despacio.

Da Silva desenganchó el trineo de su moto. Apenas Rebollo lo enganchó a la suya, el viento empezó a arrasar en ráfagas blancas. Debían estar a solo dos metros y, sin embargo, la figura del otro se había convertido en una sombra difusa.

Rebollo vio cómo Da Silva empezaba a avanzar y quiso hacer lo mismo. Su moto de a poco empezó a hundirse. Su compañero se alejaba y gritó, pero la ropa y el viento lo silenciaron. Pensó: «Se va a dar vuelta, va a mirar atrás y va a verme». Sin embargo, enfrascado en su propia lucha, Da Silva se concentraba en avanzar. Cuando lo perdió de vista, Rebollo desenganchó el trineo e intentó arrancar. Era demasiado tarde. La moto ya estaba hundida en la nieve. «Debería haber traído otra radio», pensó. Se sentó en la moto. Se descubrió tranquilo. E inmediatamente recordó a Guillermo Aguilera. Recordó aquella charla años atrás, a comienzos de 2010, a unos setecientos metros de la cumbre del cerro Tronador, en Bariloche, durante el entrenamiento del curso preantártico.

* * *

En el Tronador, Guillermo Aguilera, el jefe encargado del curso, hablaba. Eran las seis y media de la tarde y el sol empezaba a ponerse. Hacía un frío firme pero agradable. Rebollo lo escuchaba con atención. Pensaba que algún día todo eso iba a servirle. Sin perder el tono marcial aunque agregando una dosis de pedagogía, Aguilera monologaba concentrado frente a los cincuenta y cinco reclutas del ejército y los nueve de la marina.

—Somos una gran familia. Si nos enteramos del fallecimiento del familiar de alguien, en la base todos estamos tristes. Por más que ese alguien nos caiga mal, no vamos a poner música fuerte. Si nace el hijo de otro, estamos felices. Compartimos la emoción. Ese día, en

la Antártida, somos todos tíos.

Las nubes bajas tapaban el pico del Tronador. El horizonte fulguraba. Un recluta rezagado se sentó a la izquierda de Rebollo.

—En la Antártida no es como acá, que uno come lo que paga —siguió Aguilera—. Acá, si tengo ganas de jamón, voy al supermercado y me compro un kilo de jamón. Allá, no. Allá se comen incluso cosas mucho más ricas, hay cocineros excelentes. Pero cada día hay que aceptar lo que toca comer.

Aguilera seguía dando consejos prácticos. Rebollo sabía que esas palabras venían de noches y noches de insomnio, de tormentas furiosas y vientos blancos.

—Nosotros nos vamos. Pero tengan en cuenta que las personas que se quedan deben seguir haciendo sus cosas. Entonces si uno llama al mediodía a su casa porque tiene ganas de hablar con su esposa y no la encuentra, no tiene que pensar, como suele pasarnos: «¿Estará con un tipo?». Porque ella se va a encargar de su trabajo, de llevar a los chicos al colegio o al hospital. Ustedes tienen que estar tranquilos.

Rebollo no era celoso. Y sabía que si alguien quería engañar a su pareja, no hacía falta esperar a que se fuera a la Antártida.

—La preparación mental es muy importante. Cuando uno está solo, piensa en los hijos, la familia, todo lo que dejamos en nuestras ciudades. Ahí es donde tiene que intervenir el grupo, actuar para levantarnos. La convivencia es difícil. Además, hay distintas mentalidades, distintas edades, distintos pensamientos y ustedes vienen de provincias diferentes. Y el aislamiento maximiza los problemas. Algo que acá puede pasar desapercibido, allá puede transformarse en un motivo de conflicto.

Rebollo prestaba atención, sin saber que años después las palabras de Aguilera formarían parte de su vida.

—Lo mejor, allá en la Antártida, es trabajar. Porque si uno tiene tiempo libre, piensa. Y si piensa mucho, termina maquinando. Es difícil, pero con el tiempo uno encuentra la forma: hay que ordenar el escritorio para un lado y, al día siguiente, ordenarlo para el otro.

La charla de Aguilera seguía en la cumbre del Tronador.

—Durante un año no van a poder hablar por teléfono para solucionar ningún problema. Ustedes tienen que hablar con sus esposas para que sepan cómo contarles las cosas. Porque si su hijo tiene un resfrío o suspende una materia, quizás es mejor que ellas no se lo cuenten. Porque hasta las cosas insignificantes allá se potencian y pueden parecer urgentes.

Aguilera se esforzaba por reproducir con fidelidad la sensación de aislamiento que se vive en la base.

—Los que tienen deudas: cuidado. Si no las cancelan, es posible que al volver se encuentren con que sus familias han perdido la casa. Así que ahora, en cuanto lleguen a Buenos Aires, vayan solucionando estas cosas. Para que no surjan inconvenientes. Por ejemplo: la tarjeta de crédito. Denles un poder a sus esposas para que ellas puedan resolver las cosas desde acá.

Luego Rebollo comprobó que, más allá de que en las bases hubiera internet y se pudieran usar WhatsApp y banca Online, más allá de que su esposa Laura Chamorro contara con un poder amplio y general, los empleados de banco no suelen ser flexibles y hubo trámites que solo pudo hacer a su regreso.

En la primera etapa de aquel curso de ocho meses, Rebollo adquirió «los conocimientos para desplazarse, sobrevivir o brindar primeros auxilios en el continente Antártico». Aprendió técnicas de escalada en roca y en hielo, a construir helipuertos, a hacer señales tierra-aire y a mantener un refugio fuera de la base.

La segunda etapa, dedicada solo a los infantes y en la que Rebollo no participó, se hizo en Caviahue, Neuquén. Allí, los soldados salían con los crampones a caminar en el hielo: iban encordados en hileras de a cinco. Si uno caía, debía gritar «¡Caigooooo!». El resto tenía que tirarse al piso, clavar su piqueta en el hielo y asegurarse, para impedir que todos terminaran en el fondo de una grieta.

En la tercera etapa, en Buenos Aires, Rebollo aprendió historia, geografía, geología, climatología, biología, medio ambiente y

deontología antártica (a cargo de un cura). Luego, siguió el perfeccionamiento por especialidades. El que iba a dedicarse a la cocina aprendió a administrar la comida: cómo calcular fideos para una cena de setenta y cinco personas (a razón de ochenta gramos por individuo, un total de seis kilos de pasta) o cocinar con huevos deshidratados. Los mecánicos aprendieron a arreglar motoesquíes y *snowcats*; los de comunicaciones, a reparar una antena. Los enfermeros: anestesia, odontología, laboratorio y cirugía. Los carpinteros, como Rebollo, construcción de trineos y arreglos con madera.

Aunque, en realidad, Rebollo había llegado al curso preantártico con el oficio bien sabido. En Misiones, su padre, Doncel Adacto, trabajaba en un aserradero. Y, como extra para mantener a sus ocho hijos (dos varones, seis mujeres), en su casa construía camas, mesas y sillas que luego vendía. Así, mientras sus hermanas se dedicaban a limpiar y a cocinar, Jorge Rebollo ayudaba a su padre. Luego, a los dieciséis años, Rebollo trabajó durante doce meses en la carpintería del colegio adventista al que entraría como interno el año siguiente.

De su padre, además, Rebollo también recordaba un consejo: «Si alguien viene y te quiere enseñar algo, escuchá. Aprendé. Si creés que podes hacerlo mejor, esperá y, después, inténtalo a tu manera».

Cada año, el comando antártico argentino recibe más de seiscientas solicitudes de todo el país. La preselección se hace en base al legajo y a los comentarios de los superiores. En septiembre y octubre se eligen a los que, el año siguiente, irán a algunas de las bases. Los instructores aclaran que terminar el curso no implica aprobarlo. Habrá que ver las notas.

Por lo general, para los carpinteros del ejército, pasar un año en la Antártida se vuelve rutinario: las bases no suelen tener demasiados muebles. Pero también implica prestigio, puntos para el legajo y un dinero extra. Y Rebollo consiguió la plaza.

* * *

El 7 de febrero de 2010, cuando Rebollo salió de su casa de Luján hacia la base de la Fuerza Aérea de Palomar, Laura Chamorro estaba a punto de parir gemelos. Solo unas horas después de que se fuera, la internaron. Al aterrizar en la base Marambio y llegar por primera vez al continente que tanto había querido conocer, Rebollo recibió un mensaje en el celular: sus hijos habían nacido.

Después de subir al buque que lo llevaría a la base Esperanza en la península antártica, eufórico, les contó a sus compañeros la noticia. Festejaron. El capitán le ofreció que hablara por teléfono satelital. Llamó. Habló poco: la comunicación era carísima. Su suegra le dijo que estaba todo bien, que Laura no podía hablar: la habían anestesiado. Ese mismo día, al llegar a la base Esperanza, no pudieron desembarcar por el clima. Se quedaron dos semanas en el buque. Cuando por fin lograron bajar, habló con su mujer y ella le mandó fotos de los nenes.

Un año y cuatro meses después, Rebollo conoció personalmente a sus dos hijos, Guillermo y Sebastián. Y se enteró de que el parto había sido problemático: habían tenido que operar de urgencia a su mujer y los chicos habían estado a punto de morir. Por teléfono, su suegra le había mentido porque, desde la Antártida, él no podía hacer nada.

—La tranquilidad. Sobre todo la tranquilidad. Si nos pasa algo, debemos ser fríos y pensar tranquilos —había dicho Aguilera.

* * *

Ahora, tres años más tarde, en medio de la tormenta, Rebollo

tanteaba el trineo.

¿A cuánto estaba de la base? Sabía que no muy lejos porque ya había pasado la laguna. Decidió dejar la moto y caminar. Tomó una pala y unas varillas. Si el clima empeoraba, podría hacer un hueco en la nieve y quedarse adentro hasta que pasara lo peor. No veía nada, pero sentía que el suelo empezaba a subir: allí estaba el cerro. Esa era su única referencia. Se dijo: «Hacia allá debe estar el mar». Si conseguía ir en línea recta, terminaría en la base. Siguió con paso humilde, a tientas, perdido dentro de esa oscuridad blanca, concentrado en el recuerdo de ese paisaje que, ahora, trataba de recomponer. Cada cinco o diez metros, clavaba una varilla, jalonando el camino hacia la moto, para que sus compañeros pudieran encontrarla. Tal vez para sentir que, de alguna manera, influía sobre el paisaje, sobre esa brutalidad que lo arrastraba. A pesar de las gafas de nieve, la luz le lastimaba la cara. Le costaba caminar. Con cada paso se enterraba hasta la rodilla. ¿Da Silva habría descubierto que él estaba perdido? Jalonó hasta que se le acabaron las varillas. ¿Cuántos minutos habían pasado? Sacó de la campera el celular. Sin señal, solo le servía como reloj. Y calculó unos veinticinco minutos de caminata. Luego, la ráfaga blanca se detuvo unos segundos y pudo ver la punta del cerro Tres Hermanos. Confirmó que no estaba lejos de la base. Siguió, pala en mano, pensando en no cansarse y en que en algún momento vería el naranja furioso de la carpintería, a solo doscientos metros del alojamiento principal. Entonces, podría avisar por radio que estaba bien. Caminaba despacio, empapado por la transpiración. Al bajar el cerro, otra vez amainó la ráfaga y vio la capilla. Caminó en diagonal, en dirección a la carpintería. A diferencia de lo que ocurre en otros continentes, en la Antártida no hay llaves: las puertas de las bases y los refugios están abiertas. Al llegar, Rebollo abrió y gritó: no había nadie. Supuso que todos debían estar en el alojamiento principal, ocupados en su búsqueda. Se sacó la campera, el buzo, las botas, el pantalón. Por teléfono, llamó al encargado de la radio. Le dijeron que el jefe de la base Néstor Argüello, el comando Fernando Cumil y el buzo Julián Díaz

habían salido a buscarlo. Da Silva había regresado después de perderlo de vista, pero solo había encontrado las estacas y la moto. Había avisado por radio y, ahora, la patrulla estaba en camino. En la base, el médico Rafael López Dale tenía preparados los elementos para rehabilitarlo de una posible hipotermia: té y sueros calientes. Le pidieron que se quedara donde estaba. Puso a secar la remera y el pantalón de abrigo. Diez minutos después, López Dale entraba en la carpintería. Se abrazaron como si no se hubieran visto durante años. El médico lo revisó, lo encontró bien y caminaron juntos hasta el alojamiento principal, a esperar a los integrantes de la expedición que había ido a buscarlo. Ya debían estar volviendo.

A fines del siglo XIX, marineros y científicos de distintos países siguieron avanzando hacia el sur, corriendo el límite de lo conocido, aunque sin alcanzar el mítico polo sur.

En 1897, una expedición multinacional quedó atrapada en el hielo cerca de la costa: los tripulantes fueron los primeros en pasar el invierno en la Antártida. Varios miembros de la tripulación enloquecieron y dos murieron: un geofísico, por anemia, y un marinero, que cayó por la borda. Entre los sobrevivientes estaba el explorador noruego Roald Amundsen, que años más tarde lograría lo que nadie antes.

En 1900, el capitán Robert Falcon Scott comandó el Discovery hacia el continente blanco. El objetivo: exploración y estudio científico. Los expedicionarios llegaron hasta el punto más austral que nadie había alcanzado hasta ese momento: 82º 17', a unos 857 kilómetros del polo. Como tercer oficial viajaba el explorador angloirlandés Ernest Shackleton.

Más allá de la marca, Shackleton se quedó con las ganas. Quería ser el primer hombre en pisar el polo sur y, para ello, en 1907 lideró la Expedición Imperial Antártica Británica, a bordo del Nimrod, un enorme barco que se usaba para cazar focas y ballenas. Aunque estableció un nuevo récord de proximidad, tuvo que detenerse y volver cuando le faltaban apenas 180 kilómetros.

En 1910, dos expediciones se pusieron en marcha con el mismo objetivo: ser la primera en alcanzar el confín austral del planeta. Una de ellas estaba bajo el mando del inglés Robert Falcon Scott. La otra la comandaba Amundsen: su idea inicial era conquistar el polo norte,

pero al enterarse del destino de Scott decidió cambiar el rumbo en secreto.

Sus estrategias fueron diferentes.

Amundsen prefirió un equipo pequeño: diez tripulantes para el barco y nueve exploradores para el equipo. Llevó 97 perros y solo hizo escala en el archipiélago portugués de Madeira.

Scott armó una expedición en etapas (atracó previamente en los puertos de Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda). Llevó tres trineos de motor, diecinueve caballos, treinta y tres perros y una dotación de sesenta y cinco personas: un equipo de marineros se quedaría arriba del barco. Otro, de veintisiete hombres, gestionaría una base en tierra. Luego, habría subgrupos de exploración y trabajos científicos. Y, finalmente, escogió a un grupo reducido de hombres para que lo acompañara al polo.

Scott se enteró por telegrama de que tenía competencia: decidió seguir adelante como si nada ocurriese. Pero durante el trayecto, los fuertes vientos, las temperaturas de hasta cuarenta y cinco grados bajo cero y el mar helado los detuvieron más de lo previsto. Ya en la Antártida, la situación no mejoró. El hundimiento de un trinco y la lentitud de los caballos minaron la confianza de una expedición que terminaría en tragedia: así quedó asentado en el testimonio de su diario.

La desilusión llegó a su punto máximo el martes 16 de enero de 1912, cuando a una latitud de 89º 42’, muy cerca del polo, Scott escribió: «¡Se ha producido la catástrofe! A las 14.00, los ojos penetrantes de Bowers descubren un montículo en la lejanía; al verlo se angustia, pero duda. Después de todo puede tratarse de una montaña de nieve. Media hora después, distingue delante una mancha negra. Al adelantar en la ruta observamos que está formada por un lienzo negro atado a una barra de trineo. Alrededor, vestigios de campamento, señales de idas y venidas de esquíes, y huellas nítidas de patas de perros. Un simple golpe de vista nos revela todo. ¡Amundsen y sus noruegos nos han precedido! ¡Han sido los primeros en alcanzar el polo! La decepción es profunda».

Un día después, siguiendo las huellas de los trineos noruegos, llegaron a los 90º latitud sur: el punto tan anhelado. En el diario, Scott escribió: «Estamos en el polo. (…) ¡Dios mío, qué horrible lugar! ¡Es demasiado desalentador haber padecido tanto para llegar y no ser recompensado por la gloria que da la prioridad! Aunque, después de todo, es ya algo haber alcanzado la meta».

La frustración es despiadada: luego de setenta y nueve días de caminata, intenta, como puede, convencerse de que algo bueno llegará: «Quizás, mañana el viento nos sea favorable».

En verano, la base se llena de gente.

Los que acaban de pasar el invierno peleando contra la soledad sienten a los nuevos como una molestia: el ritmo cansino y acostumbrado transmuta en ruido e interacción.

Pese a los vientos huracanados y el clima cambiante, los problemas más graves los generan los compañeros de habitación, quienes duermen en el cuarto de al lado y hablan de más, los que se sientan en el lugar de la mesa donde uno se sienta siempre, quienes no responden «buenos días» y siguen su camino como si nada.

—Le dije «hola» y me ignoró. ¿Quién se cree que es?

El aislamiento aumenta la susceptibilidad que, con los días, puede transformarse en hostilidad. Y con las semanas, en paranoia:

—El plato marcado siempre me toca a mí, ¿me lo harán a propósito?

Durante el invierno, aunque haya menos gente, la sensibilidad aflora. Hay peleas por un roce: uno roza a otro y el recién rozado dice: «¿No me viste o lo hacés a propósito?». Y el otro responde que hay maneras de decir las cosas.

Cada cumpleaños, los cocineros hacen una torta de veinte centímetros de diámetro. Ni uno más ni uno menos. A fin de mes, otra más grande, cuadrada, para festejar, de nuevo, todos los cumpleaños de ese mes. Pero ha pasado que alguno se quejara: «¡¿Por qué mi torta es tan chica?!». El diámetro invariable, como causa de conflicto.

* * *

A unos pocos kilómetros de la base Carlini se encuentra la base rusa Bellingshausen. Un tiempo después de mi estancia en la Antártida, Sergey Savitsky, electricista del Instituto Ruso de Investigación Artica y Antártica, se disponía a cenar, como todos los días. Sin embargo, en vez de dedicarse a su comida, Savitsky agarró un cuchillo y, de improviso, se lo clavó en el pecho al soldador Oleg Beloguzov.

Hubo gritos y confusión. Los compañeros intervinieron: sujetaron a Savitsky y llevaron a Beloguzov a la enfermería.

Al día siguiente, Beloguzov debió ser trasladado a Punta Arenas, en la Patagonia chilena, donde lo internaron. La puñalada le había afectado el ventrículo derecho del corazón: estuvo tres días en coma inducido y, luego, dos semanas en observación. Logró salvarse. El atacante, aislado del resto, fue enviado a San Petersburgo, donde lo juzgaron por intento de asesinato.

Las versiones se sucedieron. Todos sabían que no se llevaban bien, pero en la base se discutió durante días cuál había sido el detonante para que Savitsky explotara.

El diario *Moskovsky Komsomolets* informó que el motivo del conflicto fue que Beloguzov le había revelado a su compañero el nombre del asesino en una novela policíaca.

«Me harté de que me contara el final de los libros que estaba leyendo y por eso lo quise matar», dijo Savitsky cuando declaró.

Luego de varios trámites judiciales, en febrero de 2019, los contendientes se reconciliaron y un tribunal de San Petersburgo cerró el caso penal.

El exjefe de la estación de Bellingshausen, Vladimir Churun, declaró a la prensa que él había advertido a sus colegas sobre la incompatibilidad psicológica entre ambos. Y también se quejó de que

nadie le había escuchado.

Roberto Bortnik, jefe del Área de Psicología de la Dirección Nacional del Antártico, dice que cuesta mucho transmitir la idea de encierro que se vive en la Antártida. Piensa: los aspirantes no suelen entenderlo. No son conscientes de que van a estar en un armario cerrado con llave.

Cuenta un chiste de humor negro. Si en una base, en pleno invierno, un hombre amenaza con pegarse un tiro como no lo saquen de inmediato, otro podría responderle: «Tratá de hacerlo afuera, así no manchás el piso y las paredes».

No hay tantos lugares en la Tierra de donde uno no pueda marcharse por más plata, violencia o furia que ponga.

Por eso, en el sexto continente se realizan entrenamientos pensando en futuras excursiones a Marte. Hay factores similares: días y ciclos de luz anormales, aire extremadamente seco, bajos niveles de oxígeno, largo tiempo de confinamiento, limitación de suministros, acceso nulo a servicios, exposición general al peligro.

Luego de varias entrevistas, Bortnik decide si un aspirante es apto para viajar a la Antártida. Pero no todas sus entrevistas son iguales: cambian según el lugar adonde va el aspirante, con quién viaja y por qué proyecto. Explica: no es lo mismo visitar una base en verano, donde hay más de ochenta personas, gimnasio y cine, que hacerlo en invierno, cuando el clima puede sorprenderte y dejarte encerrado durante días en una pequeña carpa, en menos de tres metros cuadrados, pidiéndolo a un compañero que, por favor, se dé vuelta para defecar dentro de una bolsa. No es igual ir a un lugar con wifi, televisión y películas que a otro donde solo se interacciona

con el viento.

También depende de la institución para la que trabaje el aspirante. Bortnik habla de «distintas familias». Cada una tiene sus propias costumbres. Si bien se supone que en la Antártida reina una dinámica comunitaria en la que todos son solidarios, hay científicos que dicen: «Yo estoy acá para hacer ciencia. Que los militares se encarguen de la logística y de lavar los platos». Y cuando llega en barco una carga de cemento, aunque todos los miembros de la base suelen participar en la descarga, algunos científicos apelan a una suerte de estatus intelectual que los diferenciaría del resto y se niegan.

También hay militares que consideran que, pase lo que pase, el domingo es su día de descanso. Y cuando un científico les pide que, como excepción, trabajen para adelantar algo postergado, lo hacen pero muy a regañadientes.

Otra pauta importante es la ansiedad. Hay personas que, en las entrevistas, juegan con una lapicera o no sueltan el celular. Yo trato de entender qué harán cuando a las once de la noche sea de día y no haya ninguna tarea. Una persona así no es apta para ciertas bases, pero podría ir a otras. Se da esta paradoja: alguien puede no calificar para un lugar en un momento determinado y ser idóneo para otro. Es difícil de explicar.

Luego hay otras cuestiones que, aunque no sean estrictamente psicológicas, no puede pasar por alto.

—Al celíaco yo le pregunto: ¿Le vas a decir al cocinero que te haga una comida especial? ¿Y si te llevás la comida y el bolso se cae al agua? ¿Y si la campaña se extiende un mes más? Que alguien no pueda subir por una escala de gato en un barco no es un problema hasta que el helicóptero no funciona y hay que ir hasta la base en bote. No poder cargar cincuenta kilos no es grave hasta el día en el que hay que transportar unas maderas entre tres personas. ¿Cómo va a recibir los comentarios de los otros dos que tienen que cargar más peso? Más allá de no querer discriminar a nadie, como psicólogo tengo que pensar en la vida concreta de la Antártida.

Otro de los elementos que Bortnik toma en cuenta a la hora de decidir si alguien puede viajar es a quién deja en el continente. No porque vaya a extrañar a su esposa o a sus hijos, sino porque podría enterarse de cosas que no podría resolver desde tan lejos.

Al carácter no le presta demasiada importancia. Dice: hay personas insoportables para la convivencia que son grandes científicos. Otros pueden ser tomados por excéntricos pero, si no son agresivos, no molestan a nadie. En cambio, presta más atención a «los recursos» que tiene una persona producto de su vida: si le gusta jugar, si le gusta leer. Es decir: si puede estar aislada de otras o se va a volver loca en el caso de que se corte internet.

Y cuando pregunta a los aspirantes por qué quieren viajar a la Antártida, muchos le responden que por plata, por estatus, por un cambio de aire. Sin embargo, él prioriza las historias de infancia.

Alguien que de chico escuchó una anécdota y se imaginó cómo podría ser tanto hielo junto; otro que no olvidó cuando en la escuela le describieron el lugar donde vivían los pingüinos. Las grandes decisiones tienen que ver con algo que yo llamo deseo: las razones aparecen después.

En la Antártida no hay soberanía. En junio de 1961 entró en vigor el Tratado Antártico, que se firmó en inglés, francés, ruso y español y puso en suspenso los reclamos de siete países (Argentina, Australia, Chile, Francia, Noruega, Nueva Zelanda y el Reino Unido) que, con distintos argumentos, justificaban determinadas partes del continente como propias.

Fue suscrito por representantes de trece países (luego se sumaron otros treinta y nueve) y se acordó que, si alguna de las partes firmantes lo solicitaba, se podría revisar en junio de 1991.

Nadie lo pidió y unos meses más tarde se extendió con el Protocolo al Tratado Antártico sobre Protección del Medio Ambiente («Protocolo de Madrid»), que entró en vigor en 1998 y que estableció pautas relacionadas con la protección ambiental, entre ellas la prohibición de extraer recursos mineros durante cincuenta años.

Pensar qué sucederá en 2048, cuando se acabe el tratado de paz sobre la reserva de agua potable más grande de la Tierra es algo tan impreciso como inquietante.

Entre muchas otras medidas, el tratado original establecía la prohibición de actividades de carácter militar excepto para colaborar con las investigaciones científicas. Por eso, en la Antártida no hay armas. Es un continente de paz, supuestamente reservado a la investigación.

Sin embargo, algunos países acumulan pequeños hechos estratégicos que permitirían en un futuro distante pedir soberanía: Argentina cuenta con siete bases permanentes y seis temporales.

En diciembre de 1977, la dictadura militar argentina decidió implementar un plan para reforzar su reclamo y envió a la base Esperanza a María Silvia Morello, una mujer embarazada, junto a su esposo, el capitán Jorge Emilio Palma. Dos meses después, el 7 de enero de 1978, nació Emilio Marcos Palma, el primer antártico de la historia. En los años que siguieron, en el sexto continente hubo otros ocho nacimientos argentinos y otros dos chilenos.

Hoy Palma tiene cuarenta y siete años y, al parecer, se cansó de decir cosas sobre un asunto en el que no tuvo mérito ni decisión. Desde hace varios años no da más entrevistas.

Hoy a la mañana, la nevada seguía. No habrá vuelo. La salida se suspenderá hasta el jueves. Esta vez me alegro: no solo tendré más oportunidades para acompañar a los científicos, sino que estaré en el cumpleaños de la base. Se festeja el miércoles.

En el diario de Shackleton, a cargo de la expedición británica entre 1907 y 1909, encuentro un sobrio festejo de cumpleaños:

> 2 de febrero. Salimos a las 6:40 y acampamos a las 19:00 en el depósito. Wild y yo estamos con disentería; exhaustos, mala superficie con ondulaciones. Recorrimos 13.5 millas (más de 21 kilómetros). Es el cumpleaños de Ray y, para celebrarlo, nos tomamos dos terrones de azúcar y bebimos cacao.

Desde hace días, los cocineros trabajan sin descanso. Por el clima y la dificultad de moverse, las visitas entre los miembros de las bases de distintos países son inusuales. Pero el 12 de febrero de 1982, hace exactamente treinta y dos años, aquí se fundó la Estación Científica Teniente Jubany (hoy llamada Dr. Alejandro Carlini). Y se festeja con invitados.

El comedor parece un lugar distinto. Las mesas dispuestas en cruz, con manteles blancos, están llenas de comida. Hay fuentes con quesos rodeados de jamón; hay vitel toné y piononos; hay bandejas en las que los salamines y el *Leberwurst* se acomodan de forma casi geométrica; hay panes artesanales de diferentes tamaños y colores. Hay una enorme pata de cordero (cuyo hueso cubierto en papel aluminio la hace parecer una espada). Y, en el centro, hay un cerdo con una manzana en la boca, ojos de morrón, sombrero de durazno, el lomo abierto.

En una de las mesas hay un pingüino y un lobo marino, pero hechos en madera por el carpintero Rebollo, como regalo para las delegaciones que vienen de visita. Hay vinos y hay jugo multifruta (es increíble la cantidad de litros de jugo multifruta que hay en este lugar).

Vienen los coreanos: son diez, cada uno con su cámara. Vienen los chilenos, militares, muy amables. Vienen los rusos.

Entre los rusos hay un periodista y a alguien se le ocurre que como ambos somos periodistas seguramente tendremos mucho de qué hablar, así que nos ponen uno frente al otro y nos presentan. Nos damos la mano. Brindamos con vino. Me abraza. Me cuenta que

escribe libros. Me dice que cada tanto se va un mes de excursión y que, después, escribe un libro sobre eso. Su inglés no es demasiado bueno. Creo entender que en Rusia es muy conocido. Luego pone cara de desagrado.

—Tanta gente. Esto no parece la Antártida.

Señala a una coreana que, con una cámara del tamaño de su cabeza, le saca fotos a los adornos de la base, al buzo que arma un sándwich de vitel toné, a los chilenos que se ríen: somos más de cien personas en un lugar pequeño.

—Hay demasiada gente acá.

Tiene la cara enrojecida y una especie de mono, a medio poner, con la parte de arriba a la altura de la cintura. Abajo, una camiseta.

—Y hace demasiado calor.

Me cuenta que, para escribir sus libros, acampa a menos de setenta grados bajo cero. Quizás es una percepción mía, pero no parece sentirse cómodo con la charla.

Antes de que se nos termine el vino, brindo con él. Supongo que por el fin de este breve encuentro cordial y obligatorio.

Suena la campana. Varios piden silencio. El jefe de la base dice unas palabras sobre la importancia científica que tiene esta base para la Argentina y para el mundo. Destaca la colaboración en el trabajo entre militares y científicos y agradece la visita de los extranjeros. Después anuncia que la mesa dulce está lista y que se servirá café. Todos aplaudimos. Hay una torta de crema con el logo de la base: un pingüino y una foca hechos en mazapán turquesa.

Nada más terminar, algunos militares y científicos se marchan a sus habitaciones.

Antes de irse, las delegaciones se ponen en fila y, como si fueran futbolistas saludándose antes de empezar un partido mundialista, los rusos, los chilenos, los coreanos, nos dan la mano, uno a uno.

Como suele pasar cada vez que una fiesta termina y los invitados se van, el lugar parece demasiado grande. Sobre las mesas, quedan restos de comida. Hay, también, una leve sensación de soledad.

Hoy, jueves, la partida vuelve a suspenderse por una semana. Nadie tiene muy claro por qué: hay quienes dicen que el Hércules viajó a Haití para una misión humanitaria, pero no tenemos forma de chequearlo. ¿Hasta cuándo voy a quedarme acá?

Después del anuncio de un nuevo retraso, trato de leer, pero no me concentro.

Me voy a la casa principal para usar el teléfono. Allí encuentro hablando a uno de los biólogos. Espero a que termine. Simulo no escuchar lo que el hombre dice, aunque es imposible. Es un cuarto pequeño y solo estamos nosotros. Él sabe que lo escucho, yo lo escucho. Es una situación incómoda para los dos. La norma social indica que las conversaciones con una pareja o algún familiar son íntimas, así que salgo y me dirijo al comedor.

Ahí me siento en uno de los sillones. Intento leer otra vez, pero al verme con el libro, otro biólogo se me sienta al lado y empieza a hablarme de la novela que leyó hace unos meses.

Más tarde, consigo llamar a mi novia, le explico que el vuelo se suspendió. Que el viento sigue soplando, que la ventana climática.

—¿Cuándo volvés?

—No sé, no queda claro.

—¿Cómo no queda claro?

Llamo a mi jefe, le explico que el vuelo se suspendió. Que la ventana climática.

—¿Y cuándo se supone que volvés?

—Se supone que la semana que viene.

Después de la decepción de haber llegado segundos y de saber que Amundsen y sus compañeros quedarían en la historia, Scott y sus cuatro compañeros iniciaron el regreso. La brújula ya no les funcionaba. Durante un mes, derrotados y sin expectativas, caminaron veintitrés kilómetros diarios. El clima empeoraba, la temperatura rondaba los veintinueve grados bajo cero y el cuerpo gritaba pidiendo clemencia. Cansancio, los pies llenos de llagas. Solo hacían una comida caliente al día.

El oficial Edgard Evans, el más fuerte de los cinco, segundo en la línea de mando, empezó a sentirse mal. Escribió Scott: «Su salud se deteriora, su espíritu comienza a ensombrecerse».

Unos días después: «Le supuran las grietas que le cubren las manos y la cara, y la nariz tiene muy mal aspecto; pero lo más grave es que está muy abatido».

Con el paso de los días, Evans se puso aún peor. Temblaba, desvariaba. Un poco más adelante, pareció recuperarse, pero no podía seguir el ritmo de sus compañeros. El oficial se fue quedando atrás. Acamparon, prepararon té y comida. Al terminar de almorzar, Evans aún no había llegado. Salieron a buscarlo: «Es espantoso el aspecto de nuestro pobre camarada: está de rodillas, con las ropas en desorden, las manos desnudas y mordidas por el frío, la mirada extraviada. A nuestras preguntas responde lentamente que no sabe qué le ha sucedido, que ha debido desvanecerse. Lo levantamos, pero después de caminar dos o tres pasos, se vuelve a caer. (…) En el regreso pierde el conocimiento; cuando lo introducimos en la tienda ya está en coma. A las 14:30 muere dulcemente».

No hubo tiempo para el duelo. Debían seguir adelante, tratando de encontrar en la oscuridad que llevaban dentro algo que les diera esperanzas.

Las noches eran muy frías y, como las botas no terminaban de secarse, a la mañana tenían los pies helados. Los dedos de los pies de Lawrence Oates presentaban muy mal aspecto. El viento no cedía. Los trineos casi no podían moverse.

«¡Dios tenga piedad de nosotros!», escribió Scott.

«En este momento el sol brilla en un cielo sereno. El pobre Oates, que no puede tirar, se sienta en el trineo mientras nosotros buscamos la ruta. Es admirable su ánimo. Los pies deben hacerle sufrir mucho y, sin embargo, no se le escapa una queja. Está muy abatido y en la tienda no habla sino rara vez».

Un silencio de muerte.

«Está próximo el desenlace para el pobre Oates; ninguno de nosotros nota que sus fuerzas aumenten».

Al día siguiente, Oates le preguntó a Wilson, naturalista y zoólogo, si creía que tenía alguna posibilidad de vivir. Wilson no le respondió: ese silencio los envolvió a todos.

El tiempo empeoraba.

Las ropas, cubiertas de hielo, cada vez estaban más duras.

Sabían que deberían abandonar a Oates.

También sabían que no se lo perdonarían.

Después del almuerzo, Oates les preguntó qué creían que debería hacer.

Con la culpa apretándolos contra el piso, sus compañeros le respondieron que seguir hasta que le dieran las fuerzas. Luego, Scott ordenó a Wilson que pusiera «al alcance de cada uno los medios necesarios para dar fin a sus sufrimientos». El zoólogo les entregó tabletas de opio.

Al día siguiente, salieron a la intemperie. La temperatura alcanzaba los cuarenta y un grados bajo cero. Oates no avanzaba: casi no podía mover los pies ni las manos. Scott ya no sabía qué día era. Oates les dijo a sus compañeros que no podía seguir. Les pidió

que lo abandonaran. Ellos se negaron: lo alentaban. Él, pese a todo, con más actitud que fuerza, recorrió varios kilómetros.

Esa noche, al verlo acostado, sus compañeros pensaron que no despertaría. Pero al día siguiente Oates volvió a abrir los ojos. Fuera de la carpa soplaba viento helado.

—Voy a salir —dijo Oates—. Estaré, quizás, algún tiempo afuera.

Lo vieron caminar con dificultad, alejarse.

Escribió Scott: «Desapareció bajo los torbellinos de nieve».

Siguieron adelante. El tiempo era cada vez peor, pero siguieron. ¿Qué más hubieran podido hacer? Los días se sucedían: no tenían combustible. Sabían que la comida solo les alcanzaría para uno o dos días más. El final se acercaba.

El 29 de marzo, Scott abandonó toda esperanza. Sentía la muerte allí, junto a ellos.

La última línea del diario: «Es espantoso. No puedo escribir más».

Al no recibir noticias, los compañeros que lo esperaban en la base pasaron de la preocupación a la angustia. Enviaron dos expediciones de ayuda que debieron replegarse por el mal tiempo.

Recién a fines de octubre pudieron concretar la búsqueda: dos semanas después, dentro de las bolsas de dormir congeladas, encontraron los cadáveres de Scott, Wilson y Bowers.

Con el viento acompañando el silencio del duelo, celebraron una ceremonia fúnebre. Sepultaron los cuerpos bajo la nieve y allí levantaron un gran montículo. Sobre él: una cruz, hecha con trozos de esquíes.

Al revisar las carpas, encontraron los diarios de Scott y las cartas: cartas a su esposa, la escultora Kathleen Bruce; cartas a su madre, a su cuñado, a las madres y esposas de sus compañeros, a sus amigos y, también, un «mensaje al público»: «Si en la empresa hemos sacrificado nuestras vidas ha sido por el honor de la patria. Pido, pues, a nuestros compatriotas, procurar que quienes nos tenían como únicos sostenes no sean abandonados».

Tras conocerse la noticia de su muerte, Scott se convirtió en un

héroe nacional.

A su funeral y al de sus compañeros, celebrados en la catedral de San Pablo de Londres, asistieron más de siete mil personas, además del Rey Jorge, el Gobierno y el Cuerpo Diplomático.

En las últimas décadas del siglo XX, a partir de algunas publicaciones, se generó un debate sobre su figura. La narrativa clásica del «fracaso heroico» se puso en cuestión y surgió la reflexión sobre si, más allá del coraje y el sacrificio de Scott, no había habido también fallas operativas, falta de experiencia y de liderazgo y decisiones equivocadas que terminaron con su vida y la de sus subordinados.

Sin embargo, tras un estudio publicado recientemente en la revista *Geophysical Research Letters*, su figura volvió a cobrar valor.

Los científicos demostraron que las expediciones experimentaron presiones excepcionales: las temperaturas beneficiaron a la tripulación de Amundsen, pero en dos ocasiones obstaculizaron el avance de la expedición de Scott. Los factores climáticos y la constatación de que no se habían cumplido sus órdenes para que los asistieran (antes de partir, había ordenado por escrito que deberían recibir ayuda de trineos con perros) mejoraron la imagen del marinero.

Lo más probable es que las muertes se debiesen a una mezcla de congelación, desnutrición e hipotermia. Tal vez, influyó también el escorbuto: las raciones estaban basadas en la ciencia nutricional de una época en la que no se conocía la vitamina C. Por otra parte se descubrió que los valores caloríficos de las comidas estaban sobreestimados y no compensaban el déficit vitamínico y calórico para periodos largos.

Alejados de los honores, debates y críticas que sobrevinieron luego de sus fallecimientos, los cuerpos de Robert Falcon Scott, Edward Wilson, Henry Bowers, Edgar Evans y Lawrence Oates siguen allí, enterrados bajo la nieve antártica.

Hoy, sábado, el viento amaina y la nieve se transforma en lluvia. Hay dudas sobre si los científicos deberían salir. Se decide que lo mejor es postergar los trabajos.

Me entero de que cuando el clima mejore se hará un viaje a la base surcoreana Rey Sejong. Queda en la península Barton, en esta misma isla, a unos diez kilómetros. Se va en bote. Me cuentan que allí se estudian las partículas energéticas que atraviesan el campo magnético terrestre. Uno de los buzos me dice que es una base supermoderna: que el agua de las canillas va al inodoro, que todo está conectado, que nada se pierde, todo se transforma.

Espero a que el jefe militar de la base termine el desayuno y le pido hablar unos minutos. Parece un hombre amable: lleva una remera blanca y la gomina impertérrita. Le explico que, como periodista, para mí sería muy interesante conocer otra base antártica.

—Me encantaría poder llevarte. Pero en el bote entran seis personas.

—Entiendo.

—El viaje está programado desde hace meses y por lo menos diez ya me pidieron ir. Si fuera por mí, los llevaría a todos, pero sería peligroso.

Le pregunto si es común el traslado entre bases. Me dice que no tanto. Solo en días especiales, como el cumpleaños de una base.

—O en caso de urgencia.

En la base Carlini, de la científica coreana Moon Hye Won no quedan más que su nombre escrito en uno de los registros con letra azul y prolija, dos fotos y el recuerdo de que no hablaba castellano. Nadie sabe bien quién era, qué estudiaba, si le gustaban los crucigramas o la poesía. Lo que todos sabían era que venía de la base Rey Sejong y que había cometido un error. Uno grande, incomprensible. Nadie sabe, nadie nunca sabrá, si fue por falta de conocimiento o simple irresponsabilidad.

* * *

Dicen los buzos que sumergirse en el agua antártica, descender treinta metros, hacer un nudo y volver a subir desgasta el cuerpo como correr veinte kilómetros. El botellón de aire comprimido suele durar una hora, pero en invierno se consume más energía, la respiración se acelera, el cuerpo necesita más oxígeno y el tanque se agota en unos treinta minutos.

Cuando la caleta está congelada, también se trabaja. Con barreta, pico y pala se hace un triángulo en el hielo. Luego otro, cerca: para que si aparece un elefante marino o una foca leopardo pueda emerger por allí y no compita con el buzo para salir.

Apenas uno se sumerge, durante unos instantes la sangre parece solidificarse y duele desde adentro. Luego, el cuerpo se acostumbra. Pero los músculos de la cara se congelan y, al salir, los buzos tienen

problemas para modular: hablan lento, como si les hubieran quedado secuelas de un accidente cerebrovascular. El frío se siente más en los pies y en los dedos de las manos. En la cabeza se sienten cientos de pequeños puntos helados y agresivos. Después de treinta minutos a veinte metros de profundidad, el frío entra en el traje y los dedos de las manos dejan de responder, pican, se anestesian: hay que morderlos, pegarse con ellos en el cuerpo; hacer que la sangre circule, evitar la pérdida de sensibilidad.

Como norma general para prevenir accidentes, en cada inmersión que se hace en la base Alejandro Carlini, luego de estar sumergido quince minutos a veinte metros, un buzo sale y otro entra. Son reglas estrictas. Si el descenso llega a los treinta metros, se espera siete horas antes de volver a bucear, de manera que el metabolismo recupere su estabilidad.

Bajo el agua, por el cambio de presión, las burbujas de oxígeno que recorren las venas, arterias y capilares se achican, se hacen mínimas y empiezan a circular por las articulaciones, por lugares donde antes no entraban: rodillas, codos y hombros.

Una de las cosas más importantes para un buzo es saber a qué profundidad se encuentra y el tiempo que ha estado sumergido. Dependiendo de esto, al ascender debe hacer paradas de descompresión, para que las burbujas vuelvan a su tamaño normal. Son momentos de quietud y confianza en la fisiología humana. Si ascendiera rápido, las burbujas se agrandarían de golpe y podrían obstaculizar las venas, formar un coágulo y detener la circulación. Más allá del control minucioso, hay una regla estricta: el buzo nunca debe subir más rápido que las burbujas del respirador.

Pero si el tanque falla y el buzo descubre que le queda poco oxígeno, queda sumergido en su cuerpo. Sin nada que hacer, atrapado en sí mismo, debe esperar la muerte. De allí la frase que repiten como lema: «Si te ahogás, morís tranquilo».

* * *

Moon Hye Woon venía de la base coreana Rey Sejong. La traían sus compañeros en un bote. Tenía el pelo lacio, la cara ancha, un buzo verde con capucha y parálisis parcial. No podía mover bien los brazos.

La recibieron el enfermero de la base y el buzo Ramón Alfredo Torres, encargado de operar la única cámara hiperbárica que funciona en la isla. Un aparato enorme de forma tubular que reproduce la presión del fondo del océano y permite llevar al cuerpo a las condiciones que tenía cuando se estaba buceando.

La mujer coreana que la acompañaba dijo en inglés que el día anterior su compañera se había sumergido treinta metros y luego, inmediatamente, sin esperar las horas necesarias para que se le fuera el nitrógeno residual en sangre, volvió a bajar. Entonces, se descompensó. Por eso, explicó, ella la había traído de urgencia.

La científica coreana entró en la cámara. El enfermero entró en la antecámara. Le hicieron un tratamiento «UNO A», aconsejado para un caso leve.

Luego de que Torres prendiera el compresor, la presión dentro del cubículo empezó a aumentar. Metafóricamente, el cuerpo de Moon Hye Won descendió treinta metros. Debió sentir los oídos tapados, porque abrió la boca, se tapó la nariz y sopló. Los efectos de la presión eran los mismos a los que había estado sometida en la profundidad, veinticuatro horas antes.

Desde los controles, Torres creó el efecto que se produce cuando un buzo asciende. El cuerpo que estaba a treinta metros, un minuto después estaba a veinticuatro, al siguiente a dieciocho. Luego, a quince y sesenta segundos después a doce. Las burbujas de oxígeno dentro de las venas volvían de a poco a su tamaño original.

Dos horas después, Moon Hye Won ya podía mover el brazo: el

adormecimiento había desaparecido. Tenía hambre. Esperó cuatro horas y, sin decir nada, se fue. Antes de que partiera, Torres le dio una tabla. Le sugirió, con vehemencia cordial, que la próxima vez tuviera en cuenta las paradas de descompresión. Nunca más la volvió a ver.

SEGUNDA PARTE:
ESTOY AQUÍ

Estoy aquí
en el mundo
en un lugar del mundo
esperando
esperando.

IDEA VILARIÑO

Si esto fuera una novela, yo no debería contar el final. Pero esto no es una novela y casi un mes después de mi llegada a las Shetland yo bajaba del Hércules, de regreso al continente, en la ciudad santacruceña de Río Gallegos. Al otro día, desayunaba en mi casa, a veinte cuadras del Obelisco.

En los tres meses que siguieron, salvo por dos biólogos a los que entrevisté, no volví a ver a ninguna de las personas con las que compartí el aislamiento en el frío.

A fines de abril, me escribieron un correo electrónico invitándome a un asado en el Comando Antártico.

El 9 de mayo de 2014, en la puerta del edificio ubicado en la esquina de las avenidas Paseo Colón y Juan de Garay, un militar abrió la puerta y me preguntó adonde iba. Le dije. Me dejó pasar y me indicó el camino.

Entré a un salón con varias mesas con manteles blancos. Había dos parrillas enormes donde se cocinaban carnes y achuras. Allí estaban el biólogo Emiliano Depino, el carpintero Jorge «Yaca» Rebollo, el encargado de recoger las muestras de ictiología Carlos Bellisio, el informático Juan Manuel Pereda, el prefecto Roberto Da Silva, la bióloga Romina Dias y también otros a los que no había visto nunca pero a quienes también saludé como si fuéramos grandes amigos. Volví a sentir esa extraña simulación agradable de que nos conocíamos desde hacía años.

Comimos. La carne era muy buena. Se aplaudió al asador. Alguien dijo que había que brindar. Secundado por otros dos, un hombre se puso de pie. Hablaba con dificultad. Parecía tener una

parálisis en la cara y parte del cuerpo. Dijo que estaba muy contento de volver a reunirse con todos nosotros. Que para él «los antárticos» ya eran parte de su familia. Varios lagrimearon. Le costaba hablar, por la parálisis y la emoción. Todos aplaudimos. El hombre se retiró despacio, ayudado por un militar.

En voz baja, le pregunté a un biólogo quién era. Me dijo: el teniente coronel Néstor Argüello. Un nombre que durante el mes que estuve en la Antártida había escuchado decenas de veces. Y cada vez que alguien nombraba a Argüello, también nombraba al teniente médico Rafael López Dale que, con solo veintiséis años, lo había salvado de la muerte.

La idea fue creciendo de a poco, como esas nubes que aparecen pequeñas en el horizonte y se agrandan, mezclándose con otras, hasta cubrir todo el cielo.

A fines de julio de 2013, el hombre empezó a preocuparse por la posibilidad de que le diera un accidente cerebrovascular ahí, en esa isla perdida, en la base Carlini, aislado del mundo. Por las dudas, se acercó a la enfermería.

El teniente médico Rafael López Dale le hizo preguntas y luego le dijo que las posibilidades eran muy bajas: era joven, no tomaba, no fumaba. Debía calmarse.

Pero la idea continuó, oscura como los días en la Antártida en esa época del año, pleno invierno, cuando solo hay dos o tres horas de claridad lejana. El hombre no podía dormir. Casi nadie en la base a esa altura del año podía dormir: la falta de luz impacta. El médico le dijo que era importante seguir una rutina: hacer las actividades como siempre, engañar al cuerpo. Pero el insomnio seguía. Para no medicarlo, López Dale recomendó lectura. El hombre leyó. Pero el insomnio acompañaba a las letras. El médico le dijo que hiciera ejercicio en el gimnasio. No era la primera vez que el hombre pasaba un invierno en la Antártida. Se subió a la cinta, levantó pesas. Pero tuvo miedo de que el esfuerzo aumentara las posibilidades de un paro cardíaco.

El médico decidió darle pastillas para que pudiera dormir, y las pastillas no hicieron efecto. A los días, el hombre empezó a tener palpitaciones. El teniente médico le hizo estudios cardíacos. Los resultados fueron óptimos y el médico empezó a pensar en mandarlo

al continente.

Sin embargo —como si la intuición se hubiera confirmado—, la semana siguiente pasó lo que nadie quería que pasara. Solo que no le sucedió a ese hombre, sino al jefe de la base. Al teniente coronel Néstor Argüello.

* * *

Todos los días después de comer, alrededor de las dos o tres de la tarde, el teniente médico López Dale iba al gimnasio de la base. El lunes 19 de agosto de 2013, quizás por la furia del viento o porque estaba un poco cansado, prefirió dormir una siesta. Se acostó alrededor de las tres y media de la tarde, pero antes de que pudiera quedarse dormido, el motorista Luis Martínez entró gritando a la habitación.

—¡El jefe se cayó!

—¿Qué?

—¡El jefe se cayó! ¡Argüello! ¡Argüello se cayó en el gimnasio!

Sin entender qué pasaba, López Dale salió de la pieza, se puso las botas y con la campera desabrochada salió corriendo hacia el gimnasio. La desesperación no tapó la furia del frío que sintió apenas salir del alojamiento principal. Corrió. Al llegar, vio al teniente coronel Néstor Argüello tirado en el piso. Encima de él, el cocinero de la base apoyaba las dos manos sobre el pecho haciéndole reanimación cardiopulmonar.

—¡Llamen al enfermero! —pidió López Dale.

Le tomó el pulso. Sin reflejos, el jefe de la base tenía las pupilas dilatadas, los labios y las orejas morados. Varios se acercaron al gimnasio. El cocinero dijo que se estaban entrenando juntos. El teniente coronel corría en la cinta y, de pronto, como si un punto sólido lo hubiera impactado, se había caído. El cocinero había empezado a masajearle el pecho mientras la cinta seguía

funcionando.

López Dale no recuerda con claridad lo que pasó a continuación. Solo tiene imágenes fragmentarias, traslúcidas: el enfermero Edgardo «Vikingo» Flores, a quien había hecho llamar, entrando en el gimnasio; la orden que le gritó al verlo: «¡Traé el desfibrilador! ¡El equipo de carro de paro!». El Vikingo salió y volvió a entrar con el desfibrilador.

López Dale, arrodillado, apoyó las dos paletas sobre el pecho del teniente coronel.

Después de la primera descarga, Argüello con las pupilas dilatadas y los labios morados.

Después de la segunda.

Después de la tercera.

Después de la cuarta.

Afuera, brutal, el viento soplaba ajeno a ese hombre, jefe de los treinta miembros de la base, que yacía inmóvil sobre el piso de cemento.

A la quinta descarga, Argüello empezó a respirar. Los labios pasaron de morado a rosa, las orejas recuperaron el color de la piel, pero no reaccionaba. Lo pusieron en una tabla rígida, lo cubrieron con una bolsa de dormir y lo llevaron a la enfermería, a unos cien metros del gimnasio, una triste procesión sobre la nieve. Allí, le colocaron suero, oxígeno, una sonda vesical. Pero Argüello no reaccionaba.

Como no podía tragar, tenían que mantenerlo sentado a cuarenta y cinco grados. Al principio, lo sostuvieron entre dos. Luego, le pusieron almohadas. Mientras, Rebollo se fue a la carpintería y armó una camilla de madera con la inclinación justa. López Dale no llegaba a entender qué había sucedido. A las seis de la tarde, Argüello estaba estabilizado, pero en coma. ¿Qué tenía? ¿Un sangrado interno, un problema cardíaco? López Dale llamó por teléfono al Comando Antártico de Buenos Aires.

—Necesito una evacuación aeromédica urgente —dijo.

El jefe de Sanidad del Comando lo ayudó a analizar la situación.

«¿Qué tenía Argüello?», le preguntó. Sin imágenes y el equipamiento correcto, López Dale no podía dar un diagnóstico. Podía sospechar: una arritmia, una desfibrilación ventricular, un accidente cerebrovascular. Había que evacuado: llevarlo a un centro especializado para que le hicieran estudios más precisos y determinar qué le había pasado. Convinieron en que lo trasladarían en helicóptero a la base chilena Frei, que contaba con mejor equipamiento médico. Desde allí, el Hércules lo llevaría a Río Gallegos. Pero el clima se cerró y el helicóptero no podía despegar ni aterrizar. El Hércules tampoco. Y el mar estaba congelado: no iba a poder intentarse por allí. Llevado en una moto o trineo hasta la base chilena era una locura: Argüello no iba a aguantar un traslado de más de quince kilómetros.

López Dale llamó por teléfono a la esposa de Argüello y, en un tono de seriedad intranquila, le contó lo que había pasado.

El primer día, esperó: los electrocardiogramas mejoraron. La frecuencia cardíaca bajó. Pese a tener puesta la sonda vesical, no orinaba. Eso implicaba muy mal pronóstico: no había sangre ni líquido circulando. No había forma de sacarlo de esa quietud fría. López Dale nunca había tenido un paciente encerrado en el clima. A las horas, cuando la bolsa de orina se llenó, el médico respiró aliviado.

Temía que los mocos y la saliva se acumularan en los pulmones: el paciente no tragaba. Habló con uno de los biólogos, que con una máquina del laboratorio le armó una especie de cánula para aspirar las secreciones de la boca.

A cada rato, llamaba por teléfono al jefe de Sanidad del Comando Antártico. Sin embargo, se sentía solo. En esa isla perdida en el frío, no había posibilidad de derivaciones o de una segunda opinión. Impotente, con todos los miembros de la base atentos a cada cosa que hacía, velaba por la vida de su jefe.

Pasó el lunes y la noche del lunes.

Pasó el martes y la noche del martes.

Y todo seguía igual, el coma, la tormenta.

Durante esos tres días, López Dale se quedó junto a Argüello, dormitando en estado de alerta, despertando asustado. El enfermero, el Vikingo Flores, lo acompañaba.

Setenta y dos horas en ese cuarto, mirando a ese hombre en la camilla. Solo dejaba la habitación para ir al baño.

Los demás le decían: cálmate, andá a descansar. Pero él no quería. El resto de la base se organizó en turnos de dos horas para hacerles compañía. Cuando le tocó entrar en la enfermería, el hombre que había dicho sentir palpitaciones retrocedió un paso: como si en la imagen del teniente coronel entubado se viera a sí mismo. López Dale le dijo que no era necesario que estuviera allí.

* * *

Día y noche, mientras esperaba una mejora en el clima, Rafael Armando López Dale miraba fijamente a su paciente.

Día y noche, temiendo un paro cardíaco, pero con la convicción de que aún podía salvarle la vida.

Mientras tanto, la base quedó a cargo del segundo jefe, el capitán Fernando Gallardo. Los cocineros siguieron cocinando, el encargado del agua siguió haciendo agua, pero todos pensaban lo mismo: al salir a la intemperie, cada vez que pisaban el hielo, al irse a dormir, se preguntaban cuántos días más duraría la tormenta y cuándo podrían iniciar el rescate.

Al tercer día, mientras esperaban una ventana climática, Argüello empezó a tener fiebre. Había un foco infeccioso. López Dale llamó a Buenos Aires.

—Está todo listo para que vayan a la base chilena en helicóptero y ahí suban al Hércules —le dijeron.

Quince minutos después, en medio de la tormenta, luego de haber pasado por la base uruguaya para buscar a otro médico, el helicóptero chileno aterrizaba a pocos metros de la unidad sanitaria

de la base. López Dale decidió que él también viajaría. «Si se muere, se me muere a mí», pensó. El helicóptero despegó como pudo, con los médicos y el paciente, enfrentando la tormenta.

Al llegar a la base chilena, luego de bajar del helicóptero, López Dale vio las nubes negras apretándose, compactas y precisas. ¿Cómo iba a atravesar el Hércules ese cielo impermeable? Pero en medio de las nubes se abrió un hueco y el avión militar aterrizó, patinando sobre el hielo y sin apagar los motores. Con un *snowcat* trasladaron a Argüello hasta el avión, donde esperaban el jefe de Sanidad del Comando, un mayor de la Fuerza Aérea y una enfermera.

Aunque quería acompañar a su jefe, López Dale sabía que no podía dejar a la base argentina sin médico. Pero como era muy arriesgado volver a su base con ese clima, aceptó la invitación de los chilenos para pasar la noche allí.

Luego de bañarse y cenar, se acostó. Despertó varias horas después, con una sensación de desamparo. Por un momento, no supo dónde estaba. Salió de su cuarto y preguntó por Argüello: el avión había llegado a Río Gallegos y el teniente coronel ya estaba internado en terapia intensiva. Los estudios indicaban una «fibrilación ventricular». Le había sucedido mientras corría en la cinta del gimnasio: en vez de latir, el corazón había quedado titilando. La sangre no circulaba, el oxígeno no había llegado al cerebro. Eso lo había hecho caer. Si bien con la quinta descarga eléctrica el corazón había vuelto a latir, el cerebro se había dañado. Un vuelo sanitario lo llevaría de Río Gallegos al Hospital Militar Central, en Buenos Aires.

Al mediodía siguiente, López Dale volvió a la base argentina. Por radio, agradeció el trabajo internacional y conjunto. Agradeció a los uruguayos y, sobre todo, a la Fuerza Aérea de Chile. Dijo que así debería ser el mundo: habló de la solidaridad que se pierde en las ciudades. De las pocas personas de diversos países que, en esa isla aislada, se ayudan, se arriesgan para protegerse.

En los días que siguieron, las noticias de la evolución de Argüello

se recibían con una mezcla de alivio y optimismo. El teniente coronel movió los dedos, decían. El teniente coronel abrió los ojos. El teniente coronel ya ve, puede enfocar, reconoce a la gente que lo visita. Luego, hubo fotos. El teniente coronel sentado en la silla de ruedas. El teniente coronel en rehabilitación, el gesto de «ok», una sonrisa leve.

En las primeras fotos se lo veía rígido, marcial. Tenía problemas para moverse, secuelas de esos minutos en el piso del gimnasio, sin oxígeno fluyendo hacia el cerebro. Con la rehabilitación, la movilidad mejoró. No recordaba algunas cosas, pero podía vestirse, caminar, vivir.

Pocos días después de todo ese episodio, López Dale llamó al hombre que decía sentir palpitaciones. Le contó que había decidido mandarlo al continente. Allí podrían hacerle estudios más precisos. López Dale sabía que el hombre somatizaba, pero su estado de ánimo no era bueno para él ni para el resto de la base.

—Así, te quedás tranquilo vos. Me quedo tranquilo yo. Nos evitamos problemas —le dijo.

El hombre aceptó. Un tiempo después, viajó en el avión Twin Otter hacia el continente. Al llegar a Buenos Aires le hicieron estudios. No encontraron nada.

* * *

En 2006, López Dale había empezado la carrera de Medicina en la Facultad del Aconcagua, en Mendoza. Su abuelo había sido coronel veterinario, su padrino era teniente coronel y tenía un tío coronel: quizás por eso, a pesar de haber hecho los exámenes para la residencia en su ciudad, decidió viajar a Buenos Aires y postularse a una de las dos plazas para la residencia oftalmológica en el hospital militar. Allí, se quedó unos días en la casa de su abuela. Rindió el examen oral, los trabajos prácticos: le faltaban las pruebas físicas y

psicológicas, pero como no tenía auto y no conocía la ciudad, pidió permiso para dormir en el colegio militar durante una semana. Se lo dieron, pero no quedó seleccionado para la residencia oftalmológica. Le ofrecieron entrar a una unidad de combate y hacer dos años de residencia clínica. No le interesó. Antes de regresar a Mendoza, en unos de los pasillos del colegio militar vio una charla anunciada para la semana siguiente. «La experiencia de ser médico en la Antártida», dictada por un teniente coronel de apellido Argüello. Y fue.

El salón estaba repleto de médicos. López Dale escuchó atento, pensando en los paisajes nevados, en el sonido del viento. Argüello hablaba sobre la experiencia de vivir en la Antártida: sin plata, sin llaves. Decía que eran muy pocos los privilegiados que podían estar ahí como médicos de una base.

Al terminar la charla, Argüello escribió su dirección de *e-mail* en una pizarra. López Dale regresó a su cuarto y le escribió: «Quiero ir a la Antártida, así que cuénteme. Si es por mí, ya estoy adentro». Argüello le respondió que, si le interesaba, podía ir al Comando Antártico y averiguar los pasos a seguir. López Dale llamó a sus padres y les habló del proyecto. Los dos, Rafael y Patricia, le dijeron que estaba loco. ¿Por qué no probaba con una residencia en Godoy Cruz, cerca de su casa? Pero él empezó los trámites en el Comando Antártico. Durante seis o siete meses preparó los legajos, se hizo estudios y conoció personalmente al teniente coronel Argüello.

—Quiero ir a la base Belgrano II —le dijo un día.

—No —respondió Argüello—. Vos te venís a Carlini conmigo.

En febrero de 2013, López Dale se subió al Hércules para pasar un año en la Antártida.

Se comunicaba con sus padres por Skype, pero en pleno invierno, tal vez por la intensidad del viento o la fuerza de las tormentas, costaba mantener la imagen: la charla empezaba bien y luego desmejoraba, el cuadro quedaba estático y ya no se veía más. Así que sacaban el video. Luego, en la base se instaló un teléfono que era una extensión de la línea de cancillería. Así, una llamada de Mendoza a la base costaba lo mismo que una a Buenos Aires.

En julio de ese año, cuando el hombre que lo había llevado hasta allí entró en ese coma inexplicable, López Dale les contó a sus padres lo que había sucedido y ellos viajaron a Buenos Aires para ver a la familia del teniente coronel.

Rafael Juan López, el padre de López Dale, tenía antecedentes cardíacos: le habían puesto dos *stents*. A fines de diciembre de 2013, cuatro meses después de que su hijo se convirtiera en un héroe, un médico le dijo que debía operarse de nuevo. Tenían que colocarle tres *bypass* en el corazón. Desde la Antártida, López Dale lo llamó por teléfono. Le pidió que lo hiciera. Su padre no estaba convencido. Días antes de Navidad, lo ingresaron para la operación.

Los compañeros de López Dale le decían: «Andá a ver a tu papá. Volvete en el próximo vuelo». Pero él quería cumplir un año en la Antártida: lo había prometido. Solo le faltaban dos meses. Y decidió quedarse hasta febrero.

Rafael Juan López fue operado con éxito. Pero semanas después hubo complicaciones y terminó internado en terapia intensiva.

El 21 de febrero de 2014, después de aterrizar en el aeropuerto de Mendoza, López Dale recogió las valijas. Apenas salió, vio a todos sus amigos. Su madre no estaba. Pensó: «Algo pasa». Eran las dos de la tarde. Su padre había muerto hacía tres horas.

En noviembre de ese año, el Estado Mayor condecoró a Rafael Armando López Dale como el mejor antártico del año. La ceremonia de entrega fue fastuosa. Su madre, Patricia, viajó de Godoy Cruz a Buenos Aires y se emocionó al ver cómo homenajeaban a su hijo.

López Dale recibió el premio pensando en su padre, en la última vez que había hablado con él, en el orgullo que sentiría si pudiera verlo. También pensó en la Antártida, en lo mucho que le había dado, en todo lo que le había hecho perder.

Abro uno de los libros que hay en la biblioteca y me encuentro con una mención al cirujano ruso Leonid Rógozov, que el 29 de abril de 1961 empezó a sentir un fuerte dolor en el ombligo. Al acostarse, el pinchazo pareció desplazarse hacia el costado derecho del cuerpo, donde está el apéndice. Escribió en su diario: «Una tormenta de nieve azota mi alma. Escucho el gemido de cien chacales. Me duele como el demonio».

¿Cuántas veces, a sus veintisiete años, Rógozov había operado una apendicitis aguda? Y qué simple era el procedimiento cuando uno contaba con un quirófano en un hospital y enfermeros que lo asistieran. Sin embargo, en ese momento, él era el único médico de los doce hombres de la sexta expedición antártica soviética. Estaba en la base Novolázarevskaya, a treinta y seis días en barco de Rusia. Por el clima, era imposible que un avión aterrizara cerca. Sus compañeros sabían poco y nada de medicina.

«Una sensación opresiva de presagio pende sobre mí. Tengo que pensar en la única salida posible: operarme a mí mismo. Sé que es casi imposible, pero no puedo cruzarme de brazos y darme por vencido».

Rógozov temía que, operándose a sí mismo, sufriera un reflejo vasovagal: una disminución de la frecuencia cardíaca y de la presión arterial por sufrimientos emocionales extremos, como contemplar sangre propia o verse a uno mismo por dentro. Una reacción así podía llevarle al desmayo. Y ¿qué pasaría si perdía la conciencia en plena autoperación? Conocía la respuesta: eso lo hacía dudar.

Tenía pocas posibilidades de hacer la intervención con éxito pero,

en ese momento, su vida dependía de ellas. Si no hacía algo, el apéndice estallaría.

Eligió a dos asistentes y le pidió al jefe de la base que se quedara en la sala. Habló con ellos: les dio los instrumentos, les explicó cómo posicionar la lámpara, cómo sostener el espejo en el que iría siguiendo las consecuencias de los cortes. Les explicó qué hacer si se desmayaba: cómo inyectarle adrenalina, cómo practicarle respiración artificial.

Antes de empezar, se tomó un momento. Respiró profundo varias veces. Sentía que el miedo lo envolvía, pero el pinchazo de la inyección de novocaína lo llevó a un grado de concentración en el que nada importaba: mirando el espejo, clavó el bisturí. El espejo, invirtiendo las imágenes, se transformó en un obstáculo. Así que decidió sacarse los guantes y palparse: resistir el sangrado. Al abrir el peritoneo, un movimiento imprevisto le hizo cortar el intestino. Ante la mirada atónita de sus colaboradores, que hacían fuerza para no vomitar, se lo cosió con la misma rapidez con la que se lo había cortado. Se sentía débil, mareado, pero tenía que encontrar el apéndice. Cada cuatro o cinco minutos, descansaba durante veinte o veinticinco segundos. Después de más de una hora de intentos, lo encontró. En la base, una mancha oscura: signo de que la explosión hubiera sido inminente.

Se cosió el abdomen y, luego de dos horas de intervención, les explicó a sus asistentes cómo lavar los instrumentos quirúrgicos. Cuando el cuarto estuvo limpio, tomó antibióticos y pastillas para dormir.

Dos semanas después volvió a su rutina y siguió trabajando durante un año, hasta completar la misión que le habían encomendado.

En su diario, que escribió antes de volver a Rusia convertido en un héroe nacional, escribió: «Cada vez más a menudo, las ondas de la nostalgia por mi hogar y el odio a esta maldita Antártida se arrastran sobre mí».

Son las ocho de la mañana del domingo 4 de octubre de 2015. El bar, a unas cuadras del Obelisco, está vacío, salvo por un hombre que lee el diario. Elijo una mesa junto a la ventana. Han pasado diecinueve meses desde que volví de la Antártida. Escribo en la computadora: «El lunes 2 de febrero de 2014, a ocho cuadras del Obelisco, un prefecto de civil fuma en la calle mientras espera. En Buenos Aires aún no amanece».

Después de haber escrito algunas líneas, leo en Facebook un *post* del buzo Ramón Alfredo Torres, que lleva al menos ocho meses en la Antártida. «Mi hijo querido, una vez más te pido disculpas, jabalí, no estuve en tu nacimiento ni en tu primer año. Hoy en tus dos añitos estoy lejos de casa. Le agradezco a DIOS por esta personita y le pido todos los días que nos haga unos grandes amigos. Feliz cumple FERNANDO BENJAMÍN TORRES...».

Hay cuatro imágenes adjuntas.

En la primera: el nene ofrece un mate a la persona que toma la foto. Junto a él, en el piso, una mochila, un termo, unas sandalias, ropa de abrigo prolijamente doblada, guantes, gafas de nieve, pantalones de camuflaje y un bolso enorme.

En la segunda foto, el nene casi sonríe y agarra con la mano un pedazo de carne de una fuente apoyada sobre un mantel de hule con dibujos de frutas. Sobre una tabla de madera se ven un cuchillo, un tenedor y dos limones.

En la tercera imagen, el nene mira a la cámara, simpático, sentado sobre una camilla. Detrás se ve algo que parece un estetoscopio. En la frente, del lado derecho, tiene un raspón

pequeño, menor, con la forma de una isla.

En la cuarta, el nene, más chico, levanta el pie derecho en el que tiene una bota abrigada y enorme. Parece contento.

Segundos después del posteo, otro de los buzos invernantes en la base Carlini comenta: «Algún día entenderá los sacrificios que has hecho por su vida…».

El lunes 17 de febrero de 2014, cerca de las ocho y media de la mañana, Emiliano Depino se despierta sin recordar lo que soñó.

A través de la ventana, el biólogo ve el gris casi quieto de la caleta, el piso blanco: parece no haber viento. Sale de su habitación en el alojamiento nuevo y, antes de ir al baño, golpea dos veces la puerta del cuarto donde duerme la bióloga Maricel Graña Grilli sin obtener respuesta.

Al final del pasillo, en la pequeña cocina, calienta el agua para un té y come algunas de esas galletitas repetidas día tras día hasta el hartazgo. Desayuna fugaz, casi como un trámite. Muy de vez en cuando se levanta para desayunar en el alojamiento principal. Pero normalmente prefiere prescindir de las mermeladas y las tortas con tal de dormir un rato más.

Luego de lavar su taza, vuelve al cuarto que comparte con el bioquímico Lucas Martínez Álvarez. Chequea que todo esté listo: la tarjeta de memoria, las pilas, los cables, la cámara, el equipo de grabación. Mete unas nueces y unas almendras en la mochila. Desde el teléfono ubicado en el pasillo marca el tres y luego el cinco y escucha una voz ronca que del otro lado dice: «Cocina».

—No vamos a almorzar en la base. ¿Habrá algo que haya sobrado de la cena de ayer o fiambre para unos sándwiches?

—¿En cuánto salen?

—Media hora.

—¿Cuántos son?

—Tres. Maricel, el periodista y yo.

—Pasá por acá un rato antes —le dicen desde la cocina a Depino.

Ve, a través de la puerta abierta del cuarto, a la bióloga Maricel Graña Grilli, que prepara las redes, el inflador, los tubos para las muestras de sangre, los GPS.

Vuelve a su habitación. Si hubiera ido al desayuno, se habría enterado de que el pronóstico anunciaba un viento de diecisiete nudos del este, nubes bajas hasta 240 metros, visibilidad buena (doce kilómetros) y una temperatura de tres grados bajo cero. La sensación térmica, siete bajo cero.

Depino no es friolento pero sabe que, quieto, los grados bajo cero se sienten como si el viento soplara por las venas. Antes de salir, se pone las botas con dificultad. Mueve la palanca metálica que traba la puerta y siente la Antártida en la cara. Camina hasta el alojamiento principal escuchando sus propias pisadas sobre el hielo. Allí, se quita las botas para no mojar el piso. Va hasta la cocina donde uno de los ayudantes le da una bolsa. Dentro, hay un kilo y medio de fiambre y pan, además de dos paquetes de galletitas surtidas. Se vuelve a calzar y sale al frío.

—Radio, radio.

—…

—Radiooooo, radio para Emiliano.

—Sí, aquí Walter, Emiliano, buen día.

—Buen día, Walter. Estamos saliendo tres personas para el refugio Elefante por la costa.

—Copiado.

—Avisamos al llegar. Cambio y fuera.

—Perfecto. Cambio y fuera.

El punto de encuentro es la puerta del laboratorio argentino. Depino revisa el equipo y antes de empezar a caminar hace un comentario sobre una nube blanca, aislada y etérea, que parece clavada en el cielo. Depino y Graña Grilli emprenden la marcha. A lo lejos, a unos cientos de metros, se ven otros científicos. Luego de la tormenta, todos aprovechan el buen clima para sus experimentos. A la distancia, parecen animados. Impera una atmósfera festiva, como de excursión escolar.

Depino camina casi sin pensar en los seis kilómetros que lo separan del refugio Elefante. Más adelante, Graña Grilli no baja el ritmo, los rulos inquietos por el viento.

A un lado, el océano glacial antártico salpicado por ásperos bloques de hielo blanco que de lejos brillan suaves y turquesas. Algunos pingüinos se sumergen fugaces. Los lobos y los elefantes marinos, mimetizados entre las piedras, duermen o simulan dormir con aspecto brutal e inofensivo. Al otro, los cerros empapados de nieve.

A Depino, la pasión por los animales le vino pronto. Los viernes iba al colegio Normal 3 de La Plata, donde su madre era profesora, con una mochila con cosas de la escuela y otro bolso donde había guardado indumentaria y aparejos campestres. Después de clase se iba con sus dos abuelos, arriba del Peugeot 504, derecho para el campo, en Bavio.

Su abuelo Nelson tenía un enorme jaulón lleno de pájaros: cardenales, cabecitas negras, jilgueros y corbatitas. Todos aleteaban alborotados cuando entraban y les daban de comer. Con un copo naranja hecho de bolsa de cebolla, aprendió a agarrar esos cuerpos de pluma, rápidos y frágiles. De chico también atrapaba palomas. Se detenía en el grisáceo marmóreo de las plumas, las patas ásperas y resecas, las uñas. Después las liberaba, satisfecho con lo aprendido.

De camino al refugio Elefante, una de sus botas se sumerge hiriente en un arroyo de agua helada. Retrocede, concentrado en la estabilidad de la piedra que debe pisar para no caerse.

Graña Grilli va adelante, con un mono naranja que usa para no mancharse la ropa cuando trabaja con aves.

También es naranja el punto intenso que vemos a lo lejos: debajo de uno de los cerros, por fin vemos el refugio, una llamativa casa en este paraje desolado.

Entramos. Depino se saca la parte de arriba del anorak: el vapor sale de su espalda como si la piel fuera un géiser. Después de prender el generador y avisar a la base que todo está bien («Ya llegamos, nos vemos a la noche»), toma unos mates y vuelve a

vestirse. No se demora mucho: el trabajo aún no ha empezado y el sol duda en desaparecer detrás de unas nubes.

Salen. Depino y Graña Grilli buscan el nido de un skúa. Cuando lo encuentran, preparan el lanzarred, hecho con un inflador de aire comprimido. Se acercan lentos hasta que los dos animales, macho y hembra, los sobrevuelan inquisitivos.

—¿Podés filmarnos con la cámara mientras cazamos?

Sin los guantes, los dedos duelen. Por el viento, es difícil enfocar.

Depino apunta y oprime el botón del lanzarred. La red se dispara y atrapa a una de las aves, que cae aleteando.

Graña Grilli se acerca y, con delicadeza, desengancha al skúa atrapado mientras le encinta el pico filoso. Lo abraza como si lo quisiera. De a poco, el skúa, de color marrón aguilucho, se aquieta. Lleva en la pata derecha un anillo, blanco y azul, con su identificación: MJL.

Depino forma parte del equipo de Graña Grilli, que trabaja en una tesis para vincular el uso del espacio con el estado nutricional de los skúas durante el período reproductivo. Anillan al macho y a la hembra y les colocan un GPS. Registran los datos tres veces: cuando la pareja está incubando, cuando el pichón acaba de nacer y cuando está emplumado.

Meten al skúa recién atrapado en una bolsa de arpillera que en la parte superior tiene una balanza: pesa 1575 gramos. MJL parece a gusto en los brazos de Graña Grilli. Luego, le sacan sangre. Meten la mayor parte en un tubo de ensayo y le agregan heparina para que no coagule. En un vidriecito, ponen una gota que analizarán en el microscopio.

Cuando le sacan el GPS, son las dos de la tarde. Después lo sueltan. Antes de irse en dirección al mar, MJL revolotea sobre los científicos.

Depino repite el procedimiento de la carga y el disparo de la red con el pichón identificado como MAC, que tiene un torso de 69.12 milímetros y un pico de 41.06 milímetros. Lo miden en silencio, tal vez para no molestar al animal o porque están concentrados en

tratarlo con cuidado.

Más tarde, apresan al ejemplar MBM. Pesa 1.8 kilogramos. Su GPS será recuperado a las tres de la tarde.

Antes de volver, Depino encuentra un pichón muerto: el anillo dice MBR. Graña Grilli piensa que debe haber nacido hace un mes y medio. Lo mete en una bolsita y lo guarda para hacerle una necropsia. Más tarde, de vuelta en el refugio, comemos un sándwich de fiambre y tomamos mate. Graña Grilli me propone volver a la base, llevar las muestras al laboratorio y dejar a Depino para que durante un rato haga una de las cosas que más le gustan: grabar sonidos de animales.

La primera vez que llegó a la Antártida en enero de 2012, Depino tuvo mucho tiempo libre. No había traído libros ni series ni películas ni nada. En aquel viaje, cuando ya había completado su tarea y habían «desarmado» el refugio, tuvieron que quedarse diez días esperando a que el clima mejorase. El tiempo se volvió espeso. Pensaba en su novia, María Florencia; en su padre, Marcelo; en su madre, Sandra; en sus hermanos, Mariano y Florencia. No sabía qué hacer.

En esos días se sintió identificado con un amigo que, cada tanto, sentía ganas de llamar por teléfono a su padre muerto. El impulso de hacer algo —irse, llamar— sin poder hacerlo.

Esta vez vino preparado. Trajo películas, libros, un trabajo incompleto sobre burritos (pájaros chicos, caminadores, que vuelan poco o casi nada, andan en el suelo, trepan por las hojas en la selva ribereña) y, sobre todo, la grabadora.

Había empezado a grabar sonidos de aves durante un curso en 2007, cuando estudiaba el segundo año de la facultad. En la Antártida, con parte de una agujereadora, el mango de una bicicleta y un caño plástico, armó un aparato para grabar elefantes y lobos marinos, gaviotines antárticos, petreles gigantes, petreles de las tormentas, *fregettas*, pingüinos papúa, adelia y barbijo, palomas antárticas, gaviotas cocineras, skúas. Es tan sensible el micrófono, que Depino debe ir solo y con cuidado: el rozamiento de la ropa, los

pasos, un estornudo pueden arruinar la grabación.

Cuando escucha el sonido de un animal que le interesa, lo graba y luego dice: especie, situación, fecha, punto GPS, comportamiento del animal, datos del clima, mucho viento o poco viento.

Más tarde revisa los audios. Selecciona algunos, los mejores, los pone en formato (entre menos doce y menos tres decibeles, en una calidad de veinticuatro bits y noventa y seis kilohercios) y los manda por *e-mail* al laboratorio de la Universidad Cornell, en Ithaca, Estados Unidos, donde existe una biblioteca mundial de sonidos de aves.

—Nos vemos en un rato —dice Graña Grilli.

Nos abrigamos, tomamos un último mate, y salimos.

Al abrir la puerta del refugio Elefante, la luz nos enceguece, pero enseguida nos acostumbramos a la intensidad de ese paisaje áspero y onírico.

Ella camina rápido, sin bajar el ritmo: costumbre. En la campaña anterior, se desafiaba con otros biólogos a ver quién podía hacer los kilómetros del refugio a la base en menor tiempo. Iba tan rápido como podía. Casi no miraba el paisaje: pero hoy es distinto. Después de cuatro años, ya tiene todos los datos que necesitaba para su proyecto. Sospecha que será la última vez que recorra este paraje desolado. El año que viene viajará a Estados Unidos por una beca y seguramente, después, estudiará otra ave.

Quiere memorizar este frío en la cara, la ternura de aquel pingüino con su madre, la libertad del planeo del skúa. Si bien sabe que los recuerdos son anárquicos e ingobernables, se esfuerza por fijar todo ese paisaje para poder pensar, luego, en los colores intensos, el contraste, la quietud, el ruido del viento.

Cuando en el continente le preguntan en qué trabaja, Maricel Graña Grilli dice: «Con aves». Y si le vuelven a preguntar dice: «Con skúas». Cuando quieren saber qué es eso, explica: «Una enorme gaviota parda». Y si su interlocutor insiste, le explica: «Estudio la relación entre los hábitos migratorios del skúa y su comida». Pero solo dice «la Antártida» en la siguiente pregunta, la quinta, porque a

la gente le apasiona tanto saber sobre el sexto continente que, una vez que saben que ella ya fue cuatro veces, no paran de interrogarla.

Ahora camina hacia la base pensando que extrañará las tormentas. Extrañará a los skúas.

Al llegar a la base, se saca las botas y las deja en la antecámara del laboratorio argentino, cuelga la campera en el perchero. Dice: «Hola». Dos veces.

—No hay nadie.

Va al baño a lavarse las manos.

Callada, en el laboratorio sumerge en metanol durante tres minutos los vidriecitos con la muestra de sangre de skúa. Luego, los guarda en una caja. Tres meses después, de regreso en La Plata, los teñirá con solución de Wright, un reactivo que colorea las células: algunas de rojo, otras de azul, otras de azulado rojizo.

Pone los tubos con la sangre de los animales en una máquina y oprime un botón. Los tubos giran a alta velocidad. La fuerza centrífuga divide la sangre en plasma y en células rojas. Graña Grilli guarda una parte del plasma y de las células en alcohol y otra parte la congela. Rotula todos los frascos.

Cuatro o cinco meses después, el biotecnólogo Andrés Ibáñez, que trabaja con ella, llevará las muestras de plasma congelado a un laboratorio de Buenos Aires para que midan el número de triglicéridos, ácidos grasos libres, colesterol, HDL, LDL, glucosa, urea y ácido úrico de los skúas. Así, sabrá si los animales estaban bien alimentados o si debieron metabolizar sus reservas de grasa corporal. Si estaban flacos, gordos o famélicos.

106 días después de rotular los frascos en el laboratorio de la base, Graña Grilli viajará de Buenos Aires a Francia. Llevará unas plumas y las muestras de sangre al centro de estudios biológicos de Chizé, un pueblo de menos de mil habitantes de la campiña francesa. A través de algo llamado «espectrometría de masa gaseosa», los técnicos obtendrán la concentración de isótopos de carbono y de isótopos de nitrógeno del animal.

Cuando uno come algo, incorpora la composición química de lo que está comiendo. Si uno se alimentara exclusivamente de una planta (que tiene una determinada composición de isótopos de carbono y nitrógeno), su composición carbónica no variaría mucho respecto de la del alimento. Analizando los datos de otros investigadores que han medido lo que se llama «paisajes isotópicos», Graña Grilli puede inferir la dieta y tener una idea de qué y dónde comió el skúa. El método no es simple. Graña Grilli no sabrá con certeza si el animal comió moluscos o pichones de pingüinos. La respuesta será una fórmula: 813C: —23.2, 815N: 11.7.

Graña Grilli esperaba que la dicta se basara exclusivamente en pingüinos. No era prejuicio, sino observación en el campo. Había visto varias veces cómo un skúa provocaba a un pingüino que trataba de defender su nido. Un día vio cómo, veloz, el skúa robaba un pichón, se lo llevaba a unos metros, lo apoyaba en el suelo, le daba vuelta, le perforaba la panza de un picotazo y le comía las tripas rojas coral, mientras el pichón se retorcía.

Sin embargo, en los análisis, descubrió que la ingestión de krill y peces también era fundamental. Cuando están fuera de la Antártida, los skúas mantienen una vida pelágica: cuando ella no los ve, viven en el mar, comen lo que encuentran.

Ahora, en el laboratorio, después de rotular todos los frascos, se saca el buzo. Conecta a la computadora los GPS que les ha quitado a los skúas y descarga los datos en una planilla: cuando analice esa información, descubrirá que los animales reducen el área de vuelo después del nacimiento de los pichones. Y que la amplían cuando los pichones son más grandes: las crías necesitan menos protección pero más comida.

Lo que le intriga, y no podrá resolver todavía, es si existe una relación entre la ausencia de los padres y la pérdida de los nidos: cuando llegó a la base había catorce nidos, cuando se vaya habrá solo dos. Una década atrás había más de treinta y cinco. Supone que es por el cambio climático, pero con los datos que tiene no puede afirmarlo. Sin embargo, nota un desplazamiento de especies

que van cada vez más al sur. Tal vez, siguiendo al krill que se reproduce debajo de los témpanos.

Vuelve a abrigarse, aunque no se cierra la campera. Al salir del laboratorio camina unos pasos hasta el alojamiento nuevo. Atardece y el glaciar empieza a ponerse rosa. Deja las botas en la antecámara y, descalza, va a buscar ropa limpia a la habitación que comparte con la bióloga Marcela Nabte. Se baña. Tal vez tarde un poco más de lo recomendable en una base con tanta gente, pero no le importa. En la cena, sentada entre Depino y yo, frente al carpintero Jorge Rebollo, dirá que está harta de la verdura en lata y de que lo único fresco sea el repollo colorado.

Después del desayuno, cuando todos se van a descansar a sus cuartos o a trabajar en los laboratorios, algunos días me refugio en la biblioteca. Es, tal vez, el único lugar de la base donde nadie te interrumpe, aunque eso tampoco sea sinónimo de estar solo. Cada vez que abrimos un libro, se establece un diálogo con su autor o autora. Aunque haya muerto hace cientos de años nos habla al oído y disfraza cualquier tipo de soledad.

El aviso publicado en 1914 en el *Times* londinense era breve. «Se necesitan hombres para un viaje peligroso».

El irlandés Ernest Shackleton buscaba candidatos para su tercera expedición antártica. El objetivo era cruzar a pie el sexto continente: recorrer 2900 kilómetros, superar los fríos atroces, las tempestades y quedar en la historia. «Salarios bajos, frío extremo, meses de completa oscuridad, peligro constante, retorno dudoso. Honores y reconocimiento en caso de éxito».

Dos veces había estado Shackleton en la Antártida. La tercera, esperaba, sería la vencida.

A pesar de la advertencia y del desánimo que intentaba transmitir, cinco mil personas respondieron al llamado: exploradores, marineros, personas sin trabajo, médicos, desesperados y mercenarios que querían formar parte de la expedición. Y aunque se aclaraba que solo se aceptarían hombres, hubo tres aventureras (Peggy Pegrine, Valerie Davey y Betty Webster) que le escribieron al explorador para postularse.

Anoche, cuando volvimos de cenar, la lluvia seguía. Al despertar, por la ventana de la habitación veo la garúa suave y sin viento.

El ayudante científico Ramón Conde me había sugerido la posibilidad de acompañarlos, a él y a su equipo, a hacer el censo de mamíferos: diez kilómetros hasta Punta Stranger.

—Es un lindo paseo y podes aprovechar para conocer al único pingüino rey que hay en la zona.

La lluvia cambia la Antártida: el paisaje que ayer era blanco, puro, maravilloso, hoy es marrón, sucio, depresivo. La caminata sobre la nieve, suave y mullida, se convierte en un recorrido resbaloso entre piedras, algas, barro y guano.

Somos cinco bajo la lluvia, caminando cerca de la costa. Allí, amontonadas en grupos de seis o siete, dormitan las hembras de elefantes marinos. Cuando nos acercamos, alguna levanta la cabeza, gime estentórea. Otra abre la boca en silencio: los dientes, amarillos afilados; la lengua, el paladar y la garganta, de un rosa tierno, amenazante. No parecen molestarse demasiado, salvo una que, cuando Conde se acerca, retrocede hacia el mar como una oruga gigante. Pesa ochocientos kilos y se mueve torpe, aunque en el agua flota y parece liviana.

Me explica el ayudante científico Pablo Campana que los elefantes marinos pueden sumergirse durante cuarenta minutos y hasta mil metros de profundidad. La contextura sólida de su cuerpo resiste la presión.

—Los machos llegan a las cinco toneladas —dice Guido Belsito, uno de los biólogos que camina detrás.

Conde va un tanto encorvado, la campera amarilla oscura, el paso tranquilo pero firme. Tiene sesenta y cuatro años. Está por jubilarse y, sabe, esta es la última vez que visitará la Antártida. Cada tanto se detiene, mira con los binoculares, continúa, siempre en silencio.

Conde y sus compañeros anotan la cantidad de animales que ven.

Si encuentran alguna «feca» (excremento) de elefante marino, se detienen con una bolsa y la levantan, se la guardan en el bolsillo.

Y seguimos caminando.

Enormes, los machos de elefantes marinos están aislados, a unos metros de las hembras que se superponen apretujadas. Algunos, bajo la nariz, tienen una sustancia mucosa. Campana me explica que son parásitos.

Seguimos en silencio, sintiendo bajo las botas las rocas y el barro.

A unos metros, erguido sobre sus patas delanteras, un lobo marino desafía a Belsito. Se le acerca, refunfuña. Una mordida podría provocar una infección desesperante que obligaría a una evacuación. Bajo una lluvia intensa, el biólogo, gorro coya de llama, campera roja, menos de un metro sesenta, no se amilana. Quieto, levanta los brazos, los mueve, y el animal retrocede.

—Si no se espanta, hay que correr —dice Belsito.

Cada vez llueve más fuerte.

Encontramos un esqueleto de elefante marino. Durante un rato, evalúan qué pudo haberle pasado. En la costa, dos hembras descansan. Una mira hacia la orilla, la otra en sentido contrario, los torsos apoyados entre sí como un rompecabezas animal. La lluvia se convierte en nieve: es más cómodo para caminar.

Dos enormes machos marrones, erguidos, chocan sus pechos. Se miden, se acercan: braman. Uno frente al otro, la boca abierta, se empujan como dos chicos antes de empezar una pelea.

—No van a lastimarse —dice Conde—. Están jugando.

Y señala.

—Pero mira ese.

A unos metros, un tercero, mucho más grande que los otros, tiene orificios con sangre a los costados de la cabeza, heridas de alguna pelea. Es el macho del harén. A diez metros, cuatro o cinco machos, más jóvenes y livianos, merodean.

Cuando el macho del centro entiende que alguno se acercó demasiado, se levanta y lo enfrenta.

Dice Conde que una vez vio, de lejos, a dos que se empujaban hasta que uno mordió al otro. Algunas hembras huyeron, pero varios cachorros terminaron muertos, aplastados. Feroces y lascivos, los machos se transformaron en una masa de violencia sangrante que tiñó de punzó la nieve. Solo les importaba defender su territorio. Se acercaron a la orilla, entraron al agua. El mar se volvió turbio. Al rato, uno de los dos, rendido, se retiró y el otro, rodeado de hembras, ocupó el centro del harén.

Sin nieve, los alrededores del refugio Elefante también parecen otro lugar. La bruma inunda los cerros amarronados. El paisaje ahoga. Seguimos caminando pegados a la costa durante unos kilómetros más hasta llegar al peñón siete.

Allí, sin decir nada, Conde señala un pingüino rey: quieto e imponente, el pico naranja hacia el ciclo, su universo se reduce al huevo que tiene debajo. Permanece ajeno al ruido de las decenas y decenas de pingüinos papúas que corretean alrededor.

Nos quedamos mirándolo durante varios minutos hasta que nos aburrimos.

Luego, volvemos hacia el refugio Elefante. Una vez allí, Conde prepara mate. Mientras ceba, dice que está viejo.

—Esto antes no me costaba. Venía todos los días.

—Estás hecho un pibe —dice Campana.

Más tarde, después de caminar hasta la base, los científicos verifican cuántos animales contó cada uno: 840 en total, 740 hembras de elefantes, 23 machos, algunos cachorros y varios juveniles. Además de lobos y un par de focas de Weddell.

Me despido y, cansado, camino hacia el alojamiento nuevo. Me

cruzo a Graña Grilli, que dice que en un rato, en el laboratorio argentino, van a hacer la necropsia del pichón de skúa que encontraron ayer.

—1101, 1102, 1103, 1104, 1105…

Sentada en una silla del laboratorio argentino y con una aguja en la mano, Marcela Nabte lleva una hora y media separando pequeñas esferas negras, por un lado, y una pasta húmeda, rosácea y viscosa, por el otro.

El pelo rizado exuberante contenido por una coleta, las va contando, lenta y precisa, mientras desde la computadora suena una bachata. Mueve la boca sin emitir sonido para no confundir el número. Dice:

—Cuento ojitos.

Si el resultado es impar, Nabte suma o resta uno: aunque la naturaleza nos sorprende, duda de que haya un krill tuerto.

Está preparando mate.

El krill, parecido a un langostino pequeño traslúcido, es el alimento más importante para peces, aves, calamares y mamíferos. Para defenderse de los depredadores, los kriles se mueven en cardúmenes que imitan nubes, enormes organismos difusos y cambiantes. En un día, un pingüino adelia puede comer 1200 kriles. Si hay menos kriles, los pingüinos y los petreles pasan más tiempo en el mar buscando alimento y eso puede producir la muerte de sus pichones.

Me cuenta que dos días atrás acompañó al grupo de científicos que estudia a los pingüinos. Capturó a un pingüino que acababa de salir del agua. El animal trataba de defenderse, pero ella lo agarró de las patas, le juntó las alas, lo abrazó mientras otro biólogo le abría el pico.

El hombre miró los dos orificios de la garganta: uno, que se abría y se cerraba (por donde respiraba), y otro que conducía al estómago. Introdujo una cánula en el segundo y bombeó un litro de agua de mar entibiada. Cuando el agua rebalsó, Nabte puso al pingüino cabeza abajo, le masajeó el cuello. El animal regurgitó. Varias veces. Mientras ella lo sostenía, otro biólogo coló el vómito. Colocaron el contenido estomacal, sin agua, en un frasco de plástico con un rótulo: «A». La «A» se usa para pingüinos adelia, la «P» para pingüinos papúa. Luego, le sacaron sangre.

—Cuando hace mucho frío, es más difícil encontrarles la vena: hay que masajearles las patas para que aparezca.

Lo pesaron, le midieron el pico, le pusieron, con aerosol azul, una marquita en el pecho. Lo dejaron ir. De regreso en el laboratorio, metieron la muestra regurgitada en el congelador.

Los días como hoy, en los que el cielo se tapiza de una sola nube luminosa (sin grietas ni bordes) y el viento desprecia lo quieto, no se puede salir y Nabte aprovecha para trabajar en el laboratorio. Hace el conteo. Pone el vómito regurgitado del pingüino en una bandeja. Espera que la masa congelada se convierta en un puré anaranjado rosáceo. Después, empieza a contar ojitos. Dividiendo por dos el número total, puede calcular, de forma aproximada, la cantidad de krill que el animal comió.

Nabte sorbe lento el mate. Luego, lo apoya sobre la mesa y se acomoda el pelo detrás de las orejas.

—El macho se sumerge en el agua entre seis y ocho horas en las que traga el krill, luego vuelve al nido donde la hembra cuida al pichón: come una parte y le da la otra, regurgitada, a su hijo. Después, la hembra saldrá a buscar comida y el macho se quedará cuidando el nido.

Si en la mezcla rosácea detecta un krill completo, lo separa. Lo mide para ver el tamaño y analizar en qué momento de su vida fue comido.

—De cualquier modo —dice—, la mayoría de las veces el regurgitado no es otra cosa que un puré naranja con olor a podrido.

Lo que sobra, los cuerpos de krill sin ojos, se lo da a un skúa que suele estar cerca de la base. Después de un rato, Nabte interrumpe la cuenta. La acompaño a la puerta del laboratorio. Nos abrigamos antes de salir. Fuma un cigarrillo, elonga los brazos. Dice que estar sentada una hora y media, la mala posición y el dolor de cintura a veces la marean.

En diciembre, antes de hacer los nidos, los pingüinos se separan en grupos y, de pie, quietos, parecen esperar algo inminente. Cuando ella se acerca, el anorak naranja intenso, los rulos al viento, el manchón de pingüinos se abre. Como si buceara dentro de un cardumen, los pingüinos la dejan entrar. Algunos siguen estáticos. Otros, más curiosos, se acercan, picotean. Solo uno o dos se alejan. Son los que llevan un anillo en la pata: están marcados y son los elegidos cada vez que hay que sacar sangre o llenarles el estómago de agua tibia y salada.

—Nos conocen —dice Nabte—. Y confían en su memoria.

Según el protocolo del estudio, los lavados estomacales se hacen «para monitorear la población de krill, caracterizar la composición general de la dieta y ver si existe variación de acuerdo a la etapa reproductiva».

Los estudios científicos señalan que en la Antártida los cambios climáticos están alterando el entorno. La salinidad, el oxígeno y la sedimentación del agua cambian y se espera que sigan haciéndolo con efectos en poblaciones marinas, especies y comunidades. Se prevé que el aumento de la pérdida de hielo y, por consiguiente, la liberación de agua dulce y sedimentos, tenga un gran impacto en la biodiversidad marina. Por ejemplo, los altos aportes de agua dulce y sedimentos se asociaron con mortalidad masiva de krill.

Para confirmar o desechar esta y otras hipótesis, Marcela Nabte cuenta ojitos.

Dejo las botas en la antecámara, camino hasta la pieza, me saco la ropa, menos el pantalón y la remera, agarro una toalla y voy a bañarme. No tardo mucho, porque quiero ver que van a hacer con el pájaro. Me cambio en la habitación. Camino rápido los pocos metros que separan el alojamiento nuevo del laboratorio argentino. En la puerta, me encuentro al veterinario platense Marcelo Pecoraro: pelo blanco y sonrisa astuta. Me dice que no me apure. Todavía faltan los demás.

Adentro, Marcela Nabte toma mate. Nos quedamos hablando hasta que llegan Graña Grilli, Depino, Campana, Belsito y otros biólogos que tampoco tienen mucho que hacer. Hoy el plan antes de cenar es la autopsia del ave.

Con las pequeñas alas abiertas, en la bandeja roja, el skúa parece un pollo pequeño. A un costado, algunas plumas marrones y húmedas se acumulan, deshilachadas. Con una tijera y un bisturí, Pecoraro lo abre al medio.

—Así, comienza la autopsia del pichón de skúa denominado MBR —dice un biólogo poniendo voz de locutor.

Pecoraro, los guantes quirúrgicos, el reloj en la mano izquierda, se concentra en lo que hace.

—Murió hace más de dos días —dice.

Algunos de los biólogos, ubicados detrás de él, se asoman para ver con detalle. Yo prefiero evitar cualquier tipo de indiscreción visceral.

—Pulmones con edema. No se ve congestión hemorrágica en otros órganos. Bilis desparramada. Puede haber habido algo

pulmonar, pero es como si hubiera muerto dentro de una heladera.

El olor empieza a ser ácido e intenso.

—No voy a abrir el intestino —dice Pecoraro.

—Yo lo conocí de chiquito —dice Graña Grilli.

Su voz suena entre sorprendida y apenada. Mira desde atrás, como si estuviera lejos de la escena. Como si la autopsia no perteneciera a lo suyo: al plano de relaciones que establece con animales tibios.

—En el estómago hay piedras —dice Pecoraro.

—A veces las tragan para hacer mejor la digestión —explica ella.

—Tráquea seca —dice Pecoraro—. No murió de frío.

A pesar de su altura, Depino tiene que pararse en puntas de pie para ver cómo Pecoraro mueve los órganos que, a un metro (el olor ya es desagradablemente ácido), parecen vísceras de pollo.

—El hígado está normal —dice Pecoraro—. No murió de un problema infeccioso. Pulmón sin sangre, no está gris.

—El olor —digo—. Me hace acordar al laboratorio de química del colegio secundario.

Pecoraro me explica que las aves concentran la orina junto con la materia fecal. Si bien no es ácido acético, huele similar.

El biólogo Pablo Campana le pregunta, entonces, de qué puede haber muerto el bicho este. «El bicho», dice.

—Coágulo en el corazón. Seguramente durante la tormenta de nieve de los últimos días.

—Pobre —dice Graña Grilli.

Pecoraro deja el bisturí sobre la mesa. Luego, alguien dice que es la hora de la cena y nos abrigamos para ir al alojamiento principal.

Viernes 21, amanece lloviendo y el vuelo se suspende otra vez. Somos varios los que tomamos mate en el laboratorio argentino cuando el hombre —pelo blanco que continúa en barba y bigote blancos, anteojos negros— entra y pregunta si alguien puede ayudarlo. Le dicen el Mono. Se llama Carlos Bellisio y es el encargado de recoger las muestras de ictiología (peces) desde hace treinta y cuatro años.

—¿Va a llevar mucho tiempo? —pregunto.

—Unas cuatro o cinco horas —dice, guiña el ojo y sonríe, dando entender que es una broma.

Poco después, me encuentro poniéndome un traje antiexposición: una especie de mono naranja e inflado, con un cierre desde la cintura al cuello. Uno de los buzos me explica que así, si caigo al agua y levanto los brazos, puedo permanecer a flote unas veinticuatro horas.

—¿Pero antes no moriría de hipotermia?

—Sí. A las cuatro horas de caer del bote.

La falla de este traje son las botas: son impermeables, muy similares a las de lluvia, pero muy delgadas.

—Ponte cuatro pares de medias.

Temo que exagere, pero le hago caso. Me pongo una media térmica encima de otra media térmica y otras dos más. Los dos pantalones, la remera, el buzo, la campera.

Trato de colocarme la bota, pero me cuesta. El pie parece hinchado. Una vez que lo consigo, me subo el traje. Camino con dificultad. Parezco un astronauta. Para subir al bote hay que

esquivar pequeños bloques de hielo que se acumulan en la costa. Los llaman «gruñones», por el ruido que hacen al quebrarse. Tienen miles de años y al ser compactos, su hielo tarda en derretirse. En la base, son los preferidos para enfriar el *whisky*. El bote es un Zodiac Mk4. Lo conduce Oscar «Nono» González.

Subo con Garlos Bellisio y un prefecto que, cuando lo entrevisté, me dijo que, en veinticinco años de mar, solo se había mareado cuando estuvo en un bote detenido sobre el agua.

González arranca y, despacio, avanzamos. Con un aparato que tiene junto al pie revisa la profundidad de la caleta. Al llegar a los cuarenta y tres metros se detiene. Sobre el mar grisáceo, tiran una red: de cinco metros por tres, con una barra de metal y una especie de boya cilíndrica en la que alguien escribió con marcador: «Ictiología». Y esperamos sentados sobre los costados del gomón. En el medio, baldes con agua y cajas. Carlos Bellisio tiene una especie de anotador con lapicera incorporada que, imagino, es a prueba de agua. A lo lejos, nubarrones, oscuros y perlados.

—Allá llueve —dice González.

Señala hacia el horizonte. Es como si, después de dibujarlas con un lápiz, alguien hubiera pasado un dedo sobre esas nubes, borroneando el contorno.

El bote se balancea suave. Luego de veinte minutos de charla sobre películas de los años sesenta, levantan la red. Tiran el contenido en un balde. Revolvemos: buscamos larvas de peces. El agua está turbia, parece no haber nada. Después veo algo: un bichito del tamaño de un cuarto de uña de dedo meñique.

—Nada —dice Bellisio.

Repetimos la operación a otra profundidad: treinta metros. Bellisio tira la red. Esperamos. El paisaje es majestuoso. El bote se balancea suave. El motor huele a combustión. Agradezco no haber desayunado más que un mate cocido y galletitas. Y aun así.

—Lo mejor si uno tiene ganas de vomitar es hacerlo hacia fuera del bote, ¿no? —pregunto.

—Mirá un punto quieto, en la costa —me dicen, sin saber que

desde hace rato miro la punta de aquel cerro mientras pienso en que no estaría bien que yo, que vengo de observador, fuese el culpable de un regreso anticipado.

Levantan la red. Nada. Sigo en silencio, mirando un punto fijo en el horizonte.

Bellisio me explica que es la primera vez que intentan agarrar larvas de peces. Dice que a lo mejor el problema es que hay muchas olas. O la luz, porque cuando está oscuro «los bichitos suben a comer». Quiere encontrar al menos una, para llevarla a Buenos Aires al Museo Nacional de Ciencias Naturales, donde trabaja, y meterla en formol. Yo pienso en formol, huelo la combustión del motor e intento no pensar en nada más.

Buscamos otra profundidad. Veinte metros. Siento los pies fríos. Las cuatro medias térmicas no ayudan en nada. Siento los pies helados como nunca los tuve. Siento ganas de vomitar. Quiero un lugar tibio, quiero un piso firme, quiero salir de este bote, quiero dejar de esperar. Pero no digo nada. Levantamos la red. Vacía.

Todos putean. Yo no. Si abro la boca, vomito.

—¿Estás bien? —me pregunta González.

—Un poco mareado —digo, heroico.

—Ya falta poco.

Sé que miente. No a propósito. Es un buen gesto. Pero no sabe si falta poco o no, porque eso depende de cosas sumergidas que se mueven rápido y él no maneja.

Ahora vamos a recoger un trasmallo, un sistema de redes superpuestas, que se encuentra a unos treinta metros de profundidad. Levantamos. Y sí: hay varios peces, muchos. Se mueven y los empiezan a desenredar, pero yo mantengo la vista en la cima del cerro. Quiero irme.

—¿Está muerta? —pregunta alguien, y yo me pregunto si tengo que mirar.

—La deshicieron. Mirá cómo la deshicieron.

Con esas palabras es imposible no mirar: valdrían como inicio de una novela negra.

El prefecto saca lo que queda de un gran pez hembra: un esqueleto cartilaginoso y geométrico.

—¡La reputa madre! —dice Bellisio—. ¡Estaba embarazada!

Muestra los huevos, todavía en la red. Después, mide un pez color barro, que parece tener cabeza de sapo.

Cuando termina, lo tira al agua. Y mide otro, que González ayuda a soltar de la red: blanco, con la cabeza triangular, mirada de desconcierto. Bellisio dice abreviaturas de tres letras, el centimetraje.

Su trabajo principal es el monitoreo de dos especies: *Notothenia rossii* y *Notothenia coriiceps*. En los años setenta fueron devastadas por los buques pesqueros hasta que se prohibió la extracción. Así que ahora las mide para ver cómo están creciendo.

El olor a pez y a combustión nos inunda. Y yo pienso en lo vergonzoso que va a ser asomarme por el costado del bote, pero González dice:

—Volvemos.

Y apenas enciende el motor y el barco se mueve, el mareo desaparece.

Me despierto temprano. Mi compañero de habitación debe haber salido antes del amanecer. Estornudo.

—¡Salud! —grita alguien, desde otro cuarto.

Me quedo en silencio, avergonzado. Que aquí todos escuchen todo es perturbador.

Por lo que veo desde la ventana —el cerro cada vez más blanco — no creo que el vuelo salga hoy tampoco. Llevo acá dieciocho días y tengo bastante material para mi nota, y si bien la gente es mucha y muy amable, de a ratos me siento solo. Nos tratamos como si nos conociéramos desde hace años, pero hace un par de semanas, a unas cuadras del Obelisco, mientras el prefecto fumaba, establecíamos entre nosotros el código urbano de la indiferencia. Aquí es distinto: nos contamos cosas, nos reímos. Seguimos sin conocernos.

—Son todos falsos —me dijo, irónico, uno de los biólogos.

Antes de venir a la Antártida, me preguntaron varias veces si no me daba miedo el aislamiento. Sin embargo, lo que añoro por momentos es la soledad. Aquí uno está en contacto con más gente que en Buenos Aires. Cada mañana, después de despertarme, saludo a sesenta personas. Cada noche, antes de dormirme, otra vez. En mi casa de Buenos Aires, le doy un beso a mi novia durante el desayuno, intercambio alguna palabra con el chofer del colectivo que me lleva al trabajo, paso horas leyendo la pantalla de una computadora, y almuerzo con cuatro o cinco compañeros. Si tengo alguna reunión, al final del día, con suerte, puedo haber interactuado con quince personas. En plena ciudad.

—Acá todos simulan ser amigos —me dijo otro científico.

Acostado en la cama, siento dentro un tipo de soledad que fluye viscosa y comienza a ahogarme. Pienso en el final de aquel cuento de Juan Carlos Onetti que después, al llegar a Buenos Aires, voy a releer: «… miran hasta que no pueden más, cada uno pensando en cosas distintas y escondidas, pero de acuerdo, sin saberlo, en la desesperanza y en la sensación de que cada uno está solo, que siempre resulta asombrosa cuando nos ponemos a pensar».

Tengo que salir de acá, de esta habitación, alejarme de estas ideas.

TERCERA PARTE:
VOLVER

Bajo el burlón mirar de las estrellas
que, con indiferencia, hoy me ven volver.

CARLOS GARDEL

El libro que estás leyendo se publicó originalmente en Argentina en 2016.

Si hubiese sabido desde el principio que pasaría casi un mes en la Antártida, quizás me lo habría tomado con más calma y hubiese acabado escribiendo un texto más corto. Pero, de manera paradójica, la dinámica repetida, de estar por irme y quedarme, hizo que aprovechara más el tiempo y acabase entrevistando a todos los integrantes de la base. Quizás fuese mi manera de luchar contra la incertidumbre de los días. A mi vuelta, había acumulado cuarenta y ocho horas de grabación.

Volví a Buenos Aires en marzo de 2014 y, en julio, me invitaron a cubrir el Mundial de Fútbol en Brasil. Sao Paulo, Río de Janeiro, Porto Alegre, Brasilia y otra vez Río, siguiendo a la selección argentina que llegó a la final. Así, las grabaciones de las entrevistas quedaron olvidadas en Buenos Aires.

Sin embargo, se me ocurrió presentar la idea a la Beca Michael Jacobs de crónica viajera, de la Fundación Gabo. Pocas semanas después, una editorial argentina se interesó por mi viaje y me ofreció publicar un libro contándolo. Cuando anunciaron que había ganado la beca, supe que era el momento de concentrarme en la historia.

Empecé a transcribir las grabaciones. Pese al aburrimiento que me produce hacerlo, creo que es imperioso no delegar esa tarea. Al escuchar las entrevistas, uno tipea pero también piensa.

Mientras desgrababa, reflexioné mucho sobre la dificultad de describir los paisajes. Sobre esto, encontré una frase del explorador

escocés/estadounidense John Muir quien, en 1915, al intentar narrar las montañas nevadas de Alaska, escribió: «Predomina una expansión indefinida, una multitud de rasgos sin aparente redundancia, líneas combinadas en armonía delicada y sucesiva que le da al conjunto un aspecto tan noble, tan etéreo, que vuelve toda escritura sobre ello una tarea inútil».

Una amiga poeta me recomendó que no me limitase a hacer un inventario de los paisajes que viera. Me sugirió que me apoyara en la imagen del paisaje antártico que los lectores tienen en sus cabezas para guiarlos adonde sin duda les habría gustado estar.

Por otra parte, pensó bastante en cómo narrar el trabajo de los científicos que, aunque no lo parezca, hablan un idioma muy distinto al que usamos los civiles. Para romper con la jerga científica, en las entrevistas con los investigadores y las investigadoras, muchas veces dije: «No entiendo». Ellas, ellos, me volvieron a explicar y yo volví a decir: «No entiendo». También repetí mucho: «¿Por qué?».

En septiembre de 2018, el Congreso de la Nación Argentina declaró el libro de Interés Cultural. Es decir, lo reconoció como una «manifestación cultural valiosa para el país, que contribuye a la identidad o al patrimonio literario y documental de la Nación». Sin embargo, no hubo festejos: me enteré de la mención varios años después.

Luego, irrumpió la pandemia. En una de esas charlas de plaza, donde socializábamos respetando la distancia indicada, una directora de teatro me propuso que armáramos una obra a partir del libro. En ese contexto de incertidumbre ominosa, la escritura virtual a cuatro manos nos distrajo del encierro. La mandamos a un concurso y ganamos. El premio consistía en dinero para montarla en escena. Cuatro personajes interactuaban en una base antártica: dos militares, una bióloga y un periodista. La directora me ofreció que interpretase a este último. Y frente a lo que hubiera imaginado, dije que sí. De pie frente al público, con las luces que me enceguecían y la primera edición del libro en la mano, me escuché diciendo:

> En la Antártida el tiempo no pasa. Transcurre distinto, como el agua de la profundidad de un lago que circula cerrada en un espacio íntimo. En algún momento alguien dice: ¿hoy qué día es? Y otro responde lunes. O miércoles. O catorce o diecisiete, y uno se da cuenta de que hace rato perdió la noción del tiempo. Se vive en un presente continuo en el que la naturaleza se acepta como un dogma, lodo depende del clima. Cuando el viento supera los treinta y seis kilómetros por hora lo mejor es postergar todo lo que haya que hacer. Hay noches y madrugadas en las que el viento está calmo y los buzos salen. Noches en las que la negrura del cielo se abrillanta de estrellas y los buzos buscan zooplancton, fitoplancton o especímenes de krill. Noches en las que solo se oye el ruido del agua contra el bote.

* * *

Ahora, una década más tarde, pongo este libro a disposición de los lectores en España.

En estos diez años, la percepción del cambio climático ha cambiado mucho. Se tiene más conciencia del daño, de la premura por tomar medidas.

En 2022, el Comité Científico de Investigación Antártica publicó un informe en el que alertaba: «Las capas de hielo de la Antártida se están derritiendo, el clima del continente está cambiando, sus ecosistemas se están viendo afectados y el Océano Austral se está calentando, volviéndose más ácido y perdiendo oxígeno». Y añadían: «Se necesita una acción urgente para minimizar los impactos del cambio climático en la Antártida y sus consecuencias globales de

gran alcance».

Desde 1950, la parte del continente más alejada del polo sur se calentó casi 3°C.

El informe del Comité incluye recomendaciones políticas y recomendaciones de investigación. Entre estas últimas se encuentran la de «reducir urgentemente la incertidumbre sobre el comportamiento actual y futuro de la capa de hielo antártica» y la de «determinar qué especies, ecosistemas y redes tróficas son más vulnerables en el océano Austral, cómo es probable que cambien y qué organismos son más propensos a extinguirse, y en qué periodo, como consecuencia del cambio climático y las interacciones locales».

Por eso, en la base Carlini hay glaciólogos que estudian cómo los glaciares se derriten, disminuyen, retroceden. Hay biólogos que estudian cómo el agua de ese deshielo (que es dulce) impacta en la caleta: baja la salinidad del mar y afecta a las comunidades microbianas. Hay otro grupo de biólogos que estudia lo que ocurre en la caleta con las algas grandes y con las algas pequeñas, y otro que se centra en los peces. Hay, también, un grupo que estudia a las aves y cómo les afecta el retroceso del glaciar, y varios hombres que estudian a los mamíferos y otros más que estudian los líquenes y los musgos, y unas biólogas que se ocupan de pensar cómo, con bacterias de la misma Antártida, se podrían combatir los efectos que tiene en el continente blanco el asentamiento humano (por más medidas que se tomen siempre produce contaminación: con basura o derrames de gasoil). Hay biólogos y veterinarios que estudian las gripes de las aves, para poder actuar en caso de que hubiera una pandemia de esas cepas. Hay geólogos que estudian si la muerte de las bacterias y los animales forma parte del calentamiento global o de un ciclo que iba a darse más allá de la intervención de los hombres.

El informe del Comité reconoce que el derretimiento de las capas de hielo ha contribuido al aumento global del nivel medio del mar. Por ahora, ese aumento ha sido pequeño. Pero indica que, dentro de un par de siglos, una serie de interacciones complejas e

impredecibles podrían hacer que ese nivel aumentara unos trece metros. Y si nos ponemos catastróficos y todo el hielo de la Antártida se derritiera, el nivel del mar subiría unos sesenta metros, anegando ciudades como Tokio, Hong Kong, Shangai, Hamburgo, Buenos Aires y Nueva York.

Para que estas cosas no ocurran nunca, Marcela Nabte cuenta ojitos de krill y Fernando «Chato» Cumil realiza inmersiones y se enfrenta cara a cara con la foca leopardo.

Pero en estos últimos años, en la Argentina y en el Mundo, ha surgido con fuerza un discurso político que desprecia el conocimiento racional, cuestiona la ciencia y recorta presupuestos destinados a la investigación. En ese contexto, impulsados por las redes sociales, los discursos anticientíficos ganaron una visibilidad insólita.

En el almuerzo, sentado en la primera mesa del alojamiento principal, termino mi segundo plato de polenta con tuco. Me levanto de la silla, llevo el plato y los cubiertos a la barra de la cocina, donde el ayudante del cocinero lava. Luego, me sirvo dos duraznos en almíbar. Los como despacio, saboreando el gusto empalagoso de la fruta enlatada. Quiero dormir una siesta y después seguir con las entrevistas. Tengo el estómago demasiado lleno para hacer otra cosa. Llevo el plato del postre a la cocina: esta vez no hay nadie, así que enjuago el plato y la cuchara.

El glaciólogo Hernán Sala camina hacia mí. Postura erguida de escalador, cuarenta y seis años, flaco y esbelto, la mirada atenta, el pelo bien corto, anteojos de marco fino y plateado.

—¿Querés ir al glaciar Fourcade y así te muestro la estación meteorológica?

Insistí para ir a la estación meteorológica. Ahora lo único que me interesa es dormir. Una bióloga que todavía tiene el plato en la mano dice:

—¿Ahora? Pero el día está horrible: llueve.

Y cree que también está nevando. Pero Sala dice:

—No hay tanto viento. Solo está un poco fresco.

Simulando decisión, digo:

—Me parece perfecto.

—¿En media hora en la puerta del laboratorio alemán?

—En media hora.

Cuarenta y cinco minutos después, con la polenta y los duraznos en el estómago, camino sobre el hielo. Tengo la cara cubierta por el

gorro, las gafas de nieve, el cuello y la capucha de la campera. Agachamos la cabeza, vamos en contra del viento. Bajamos a la costa. Las olas rompen en las rocas negras y volcánicas de la orilla. El viento ahoga el ruido del agua. Caminamos sobre el glaciar en silencio, mirando los distintos registros del blanco, la tonalidad entre azul y turquesa del hielo, alguna piedra que asoma oscura.

De a ratos, pregunto algo y Sala responde.

—¿Qué superficie tiene el Fourcade? —digo.

Y por la actitud de Sala, que sigue caminando y en silencio, el cuerpo inclinado hacia delante, entiendo que no debe haber oído. Repito la pregunta. Quizás, Sala había escuchado y estaba pensando. Porque demora unos segundos en responder y luego dice que la superficie es difícil de establecer.

—Es estimativo —me dice.

Después, lo precisa un poco más. Debe tener alrededor de veintitrés kilómetros cuadrados, pero las ondulaciones son tan suaves que el lugar en donde termina el Fourcade y empieza el glaciar Polar Club, que está al lado, es conceptual, casi imaginario.

—¿Y el volumen? —le digo ahora.

Depende del estado —me dice también. Qué parte es hielo, qué parte es nieve, eso es importante para calcularlo.

Pero luego, precisa otro poco más. Si se tomara el espesor promedio y se considerara una distribución homogénea (si todo el glaciar fuera hielo y no hubiera nada de nieve), con el Fourcade hecho cubitos se podrían llenar más de 38 300 millones de bailaderas (pensando en una bailadera promedio de 150 litros). Si se usaran dos cubitos por vaso, cada habitante del planeta (sin importar su edad ni su estado de salud: ocho mil millones de personas) podría enfriar unos 22 750 vasos de *whisky*.

—¿Y la edad del glaciar? —Sigo.

—También es difícil de medir porque hay mucha acumulación de lluvia y nieve y el recambio de hielo se hace muy rápido.

Y a continuación, precisa: el Fourcade tiene decenas de miles de años. Podrían ser entre quince mil y veinte mil años.

—Pero estimativos —insiste.

Llegamos a un punto, Sala alarga su brazo y señala un aparato.

—¿Ves allá? Es una estación meteorológica que mide la temperatura, la presión, la velocidad del viento, su dirección, la cantidad de energía que entra y sale del hielo, la radiación solar que recibe el glaciar. Almacena estos datos y los manda, por un enlace inalámbrico, a la base. De allí, se suben a Internet.

Un pájaro avanza contra el viento. Vuela en contra, lucha y vuelve: se deja llevar, embate hacia la nada.

—La estación tiene sus problemas porque casi todos los inviernos se apaga. Si los paneles solares que la alimentan se cubren de nieve, a los dos días se apaga.

El pájaro aletea, no avanza: parece disfrutar.

—Desde la base se dan cuenta cuando deja de mandar señal. Pero si la meteorología está muy fea, no se puede venir y hay que esperar.

Una vez por año, Sala o alguien de su equipo viene y revisa la estación: cambia las tarjetas de memoria, reemplaza los tensores, pone nuevas estacas en el hielo para sujetarla.

Sala también clava estacas —palos o caños metálicos— sobre la superficie del glaciar. Algunas están en la parte más baja, donde el hielo y la nieve se derriten y se convierten en agua (área de ablación). Otras, ubicadas en la parte más alta, donde llueve y nieva y el glaciar gana masa. Gracias a esas estacas, Sala calcula cuánta agua entró, cuánta salió. En la Antártida, los glaciares pierden masa: allí es donde el calentamiento climático se evidencia.

—¿Influye mucho aquí el cambio climático? —le pregunto. Y aquí su respuesta no es estimativa.

Me cuenta que diez años antes, las pequeñas islas que ahora asoman del agua frente a la base no se veían. Son tan recientes que ni siquiera tienen nombre: las llaman «las islitas». Estaban allí, siempre estuvieron, cubiertas de hielo. Pero el aumento de la temperatura las puso al descubierto y para los científicos son nuevas: áreas puras de quince metros de largo por uno de alto,

recién descubiertas e interesantes.

—El proyecto de las estacas —dice Sala, que avanza como si la lluvia y el viento no le importaran— es establecer una serie temporal, un estudio para saber cómo ha variado el Fourcade en el último tiempo.

Hace este trabajo desde hace cinco años. Es la continuación del estudio de un grupo de alemanes que, en conjunto con los argentinos, descubrieron que los períodos en los que el hielo se funde no son exclusivos del verano. El glaciar retrocede más rápido de lo que se pensaba: la altura puede variar entre tres y cuatro metros en un año. En los últimos veinte, retrocedió más de quinientos metros.

Ahora llueve más fuerte, ¿o nieva? ¿Cómo saberlo? Pero Sala dice:

—Vení, subamos un poco más.

* * *

En 1990, a los veintidós años, Sala fue con su novia a Bariloche para hacer un curso de escalada en hielo. En veinte días, subieron al cerro Tronador (un volcán de 3554 metros), subieron al cerro Lanín (un volcán de 3776 metros) y cruzaron a Chile, donde fueron a otros dos volcanes: Osorno y Villarrica. Tiempo después en Buenos Aires, caminaban por la calle Cerrito y pasaron por la puerta del Instituto Antártico Argentino.

—Che, ¿vamos a averiguar cómo se puede hacer para ir a la Antártida? —dijo él, y entraron.

Sala preguntó con quién tenía que hablar para trabajar en glaciares.

—En este momento para glaciología no necesitamos a nadie —dijo la empleada que lo atendió—. Estamos buscando a una persona que quiera ir un año entero para trabajar en ecología costera.

Al salir, su novia le preguntó si pensaba irse un año a la Antártida. «La verdad es que no sé», respondió él.

A la semana, llamó al Instituto Antártico Argentino y dijo que estaba dispuesto a viajar. Le respondieron que, para poder hacerlo, necesitaba tener un trabajo vinculado con el Estado: podía ser el correo, la gendarmería, la facultad o el ejército.

Sala no tenía un trabajo estable, cursaba el segundo año de Biología en la Universidad de Buenos Aires y daba clases particulares de Biología, Química y Matemáticas.

Días después, en la facultad, junto a los ascensores vio un cartel que decía: «Concurso para dar clase de Biología en el Ciclo Básico Común (CBC)». Miró la fecha: era ese mismo día y había empezado hacía media hora. Fue. A los pocos días lo llamaron: había salido segundo.

Dio clases durante un cuatrimestre, mientras presentaba la solicitud en el Instituto Antártico.

Lo aceptaron y viajó a la Antártida.

Finalmente, el año entero que iba a durar su proyecto se redujo a seis meses. Y menos mal. Dice que fue una suerte porque le costó mucho estar allá. Al volver, su novia le preguntó:

—¿Vas a volver a la Antártida?

Y él, dudando, dijo que probablemente sí. La relación no duró mucho más.

Años después conoció a su mujer actual, Cristina, con la que tiene dos hijos, Iván y Luca, de cuatro y siete años. Para esos nenes, la gente viaja a la Antártida como quien va a un pueblo cercano.

* * *

Subimos un poco más.

—¿Querés tomar algo? Traje mate cocido —dice Sala.

—¿Y dónde?

—Ahí hay un lugar lindo —dice y señala dos rocas que sobresalen, solitarias y oscuras.

Nos sentamos, uno junto al otro. Nieva, pero él saca un termo, dos jarritos de metal y sirve. Bebemos inclinados: cubriendo el mate cocido con el cuerpo. El humo sube hasta disolverse en la niebla que nos envuelve. Sentados sobre esta roca, contrastamos con el blanco de la inmensidad glacial.

El tiempo no mejora y la pregunta se repite tanto como la respuesta:

—¿Cuándo viene el avión?

—Cuando pueda.

Desde que estoy acá escuché decenas de veces: «Salimos mañana», «Habrá una ventana climática», «Me fijé en internet: el tiempo va a estar bueno». Pero los días pasan, el avión no llega y nadie tiene la menor idea de cuándo volveremos. Hablo con mi novia, mi hermana, mi padre y mi madre, hablo con mi jefe. No tengo mucho para decirles.

Cada vez que por las condiciones climáticas un político importante se queda en la base algunos días más de lo esperado, el teléfono del director nacional antártico suena. La pregunta se repite: «¿Con quién puedo hablar para que el problema se solucione?». Y los responsables de la base, medio en broma medio en serio, suelen decirles que llamen al secretario de Culto. «Como tiene contacto con Dios, es el único que puede hacer algo».

Si se rompe el avión, si el clima es malo, si hubo una catástrofe en algún otro lugar del mundo y el Hércules se necesita en ese sitio, hay que esperar.

Hace veintitrés días que estoy en esta base. No sé cuándo volveré, pero aquí hay militares que pasaron todo el invierno y llevan más de cuatrocientos días sin ver a sus familias. La queja vale, pero siempre se puede estar peor.

En general, esperamos resignados. Hay excepciones: un biólogo que trabaja en un ministerio del Gobierno nacional le pidió permiso a su jefe para viajar por un mes a la Antártida. El jefe le dijo que no

había problemas: «Andá tranquilo». Pero ya pasaron dos meses y medio y el biólogo no puede volver. Su jefe está al borde de la desesperación porque nunca hizo oficial que su empleado se había ido. Lo llama día por medio, le manda mensajes: «¿Alguna novedad?». El biólogo también está preocupado. Teme llegar y descubrirse despedido.

El veterinario Marcelo Pecoraro cumple veinticinco años de casado con su esposa. Para festejarlo, decidió regalarle un crucero: partirán de Buenos Aires, pasarán por Punta del Este y llegarán a Brasil. Eso, si logra salir de acá. Cada mañana, a las siete y cuarto, siete y veinte, uno puede encontrárselo en el comedor del alojamiento principal, esperando la campanada, el parte meteorológico, las novedades que dará el jefe militar de la base.

Cuando nos vamos a dormir, en el silencio interrumpido de esos cuartos de paredes finas, pienso si podremos volver, si este paraíso natural no se habrá vuelto un lugar siniestro que nos mantiene atrapados.

En los días que siguen, el tiempo continúa inestable. Además de jugar al ping pong y a las cartas, y de ver películas, entrevisto a más científicos y militares. Después de pedirme discreción, un hombre me cuenta que, hace varios años, dos personas se agarraron a piñas por un pedazo de carne. Los dos, el que había llevado la bondiola a la Antártida y el que se la comió sin permiso, fueron evacuados. Ya en Río Gallegos ambos se arrepintieron, pero era tarde.

Entre las personas que entrevisto hay quince hombres sin apéndice (se les extrajo en el hospital militar antes de venir, para evitar una peritonitis).

Entrevisto a un médico que durante el último año atendió un 50% de traumatismos (esguinces, torceduras, desgarros, distensiones, alguna fractura, todo culpa del terreno irregular: piedras grandes y chicas, arena, nieve y hielo); un 30% de casos psicosomáticos (dolor de estómago, gastritis, alergias, erupciones, problemas para ir al baño o problemas por no poder levantarse del inodoro, sueño durante el día, insomnio feroz). Dice que a pesar de las bajas temperaturas, nadie se resfría porque en la Antártida no hay virus ni bacterias. Solo después de los recambios, alguien viene del continente y trae alguna gripe. Me cuenta que hace unos años, en esta base, un militar lo fue a ver y le dijo que la inmensidad blanca lo estaba absorbiendo. Sentía que le faltaba el aire, estaba ahogado. «Doctor, ¿qué hago?», preguntó con angustia. «Mírese la ropa: los colores fuertes. Es solo una sensación pasajera».

Entrevisto a un prefecto que dice que «si el carro lo tiramos entre todos va para delante». Que estar acá le parece «algo histórico en la

vida de un ser humano porque no todos tienen la posibilidad de conocer un sitio tan precioso». Y que la primera vez que viajó a la Antártida, la directora del colegio de sus hijos le dijo que los nenes «no pasaban por la puerta debido al enorme orgullo que sentían».

Hablo con un principal del Ejército que se quedará un año entero: trajo cuarenta jabones, cincuenta pastas de dentífrico y cuatro o cinco cepillos de dientes para «cambiarlos cada dos barra tres meses».

Entrevisto a un hombre que para venir a la Antártida en año electoral debió hacer el cambio de domicilio y cuando fue a hacer el trámite la mujer que lo atendió, una chica joven, le dijo: «¿Adónde te mudás? En la computadora no figura». Y él: «La base Carlini queda en la Antártida». La chica fue a preguntar. Volvió y tipeó: «Base Doctor Alejandro Carlini, sin numero, Antártida, provincia de Tierra del Fuego».

Entrevisto a un licenciado en Química, con un doctorado en «corrosión y electroquímica» y un posdoctorado de «biomateriales» que, hace unos años, dejó a su novia y se tomó un avión a Anchorage, Alaska (Estados Unidos): en el depósito llevó su bicicleta. Volvió a la Argentina pedaleando. En cuatro años hizo más de cincuenta mil kilómetros y llegó a Usuhaia, el punto más austral de la Argentina. Luego, quiso venir aquí.

También entrevisto a un enfermero, principal del Ejército, que en sus ratos libres («por suerte suelen ser bastantes») se encarga de llevar la basura a un incinerador y quemarla: antes, se pone guantes y revisa las bolsas porque, sabe, la gente no suele hacer bien las separaciones. Prende fuego a los residuos orgánicos (madera, cartón, comida) y mete en una prensa hidráulica los metales, los plásticos y los residuos peligrosos y químicos de los laboratorios (aunque esos los maneja el científico invernante). Luego, los almacena para que un barco los lleve al continente. En verano, la base produce unos cincuenta kilos de basura por día. «Pero falta conciencia», dice, y cuenta que en las bolsas encontró desodorantes (que explotan), jabones, camperas (nuevas) y hasta una cámara de

fotos (rota).

Sentado en una cama sin hacer, en un cuarto minúsculo, hablo con un hombre que viajó por primera vez a la Antártida en 1976 y dice que los antárticos son una hermandad para toda la vida, que la gente lo pasa bien con él porque hace reír a los otros aunque, sabe, a veces se pone un poco pesado. Que ahora estamos hablando y que por ahí no nos vamos a cruzar durante años, pero que cuando nos encontremos la alegría (mutua) será impresionante.

Entrevisto a un biólogo que dentro de enormes tuppers y baldes conserva ascidias (también llamadas «jeringas de mar» o «tunicados»). Al verlas pensé que eran plantas, pero me explicó que son animales que todo el tiempo filtran agua: comen algas unicelulares, bacterias y pedacitos de cosas que flotan. Vi cómo les dio de comer caca de krill y escuché que antes había alimentado al krill con algas solo risibles con lupa o microscopio. Más tarde, iba a recolectar los excrementos (mínimos) de las ascidias para medir la materia orgánica y saber qué cantidad habían asimilado. Hablé, digamos, con un hombre que da de comer caca y que también la mide.

Entrevisto a otro que después de pasar un año en la Antártida piensa que lo importante es acostumbrarse (rodeado de personas) a estar solo.

En el laboratorio argentino, sentado en un banco, entrevisto a una biotecnóloga que aísla bacterias para ver cómo crecen a baja temperatura: estudia la recuperación de suelos contaminados con hidrocarburos en climas fríos. Como el combustible es la única fuente de energía de la base, cuando se rompe una manguera, se pincha un caño o una cisterna, el suelo se contamina y eso es un problema. Me dice que estas bacterias tienen dentro proteínas adaptadas al frío que podrían servir para la conservación de alimentos o de órganos.

Hablo con un técnico en Informática que me dice que en invierno, en la base Belgrano, no tenían mucho para hacer. De tanto en tanto, chequeaban la página web de la NASA y revisaban la

actividad solar en la ionosfera. Si había tormentas electromagnéticas, se preparaban para el *show*. Bien abrigados, buscaban una bebida espirituosa y se iban a una especie de cantera que los protegía del viento. Acostados allí, soportando temperaturas inferiores a treinta grados Celsius bajo cero, miraban el cielo. A veces no veían nada, pero otras el horizonte empezaba a flamear, el cielo se cubría de una niebla verde fluorescente, fucsia o amarilla. Auroras australes: sábanas de luz.

También me cuenta que en esa base tenían una habitación llena de hueveras. Para que los huevos no se congelaran, una vez por mes, los dieciocho habitantes de la base daban vuelta todos los huevos. A mano. Uno por uno. Durante horas.

Entrevisto a dos mecánicos motoristas que me dan unos auriculares industriales y me llevan a un galpón, enorme, donde con gran estruendo funciona un generador del tamaño de una vaca (350 kilovoltiamperio). Otro generador, del tamaño de una vaca pequeña (300 kilovoltiamperio), está junto al primero, aunque apagado y silencioso. Les pregunto a los hombres (a gritos) si los intercambian. Uno de ellos, con la mano, me hace señas y me señala un cuarto con ventana de vidrio. Entramos. Nos sacamos los auriculares. Igual hay que gritar. El primero dice en voz muy alta: «¿Qué preguntabas?». Se lo repito. Cada vez que habla, la vena del cuello parece a punto de explotar y dice que, a veces, según cómo sople el viento, en la base se escucha nítido este rumor de trueno. El motor de la usina consume entre 650 y 800 litros de Gasoil Antártico (GOA), un combustible que tiene aditivos anticongelantes y se almacena en cisternas. Lo trae un buque ruso una vez al año: seiscientos tambores de doscientos litros. También trae nafta para las motos de nieve y los generadores, además de tubos de gas para la cocina de la casa principal. La idea es que, durante un año, la base sea autosuficiente. Cada 250 horas, los motoristas apagan un motor y encienden el otro. Los alternan por las dudas. Si la tensión de la luz baja, si el sonido disminuye o las lámparas titilan, no importa en qué lugar de la base estén, uno o el otro corre al galpón, a ver qué pasa.

Entrevisto a un hombre, ya mayor, que se lamenta: esto ya no es lo que era. Dice que, ahora, acá todos pueden hablar de lo que pasa en Egipto y se enteran de un terremoto en Chile, pero que no saben nada del que vive en la pieza de al lado. Internet, la televisión satelital, han cambiado las relaciones. Antes, una guerra pasaba desapercibida como la muerte de un presidente estadounidense, pero uno se enteraba de que el santiagueño había perdido a la madre, de que el cocinero era jujeño y que tenía dos hijos, uno extramatrimonial y no reconocido pero al que quería mucho y con el que solía verse los domingos. Se creaban lazos parecidos a los de la guerra. Ahora no, dice el hombre y, mientras mira el piso, niega con la cabeza.

Los dos biólogos especializados en líquenes están molestos. No porque yo ignore que los líquenes son organismos simbióticos entre un hongo y un alga, sino por ser los últimos entrevistados de una larga lista.

—Si estudiáramos pingüinos, habrías venido el primer día.

Luego de estas semanas, mis ojos distinguen distintos colores de algas: rojas remolacha, amarillo apagado, verde batracial. Ya no veo todo gris, como al principio. Pero es cierto que no le prestó atención a los líquenes.

También están molestos porque al llegar descubrieron que en las cercanías de la base el suelo estaba pelado: no había líquenes ni comunidades. Al caminar del laboratorio a la cocina, nadie salvo ellos dos se fija si en el piso hay musgo o piedra.

En 2004, la liquenóloga polaca María Olech recorrió la isla 25 de Mayo y citó 250 especies distintas de líquenes. Pues bien, solamente en el cerro Tres Hermanos, los dos biólogos habían encontrado treinta de esas 250 especies.

—Que en un solo lugar haya el 10% de la diversidad citada es muchísimo.

Pero alrededor de la casa principal, las comunidades se arruinaron por las pisadas.

Alfredo Passo —bajo, morrudo, bigote prolijo, egresado de la Universidad Nacional del Comahue— y Juan Manuel Rodríguez —más alto y corpulento, de la Universidad Nacional de Córdoba— se dan la razón mutuamente y hablan como una sola voz.

—A la gente, y a mí también, le parece mucho más simpático un

lobo marino, una foca, incluso un skúa, que el liquen. Pero igual nos llama la atención la poca importancia que le dan.

—Y eso que hay muchas personas interesadas en investigar los líquenes antárticos porque son organismos muy sensibles a las variaciones provocadas por el hombre.

—Sobre ellos se puede estudiar el adelgazamiento de la capa de ozono o el cambio ambiental. Se pueden datar fenómenos ocurridos hace miles de años porque además son muy longevos: crecen muy lento. Hay registros de líquenes de dos mil o tres mil años.

—Y a pesar de la importancia de estos organismos, somos el primer grupo argentino de liquenólogos que viene a la Antártida.

Este mes hicieron un «censo de vegetación». Dibujaron sobre la isla un cuadrado imaginario de dos kilómetros y medio de lado. Dividieron ese terreno en líneas horizontales y verticales: donde las líneas se cruzaban, marcaban un punto. Cerca de esos veinticinco puntos, apoyaron cinco grillas cuadriculadas de cincuenta centímetros de lado y calcularon que superficie porcentual ocupaba cada una de las especies. Luego, con «métodos multivariados», fueron analizando los porcentajes y vieron cómo evolucionaron las comunidades. Dejaron los puntos referenciados satelitalmente para que en cinco o diez años otro científico pueda comparar sus resultados con los que ellos obtuvieron. La tarca científica como una larga y solidaria carrera de relevos.

Al mismo tiempo, hicieron un registro de especies. Descubrieron la *Usnea neuropogonoides*, uno de los líquenes más comunes, que estaba descrita para la Patagonia, pero no para la Antártida. A simple vista parece una mata de pastos secos y delgados pero, mirada bajo el microscopio, se revela como un entramado complejo de hilos vegetales.

Dependiendo de la novedad, los descubrimientos se publican en revistas de botánica, de micología o de liquenología. Aunque el mundo haya permanecido indiferente, la aparición de la *Usnea neuropogonoides* antártica fue noticia planetaria y, como trabajo científico firmado por Passo y Rodríguez, se publicó en la *New*

Zealand Journal of Botany (que si bien no es de las revistas científicas más importantes del mundo, en la comunidad del liquen es muy reconocida).

La vuelta se supone inminente. ¿Será?

El jefe militar da la orden de que nadie vaya hasta el refugio Elefante: no puede arriesgarse a un accidente o a que cuando el barco este a punto de salir falte un pasajero.

Los geólogos pasan todo el día en el laboratorio argentino guardando las piedras y las muestras liofilizadas en unos cajones plásticos amarillos que serán enviados en barco a Buenos Aires.

Los biólogos se encargan de ordenar los fragmentos de hígados congelados, las extracciones de sangre de petrel o pingüino, las fecas.

El glaciólogo acomoda sus herramientas.

Se habla de lo que haremos al regresar: uno dice que va a comer una ensalada enorme. Otro, un licuado de banana.

Alguien cumple años.

Los cocineros hacen una torta con crema y dulce de leche, recubierto de granas de colores y con la frase «Feliz cumple» escrita con firuletes turquesas. Todos le cantamos al festejante: no importa la empatía que tengamos con él, si nos cae bien o nos parece un imbécil, lo abrazamos como si lo quisiéramos. Como si siempre lo hubiéramos querido.

Ese día, durante el desayuno, una bióloga me pregunta si ya cumplí con «la maría»: la ayuda con denominación machista que, una vez por mes, científicos y militares hacen en la cocina. Niego con la cabeza.

—¡Acá el periodista se ofrece para la maría! —grita, y varios aplauden.

—¡Lo anoto para mañana que justo falta uno! —dice el jefe científico.

Yo digo que, lamentablemente, mañana nos vamos.

—Se supone —dice la bióloga.

Y tiene razón porque al día siguiente la salida se pospone.

A las seis y cuarto de la mañana me despierto y, luego de ir al baño, camino sobre la nieve hasta el alojamiento principal. Allí encuentro a mi compañero de maría: uno de los dos meteorólogos, que se caracteriza por una seriedad y un silencio abrumadores. Mientras lava unos cubiertos, leo el reglamento, enmarcado sobre una de las paredes de la cocina:

Misión del maría1.

1. Será responsable de la limpieza de los siguientes sectores: comedor de casa principal, pasillo del sector habitaciones, baños, lavadero, parrilla, sector del basurero, *hall* de acceso y entrada a la casa principal. Ejemplo: no deberá haber cajones en las inmediaciones ni bolsas de residuos.

2. Deberá controlar que durante todo el día exista en forma permanente los siguientes elementos de limpieza: trapo de piso, secador, trapo valerina amarillo, papel higiénico, desodorante y jabón blanco en el baño compartido de la casa principal, no pudiendo los trapos antes mencionados ser sacados ni destinados para otro uso ni lugar para el cual fueron destinados originalmente cada uno de ellos.

3. Al consumirse alguno de los elementos mencionados en el punto anterior deberá requerir al Ene del Dep Sum la reposición de los mismos.

4. Deberá controlar y hacer cumplir que el sector de fumadores sea el sector LIVING de la casa principal, único sector autorizado para fumar en la casa.

(Este punto no será pertinente, ya que nadie fuma adentro. No por las consecuencias dañinas de la nicotina en el

físico, sino porque, si alguien tirara una colilla encendida, no habría salvación posible).

5. Será el responsable de preparar las mesas con todos los cubiertos y condimentos de acuerdo al menú en cuestión: desayuno (manteca, azúcar, dulces, quesos, galletas/pan), almuerzo (condimentos) y cena (condimentos).

RESUMIENDO

Cada persona debe ser TODOS LOS DÍAS su «propio maría» y el mejor colaborador del maría de turno, este último seguramente se lo agradecerá.

Básicamente, lo que hicimos con el hombre que medía el tiempo fue lavar, en estrecha complicidad y absoluto silencio, los platos y vasos de los más de setenta antárticos de la base en el desayuno, el almuerzo y la cena.

En algún momento, descubrí que junto a la canilla había un filtro. En el filtro, decenas de lo que, supe después, eran copépodos: bichitos mínimos y colorados (vistos a la luz del microscopio tienen una forma similar a la de una cucaracha de piel transparente y antenas largas), que se desplazan en el agua como si siguieran el movimiento del segundero de un reloj. Movimiento rápido y corto, detención precisa, movimiento rápido y corto, detención precisa. Habría sido bueno verlo antes: varias veces tomé agua de la canilla de los baños (en los que no había filtro), presumo que tragándome decenas y decenas de estos pequeños crustáceos.

Cada tanto, algún científico o militar venía especialmente a ver «cómo por primera vez en la campaña antártica, el periodista trabaja».

Dicen que mañana nos vamos.

El cielo está gris oscuro. El suelo reluce blanco salvo por algunas pocas piedras que asoman sobre la nieve. El buque polar ruso Vasily Golovnin, enorme, está detenido en la caleta, a unos seiscientos o setecientos metros: desde acá se ven las letras blancas y cirílicas.

Un helicóptero, minúsculo, se levanta desde la cubierta en aparente silencio hasta que se acerca, se agranda y, detenido en el cielo, truena con su doble hélice.

—Primero, va a llevarse los bolsos. Después vuelve para llevar a los pasajeros hasta el barco —explica el jefe militar. Lleva un gorro e imagino, debajo, la gomina impecable.

Cuando ya está cerca de nosotros, de la base del helicóptero desciende un enorme anzuelo metálico y arrastra la red que contiene los bolsos. Luego, flota hasta el barco de regreso y se detiene, otra vez, sobre él: mínimo.

Desde las cercanías de la base, miramos. Científicos y militares, abrigados con camperas, gorros y gafas de nieve. Estamos todos, los que nos vamos y los demás: los que se quedan esperando un segundo vuelo (quizás en veinte días o en un mes) y los dieciocho que pasarán aquí el resto del año. Las cámaras y los celulares enfocan al helicóptero que vuelve y se detiene en el cielo hasta que desciende sobre el suelo congelado.

—¡La primera tanda de once! —grita el jefe militar.

Al mencionar el número se pone los guantes alrededor de la boca para que la voz no se pierda en el viento.

Por un momento, nadie camina.

—¡Once! —repite.

Finalmente, alguien se mueve y los primeros once caminan hacia la zona donde va a aterrizar el helicóptero ruso. Luego, desaparecen en el interior de la cápsula azul. Los vemos irse.

Los que estamos en el segundo grupo nos despedimos otra vez. Abrazo y me abrazan, como si hubiéramos compartido años.

Cuando el helicóptero vuelve, nos acercamos agachando la cabeza y nos amontonamos en la cabina. El piloto, un ruso grandote, nos observa y nos ignora a la vez. Delante tiene un tablero verde esmeralda brotado de relojes y perillas.

El helicóptero despega. El ruido es insoportable. Un biólogo intenta hacer un comentario, pero se interrumpe. Debe haberse dado cuenta de que no se escucha nada o, quizás, de que frente a ese paisaje no hay mucho para decir.

Agradecimientos

No habría podido escribir este libro sin la colaboración de muchísima gente que me compartió su historia, brindó datos o contactos, me ayudó en la gestión para que viajara a la Antártida o manejó un buque, un avión, un helicóptero o una lancha, permitiéndome llegar a destino. A ellos y ellas: gracias.

Gracias, por la lectura y las correcciones, a Leila Gucrriero y Álvaro Llorca.

Y a Malena Azcona, por eso mismo y por todo lo demás.



FEDERICO BIANCHINI (Buenos Aires, 1982). Fue redactor del diario Clarín, editor de la revista Anfibia, y también trabajó en el diario La Razón. Es profesor de la Especialización en Periodismo Narrativo de la Fundación Tomás Eloy Martínez y la Editorial Perfil, colabora con medios nacionales e internacionales y dicta talleres de crónica. Ganó el premio Las Nuevas Plumas y el Don Quijote de Periodismo - Rey de España, que convoca la Agencia EFE. En 2016, su libro *Antártida. 25 días encerrado en el hielo* obtuvo la Beca Michael Jacobs sobre periodismo de viajes, otorgada por la Fundación Gabriel García Márquez (FNPI). Publicó *Desafiar al cuerpo*, que será adaptado para la televisión con guiones escritos por él.